



FLOR DE DURAZNO

Hugo Wast

HUGO WAST
DE LA ACADEMIA DE LETRAS
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
C. DE LA ACADEMIA DE BOGOTA

FLOR DE DURAZNO

1927

1

www.FreeLibros.org

ÍNDICE

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN	3
ADVERTENCIA A LA EDICIÓN DE 1927	6
PRIMERA PARTE	10
EL CEMENTERIO	10
DON FILEMON.....	17
LA BUENAVENTURA	22
EL ALMACÉN	27
LA PARÁBOLA.....	35
PRIMERAS TRISTEZAS	46
EL MES DE MARIA.....	53
BAJO LOS SAUCES.....	63
HACIA LAS LOMAS ALTAS	69
EL CONSCRIPTO.....	76
SEGUNDA PARTE	83
LA SERENATA	83
LA FLOR DE LA VIDA.....	96
EL SECRETO	105
EL BUEN PASTOR.....	113
LA CIUDAD	121
LA SIRVIENTA	126
LA ÚLTIMA ILUSIÓN.....	131
EL MAL CONSEJO.....	140
LA FLOR DE DURAZNO	148
TERCERA PARTE.....	151
UNA IDEA DEL CURA.....	151
¡PECÓ DE IGNORANTE, SEÑOR!	155
EL HOGAR DESHECHO	159
EL AMOR DE LOS POBRES	165
COMO EN LA VIDA.....	170
TU ESTRELLA ES ROJA	177
AMOR QUE UNE	183

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Mi casita está situada en el cruce de dos caminos.

Por el uno, que va de San Esteban a Capilla del Monte, pasan las polvorosas cabalgatas de las gentes alegres.

El otro, ancho, melancólico y de costumbre solitario, lleva pausadamente al blanco cementerio, tendido en una loma pedregosa y estéril, donde sólo crece el tomillo.

Desde mi galería diviso la quieta mansión.

Estamos en abril y tengo el presentimiento de que antes de acabar este invierno daré mi último paseo por ese camino abandonado.

Mis huesos aristocráticos irán a dormir confundidos, sin repugnancias, con los huesos anónimos de los pobres paisanos que allí descansan de sus largas fatigas.

Es tiempo y no me quejo. Cuando supe que estaba sentenciado, deseé vivir hasta escribir mi libro. Está concluido ya y puede la eterna sombra caer sobre mí.

Variando apenas los nombres, cuento una verdadera historia, algunos de cuyos protagonistas andan vivos.

Camino del cementerio he visto hoy pasar a uno de ellos, al más duro, al que lleva en sí todo el sufrimiento de los que abandonaron su parte, por haberse ido a descansar antes de la noche.

Una niña rubia le sirve de lazarillo, porque es ciego.

Casi todos los días hace la misma jornada, y algunas veces nos hemos cruzado en la senda.

Su oído aguzado siente crujir las arenillas bajo mi paso, y sin que la niña se lo advierta, él sabe quién es el extraño paseante.

—Buenas tardes, señor —me dice tocando el ala del sombrero.

—Buenas tardes, don Germán —le contesto.

Un día nos encontramos dentro del recinto del cementerio cerrado por una sencilla "pilca" de piedra.

Lo vi arrodillarse ante una humilde tumba, y sentí la voz cristalina de la niña que hacía coro.

— ¡Por abuelita muerta! Padre nuestro que estás en los cielos.

Y la voz áspera del viejo que contestaba:

—El pan nuestro de cada día dánosle hoy.

Después rezó la niña:

— ¡Por mamá muerta! Padre nuestro que estás en las cielos —y respondió el viejo, y tornó la niña a decir: —por abuelito vivo: Padre nuestro.

Cuando supe su historia, me vino la idea de este libro.

He deseado la vida sólo para concluirlo, por llevarme del mundo cuando me presente al tribunal de Dios, entre mis innumerables días estériles, unas pocas horas fecundas, que depondrán en mi favor.

Lo he escrito como quien hace un testamento, con el pensamiento en Dios y sin temor a los vivos.

¿Habrá quién se hiera con él? No sé, ni lo sabré.

Se publicará cuando yo duerma ya en el tranquilo cementerio que visito en los días de sol.

Y si las almas de los muertos se mezclan en las cosas de la vida, mi alma se alegrará, cuando en el corazón de uno solo de los que me lean, brote esa rara flor de la simpatía hacia los dolores ignorados de las gentes humildes.

H. W.

Abril 30 de 1910.

NOTA — Como lo presentía, Hugo Wast no llegó al invierno. El prólogo está fechado en 30 de abril, un mes después, el 31 de mayo, en el cementerio de un pueblito de las sierras de Córdoba, se plantaba una cruz más, señalando el sitio en que hoy descansa de sus fatigas el autor de este libro.

Una señora en cuya casa se hospedaba y murió, nos ha enviado el manuscrito, comunicándonos en su carta que ésa fue la última voluntad del muerto,

Nos cuenta algunos rasgos de su vida, pero no nos aclara bien su biografía: apenas podemos decir que era joven, hijo de extranjeros y que vivió largo tiempo en la sierra.

Junto con el manuscrito de *Flor de Durazno*, cuidadosamente puesto en limpio, como si hubiera sido el pensamiento capital de esta pobre ida, hemos recibido algu-

nos borradores, trabajos sueltos, cuentos, esbozos de novelas.

¿Es ésta la primera obra de Hugo Wast que ve la luz? Creemos que sí. Sólo un recorte impreso hemos hallado entre sus papeles firmado por él. Es una poesía en inglés, fechada en Londres en 1906 y que parece recortada de una revista inglesa.

Avaro en sus ideas o excesivamente esquivo a la letra de molde, toda su labor literaria duerme inédita.

Es cuanto sabemos de Hugo Wast.

ADVERTENCIA A LA EDICIÓN DE 1927

Esta novela apareció en 1911. Su primera edición, de 2.000 ejemplares, tardó seis o siete años en agotarse.

Desde entonces se han hecho numerosas reimpresiones, todas por desgracia plagadas de errores, algunos de ellos graves.

El autor ha creído indispensable proceder en esta edición de 1927 a una prolija revisión del texto, depurándolo en muchos pasajes.

Y ha aprovechado la ocasión para eliminar, además, algunos detalles disonantes y sin importancia.

H. W.

Flor de Durazno, abril de 1927.

GLOSARIO

Apoyo, última porción de leche que se extrae al ordeñar y que es más gorda y sabrosa.

Aviado, se dice del que posee bienes.

Balde, cubo.

Basto, silla rústica de montar.

Campear, salir al campo en busca de algo.

Carpincho, pequeño cuadrúpedo, anfibio, de largos pelos cerdosos.

Cebar (el mate), preparar el mate.

Chacra, sementera.

Chambón, torpe.

Changador, mozo de cordel.

Chinchulín, tripa de vaca o de cordero que se come asada.

Chiripá, manta o poncho que usan los paisanos en lugar de pantalones.

Choclo, mazorca tierna de maíz.

Chorrito, caracol pequeño.

Churrasco, carne sin hueso, asada sobre las brasas.

Churqui, mata o matorral.

Cimarrón, mate amargo.

Cojinillo, cuero blando que se pone sobre la montura o silla de montar.

Conchabado, empleado, ocupado.

Conventillo, casa de inquilinato.

Cuarta al pértigo (andar de la), andar sin dinero.

Cumbrera, viga superior del techo a dos aguas.

Cuzco, perrillo lanudo.

Estancia, establecimiento de campo.

Flor de la maravilla, sensitiva.

Guasca, lonja de cuero.

Guaso, hombre rústico.

Jume, arbusto con cuyas cenizas se hace lejía.

Malacara, caballo que tiene la cara blanca y el cuerpo de otro color.

Mancarrón, rocín.

Mate, infusión de hierba, vasija en que se bebe dicha infusión.

Matungo, rocín, matalón.

Medio pelo (de), de familia humilde.

Molle, árbol resinoso, americano.

Pachiquil, rollo de trapos con que se defiende la cabeza para llevar cosas pesadas.

Palenque, poste al cual se atan las cabalgaduras.

Pava, vasija para calentar agua.

Pellón, cuero de oveja que se pone encima de la montura o silla de montar.

Pial, lazada con que se coge a los animales vacunos o yeguarizos.

Picana, caña con un clavo en la punta para aguijar a los bueyes.

Picazo, caballo de color oscuro con cabeza blanca.

Pilca, valla de piedras colocadas sin argamasa.

Pingo, caballo.

Piquillín, arbusto espinoso que da una frutita roja o morada.

Poleo, arbusto de hojas fragantes, que se utiliza en infusión.

Querencia, lugar de origen de un animal.

Quintové, benteveo, pajarito pardo, pecho amarillo.

Rancho, choza con techo de paja.

Recado, montura, silla de montar.

Refucilo, relámpago.

Run-run, picaflor.

Sobrepaso, paso ligero y acompasado de un caballo.

Tala, árbol espinoso de madera fuerte..

Talero, rebenque,

Tapera, rancho arruinado.

Tata, padre.

Tero, ave zancuda, pequeña.

Tintitaca, árbol de madera fuerte.

Torear, ladrar.

Tuna, higo chumbo.

Yerra o *hierra*, acto de marcar el ganado.

PRIMERA PARTE

I

EL CEMENTERIO

Como a través de un velo, aparecía el paisaje, la montaña oscura y la loma estéril, donde habían edificado el cementerio de Dolores a la vista de toda la población.

Por la carretera, que ascendía suavemente, marchaba al paso tardo de dos bueyes un carro con un muerto en un cajón de pino.

Guiábale a pie un paisano emponchado en una manta de lana, que la llovizna iba cubriendo de gotitas.

Era alto, seco y fuerte; su rostro apenas se veía, tapado por el ala del sombrero.

Se llamaba Germán Castillo y vivía a una legua de Dolores, al otro lado del riacho, decorado con el nombre de río por aquella gente que no los conocía mayores.

Hacía el viaje con tiempo tan malo, para enterrar a su mujer en aquel cementerio, que era el punto de cita para los muertos de toda la pedanía.

Desde su casa hasta el pueblo, el camino era malo. Desde el pueblo hasta el cementerio, era ancho y cómodo.

Pasada la parte difícil, no trepó al carro, porque iba engolfado en sus pensamientos, y siguió marchando adelante con la picana sobre el yugo lustroso, pronto a aguijonear a las bestias, por hábito más que por reflexión, en cuanto aflojaran el paso.

Pensaba en su hogar deshecho, en su pobre mujer que no había conocido ni goces ni descanso.

Se había muerto el día antes. Estuvo lavando toda la mañana para

una señora enferma, que pasaba el invierno en Capilla del Monte; después fue a llevar la ropa que ya tenía planchada; hizo las tres leguas a pie, sin más que unos mates amargos en el estómago, y a la vuelta, como se sintiera débil, entró en el almacén de Dolores para comprar algo y descansar un poco.

Allí cayó muerta.

La vida de trabajo, las privaciones, habían gastado su organismo. Así mueren muchos paisanos en la sierra.

Le echaron un pañuelo sobre la cara y fueron a avisarle a él.

Cuando se lo contaron, le entró un gran frío en el corazón.

Estaba acostumbrado a la pobre mujer, que durante veinte años había cuidado de su casa.

Se casó con ella, no por amor, —los pobres no tienen tiempo de pensar en eso—, sino por tener quién le cocinara y le arreglase la ropa. Pero ella lo fue ganando poco a poco. Él era duro y codicioso; ella dulce y sometida; aceptó la miseria que él le imponía, y luchó bravamente por arrojarla de su casa.

Acabó por profesarle un afecto tranquilo y firme cuando nació Corina, su hija, dos años después de Antonio, su primogénito.

Aquella niña fue el eje de su vida. Llamábanla Rina.

Los ricos porteños que veraneaban en Dolores, acostumbrados a ver niños hermosos, decían que jamás habían visto criatura más linda.

Cuando tuvo siete años, una señora joven, sin hijos, se enamoró de ella y quiso llevársela para adoptarla. Aunque era rica, Germán no creyó que esa riqueza haría la felicidad de su hija, y la negó.

Amor extraordinario en él, que era taciturno, que nunca sonreía, que jamás hablaba media hora seguida con nadie, que trataba a todo el mundo de usted, a su mujer y a sus hijos, como si fueran extraños.

Los clavos difíciles para entrar, son los más duros para salir, y así era en su corazón el amor a su hija.

Pero tenía vergüenza de dejarse sentir en una pasión propia de mujeres y de ricos, y se mostraba seco y duro para ella, como para todo el mundo.

Era su gran alegría íntima volver del trabajo en el monte, al caer la tarde, y encontrar a la chicuela en el corral, jugando con los cabritos, mientras su madre ordeñaba las cabras.

Cuando ella fue mayor, gustábanle a él los días de lluvia, para tener un pretexto de quedarse en casa, cerca de ella, trenzando algunas lonjas, componiendo un apero.

Ahora, muerta la madre, sería la dueña de casa, la que cocinaría, lavaría la ropa del padre y del hermano, y seguiría viviendo la misma vida, hasta acabar como su pobre difunta.

Le daba pena pensarlo, pero así está arreglado el mundo, y el ser linda como una señorita, en las pobres no sirve más que para perdición.

Dio un picanazo a los bueyes, que se encogieron doloridos, y abandonando el camino real, enderezó al cementerio, por en medio de la loma.

A su puerta, dos caballos ensillados, con las riendas en el suelo, aguantaban pacientemente la llovizna.

Dentro; en uno de los rincones, dos hombres cavaban el suelo pedregoso.

Uno era Antonio, el hijo de la muerta, mocetón de veinte años. Habíase quitado el chambergo para cavar con más respeto la tumba de su madre, y gruesas gotas de sudor brillaban en su frente blanca. Vestía a lo pobre, y llevaba un trozo de crespón cosido en la manga. El otro paisano era su primo Fabián, novio de Rina. De la edad de Antonio, algo más bajo, parecía mucho más fuerte y más hombre por su fisonomía seria y triste.

Trabajaba con el sombrero puesto y en mangas de camisa, y las puntas de un amplio pañuelo de seda anudado al cuello se le pegaban en la carne sana y morena del rostro.

Al ruido de la carreta, que subía aplastando los guijarros calizos, dejaron la tarea para ayudar a Germán.

Este, desde la puerta, sin soltar la picana, echó una mirada en el recinto del cementerio.

—¿No ha venido nadie?

—Nadie, tata —respondió Antonio.

El día era malo y Germán tenía pocos amigos. Ni siquiera el padre Rochero iba a despedir a su muerta con un responso.

Como la fosa no estaba concluida, resolvieron dejar el cajón en el carro, tapado con una manta para que el agua no "la ofendiera".

El suelo era pura piedra y la tarea de cavar un hueco para enterrar un muerto era obra larga y triste.

Los que podían se hacían un nicho y eso resultaba más bonito.

Sin cambiar una palabra más, Germán empuñó la barreta y continuó su obra.

La llovizna iba espesándose. Ya la sierra no se veía, y había un gran silencio en la naturaleza. Cuando la barreta dejaba de herir la tierra, sentíase resollar a los bueyes fatigados y a los caballos que hacían girar con la lengua las coscojas del freno.

No bien la fosa estuvo acabada, entre los tres bajaron el cajón de la carreta, y con infinito cuidado lo pusieron en su hueco.

Cogió Germán la pala y echó la primera palada bien llena de tierra y piedras.

En el silencio se agrandó extrañamente el ruido de los guijarros que golpearon la tabla.

Germán dio la pala a Fabián.

Se recostó contra la pilca y comenzó a liar un cigarrillo.

—Yo no puedo —dijo—, tápela usted.

Antonio, al lado de la fosa, miraba cómo iba desapareciendo el humilde cajón de pino en que dormía su madre.

Pronto se llenó el hueco hasta el borde.

Para señalar el sitio, hicieron con piedras grandes un pequeño túmulo, y plantaron una simple cruz de palo.

En un rincón, agarrada con sus gurías a las piedras ásperas, crecía una granadilla, cubriendo buena parte de la pilca.

Antonio cortó algunas ramas y fue a enredarlas en la cruz. Aquel humilde adorno alegraría a su pobre madre, que siempre se había contentado con poco.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pensando que quedaba sola entre los muertos. Aún no estaba acostumbrado a la idea de que estuviera muerta.

—Mala noche —díjole Fabián—, para ser la primera.

Ni él ni su padre contestaron. Cerraron la puerta de hierro, que chirrió en su quicio herrumbrado, y partieron, Germán en su carro y a caballo los mozos.

Ni en el camino, ni al pasar por Dolores, vieron alma viviente.

Algunos gritos alegres viniendo del almacén, rompieron un momento el silencio, pero nada más.

El arroyo crecido saltaba sonoro y revuelto entre las grandes piedras. Un buey viejo y flaco, que rumiaba echado contra la barranca, para abrigarse un poco de la lluvia, mirólos al pasar con sus ojos mansos e indiferentes.

Vadeado el arroyo, siguieron un camino difícil que unas veces contorneaba las lomas, otras trepaba sobre ellas, y otras por cortarle el paso alguna pilca, señal de una heredad o de un corral, descendía hasta el bajo y costeara el curso arenoso, bordeado de álamos y mimbres, de otro arroyo más pobre, exhausto en tiempo de seca, que con las lluvias se transformaba en un turbio riacho.

La garúa no había producido más que charcos cenagosos, de donde, al pasar el carro, se levantaban asustados algunos tímidos chorlitos.

De cuando en cuando, un tero suscitaba los ecos del callejón con su grito destemplado.

Ganado no había; las lomas eran estériles; sólo más allá, donde estaban los pocos terrenos de Germán, donde eran más profundas las quebradas y más altos los picos, había dos o tres vallecitos fértiles, que en el verano se llenaban de verdes maizales.

Era la época de la siembra, y la tierra aparecía recién roturada por Germán y los mozos.

Caía la noche, mojada y triste, cuando el carro llegó a casa del paisano.

Situada en una loma menos estéril que las otras, resguardábanla de los vientos fríos del sur unos cerros cubiertos de cocos espinosos, en bosquecitos enmarañados, difíciles para explorar. Allí se escondía la hacienda arisca y era ardua la tarea de sacarla.

Una vertiente, nacida en una quebrada cercana, había formado un arroyito, que después de bajar cristalino y rumoroso, dando tumbos, moderaba su marcha haciendo pequeños remansos e iba a morir oscuramente en un lodazal, ahogado por matorrales de mimbres.

Aquel modesto hilo de agua, que nacía y moría en terreno de Germán, era un orgullo para su familia.

Surtíanse de él todos los que vivían por aquellos parajes, que no eran muchos, y como pasaba muy cerca de la casa, su mujer y su hija no tenían necesidad de costearse a traer agua de lejos para lavar. Bajaban al arroyo, que frente a la casa formaba un tranquilo remanso, a cuyo borde habían crecido algunos sauces llorones, y allí lavaban su ropa llenando de jabón el

agua cristalina.

La casa era de piedra, techada de cañas, fabricada por Germán y su hijo; dos cuartos que miraban al este, sombreados por una galería con pilares de madera de tintitaca, y a pocos pasos de ella, pegando con el corral de las cabras, la humilde cocina de adobes, donde dormían los perros en las noches crudas.

Frente a la casa, en el patio de tierra endurecida por las pisadas de los hombres y de los animales, barrido despiadadamente por las duras pichanas de poleo, había dos o tres palenques lustrados por los cabestros de las cabalgaduras, y un árbol que en las mañanas de invierno amanecía con sus ramas escuetas blancas de escarcha.

Era un durazno, plantado por la muerta, el día en que bautizaron a Rina.

Habían ido a la iglesia a caballo, y como hubiera perdido el talero, para que castigara al caballo, Germán cortó en una quinta un gajo de durazno.

Cuando volvieron a su casa, la madre quiso tener también un durazno en su patio, y ese mismo día enterró un carozo.

—Como un recuerdo de la fiesta —dijo riendo, porque no esperaba que prendiera.

Sin embargo, a la segunda primavera la plantita floreció, y cuando la niña tuvo cinco años, era un hermoso árbol en que venían a cantar las calandrias y anidaba un zorzal.

El árbol y la niña fueron amigos. Ella carpía la tierra alrededor de su tronco y lo regaba; limpiábalo de bichos, le quitaba las hojas muertas y conocía cada una de sus ramas, que le servían de caballitos. El, en cambio, en el buen tiempo se cubría de flores, con que su amiguita tejía coronas para su cabecita rizada, y en el verano, por cada una de las flores que ella respetó, daba un durazno grande y perfumado.

El padre Rochero un día llevó seriamente a Rina, que tenía siete años, al pie del árbol florido.

—Mirá —le dijo—, cada uno de los hombres que viven en el mundo tiene su árbol, aunque él no lo sepa. Cuando uno es bueno, el árbol florece, y cuando es malo, el árbol se seca. Este es tu árbol. Sé siempre buena para que tenga flores todas las primaveras.

La niña escuchaba al cura, matando una a una las hormigas que su-

bían por el tronco del durazno.

—¿Entonces, yo soy buena? —preguntó, mirando la cara seria del sacerdote, y mostrándole las flores que vestían el árbol

Él no contestó; tomó una ramita de las más floridas, la arqueó en forma de corona y la depositó sobre la linda cabecita de la chiquilla.

Después desató su mula —una mula malacara célebre en el pago—, arremangóse la sotana y de un salto enhorquetóse en ella con la limpieza de un domador.

Desde arriba, como un último consejo, le dijo:

—Cuida tu árbol; cuando hagas la primera comunión, yo te haré una corona como ésta, y cuando te cases, quiero que entres a la iglesia coronada de flores de durazno.

Dio un talerazo a la mula y se alejó al trote.

Rina sintióse más unida a su árbol. Y era feliz cuando las brisas tibias anunciadoras de la primavera hacían reventar los brotes del durazno, que se cubría de flores rosadas.

II

DON FILEMON

Por el estrecho sendero que corre a lo largo del arroyo de Dolores, de una banda, o de la otra, según lo permitía la barranca, marchaba un hombre, jinete sobre una mula, defendiéndose de la llovizna implacable con un poncho que le cubría el pecho y la espalda, y aun sobraba para resguardar el apero.

Había cerrado la noche, y el camino que en pleno día no es de los más andaderos, estaba gredoso y resbaladizo; pero el jinete parecía tener prisa, porque más de una vez sonó un lonjazo sobre el anca de la mula, que se encogía nerviosa, enderezando las orejas y resoplando fuerte, aunque sin animarse a apretar el paso. Repitióse la tentativa dos o tres veces, hasta que su dueño, viendo lo inútil de su empresa, se resignó al cauto andar de su cabalgadura, no del todo pesaroso, pues comprendía que era tentar al cielo el galopar en aquellas circunstancias.

Sin embargo, como una constancia de su protesta, farfulló entre dientes:

— ¡Bendito sea Dios! ¡Te has de salir con la tuya, mulata de la gran perra!

Por aquella jaculatoria sacro-profana, cualquiera de los feligreses en diez leguas u la redonda habría reconocido al cura de Dolores, don Filemón Rochero, gran amigo de mezclar lo humano con lo divino, a pesar de su inflexible ortodoxia.

Según contaban, el obispo había recomendado encarecidamente al buen cura que se desprendiera siquiera en los sermones, de aquellos dichos criollos y de aquellas sales de cocina con que sazonaba su palabra, impregnada, por otra parte, de un intenso espíritu cristiano.

¡Inútil empeño! Hacía treinta años que don Filemón hablaba de aquel modo a sus ovejas, y una, que ellas no le entenderían si cambiaba de estilo,

y otra, que él no podía cambiar, ello es que desde el púlpito de la iglesia de Dolores siguieron lloviendo sobre los mansos paisanos las más desarrugadas metáforas.

"A mí no me den —clamaba un día, hablando de las prácticas religiosas— esos católicos que no sirven ni para Dios ni para el diablo, porque son como la bosta de la paloma, que ni hiede ni da buen olor".

En otra ocasión, explicando la misericordia de Dios, que alcanza para todos, pobres y ricos, ilustraba la explicación con esta imagen: "La gracia de Dios es como el estiércol de las cabras trepadas sobre un horno, que se derrama por todos lados".

Otra vez preguntaba a sus oyentes: "¿En qué se parece Dios a los piojos?" Y tras un rato de profundo silencio en que a la iglesia llegaba el rumor del arroyo lejano y el gorjeo de los pájaros en el sauzal, decía: " ¡Bozales! no adivináis: Dios se parece a los piojos en el amor a los pobres, en que le gusta vivir entre los miserables, porque en verdad, en verdad os dijo: es más fácil a un burro con dos árganas pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios".

Ninguno de los feligreses se fue jamás del sermón sin comprender, hasta la última brizna, la explicación del buen sacerdote.

La aristocrática curia cordobesa acabó por dejarle en paz usar su original retórica, exhortándolo solamente a que la moderase en el verano, cuando la iglesia se llenaba con los veraneantes distinguidos de todos los pueblitos de los alrededores.

Si don Filemón cambió de metáforas en el estío, es cosa que la curia no quiso averiguar; pero es lo cierto que la Virgen de Dolores debía de estar bien satisfecha de su cura, que sabía con su sola palabra atraer a la iglesia y volver a las prácticas religiosas, almas invulnerables a los sermones de los más copetudos oradores porteños.

Es de imaginar el ascendiente que aquel hombre tosco, lleno del espíritu de Dios, tendría en los sencillos paisanos, a quienes hablaba en su propia lengua.

En esa época pasaba don Filemón un largo trecho del medio siglo, pero la vida sobria y sana del campo y su propia naturaleza de algarrobo, le habían conservado en una robustez incomparable.

Era feo, su rostro parecía labrado a hachazos; pero sus cabellos blancos siempre revueltos, sus ojos azules de una inmensa dulzura, suavizaban la figura de ese gigantón de anchos hombros y manos grandes y duras co-

mo las de un peón de estancia.

Llevaba siempre su traje talar cuidado y pulcro, en cuanto era posible, en aquel apasionado amante de la naturaleza salvaje, que en lo mejor del invierno solía irse a cazar guanacos, con carabina, en la sierra alta, y que tenía en su escritorio dos o tres pieles de leones muertos por su mano, unas veces a bala y otras a cuchillo.

En tiempo de hierra, cuando marcaban la hacienda, era infaltable en los rodeos. Iba siempre de mirón, como él decía, por no perder la costumbre; pero, en cuanto algún paisano enlazador dejaba escapar un animal por haber errado el tiro, se arremangaba la sotana y gritaba:

— ¡A ver, chambón! Presta el lazo; yo te voy a enseñar a echar un pial en menos de un *Dominus vobiscum*.

Le pasaban el lazo y se metía en el corral revoleando la armada.

—¿Cuál querés que te agarre? ¿Aquel torito picazo? ¡Allá va!

Y zumbando iba el lazo a caer matemáticamente sobre las astas del animal, que si era un poco arisco disparaba asustado. Don Filemón lo dejaba correr, y en el momento oportuno sostenía el lazo con la mano izquierda, lo afianzaba con la derecha afirmada en la cadera, hacía pie en la tierra floja del corral y aguantaba sin moverse el cimbrón formidable del toro, que rodaba por el suelo con los remos al aire.

—*Ite missa est!*

—¡De mi flor! —gritaba la paisanada, aplaudiendo la hazaña.

La noche en que lo vemos costeando el arroyo en su mula, regalo de un amigo, debía andar en el ejercicio de su ministerio, pues aunque no era hombre de recelar por garúa más o menos, no estaba el tiempo para paseos, y mejor le habría sentado quedarse en su escritorio calentándose los pies en la piel del león y rezando su oficio o leyendo algunas de las pocas cosas que él leía, mientras llegaba la hora de cenar, que no andaba lejos.

Y así era. Venía de la Cumbre, cuatro o seis leguas atrás, adonde fue el día antes para una confesión.

En treinta años de jabonar almas de paisanos había enjuagado muchas suciedades, pero ninguna encontró jamás tan percutida con tan mezquinos pecados como la que esa tarde despachó a la gloria cristianamente pensando.

Era una ricacha porteña, instalada en las sierras hacía dos o tres años, por prescripción médica.

Muchas obras buenas tenía en su haber, muchas caridades, pero de esas caridades hechas *coram gentibus*, como decía don Filemón, desvirtuadas por la vanidad que las inflaba, vanidad de aparecer generosa más que nadie, dando mil, sólo porque otros dieron cien.

—Que tu mano derecha ignore lo que hace tu izquierda —gruñía don Filemón, cuando la enferma le contaba sus muchas larguezas.

Además, había en ella un apego desmedido a las cosas del mundo y horror excesivo a la muerte, cuyo solo nombre la hacía prorrumpir en gritos que crispaban los nervios de los que la rodeaban.

Un día entero había pasado el cura esperando que espontáneamente pidiera confesión. Rodeábanla los deudos complacientes, para impedir que don Filemón entrara directamente en la ardua cuestión, con riesgo de espantar a la enferma; y él, que veía aquella estúpida prudencia humana delante de la muerte que avanzaba, se sentía en ascuas.

Al fin no pudo más y dijo resueltamente:

—Señora, ¿quiere usted confesarse? Cuando uno está en estos trances, bueno es tener el pingo ensillado, por lo que *potest contingere*.

—¡Jesús, padre Rochero! ¡No diga eso! Yo no me pienso morir. Dios no puede permitir tamaña injusticia: yo soy joven y hago mucha falta. Mire, padre, le he prometido a la Virgen de Dolores, si me cura, hacerle este verano una iglesia mejor que la que tiene. Porque yo no me quiero morir, ¿qué sería de tanto pobre sin mí? No quiero, no puedo morir... ¡Jesús!

—Y, sin embargo, señora —acabó por gritar sulfurado el cura—, ¡se está usted muriendo a chorros!

Los espantados deudos que oyeron tamaña impertinencia, se agruparon en tropel, creyendo que la enferma se habría muerto de la impresión.

Y, sin embargo, aquella saludable franqueza logró más éxito que todas las tímidas insinuaciones anteriores.

—¡Vamos!—murmuró el cura secándose el sudor que le había hecho brotar el esfuerzo—, ya he agarrado la hebra; ahora todo se va a ir como lista de poncho.

Y, efectivamente, tras breve debate, un sincero espíritu de humildad y de resignación entró en el alma de la moribunda que, como si le hubieran trocado el corazón, desde ese momento miró las cosas del mundo con un singular despego.

—Señora —decía don Filemón como un supremo consuelo—, la in-

justicia habría sido que usted se fuera al infierno teniendo un cura al lado. Pero de esta hecha ha cambiado de rumbo.

Fallecida la enferma, mientras rezaba mi responso, hizo don Filemón que le ensillasen la mula, y poco después, envuelto en un poncho de vicuña, más impenetrable al agua que todos los impermeables ingleses, se largó al galope hacia sus pagos, lleno de alegría por haber rescatado un alma.

Cuando llegó a su casa, en San Esteban, doña Floriana, una vieja sirvienta, único bien heredado de sus padres, díjole que esa tarde habían enterrado a la mujer de Germán.

Rendido de fatiga, echóse de nuevo al campo, a través de la cruda noche. Nunca en esos trances debía faltar la palabra alentadora de don Filemón.

A eso de las ocho llegó a casa del viudo y de los huérfanos.

Ladráronle los perros; pero como Antonio saliera a calmados y a ver quién llegaba, pudo apearse y meter su mula en una ramada para guarecerla de la lluvia.

Como viejo amigo, entró sin llamar en la pieza del duelo.

III

LA BUENAVENTURA

Brillaban al sol las lomas cubiertas de escarcha, y del fondo de los valles se alzaba la niebla, como el aliento de la montaña.

En el bajo dormía el arroyo helado, al pie de los sauces quemados por el relente de la noche.

Hacía un frío agudo, pero la mañana era serena y luminosa y tan extremada la limpidez del aire, que sobre el fondo azul del horizonte se recortaba minuciosamente el perfil de los montes lejanos.

Rina, sin miedo al frío, en el corral ordeñaba las cabras alborotadas e impacientes por ir a tomar sol y ramonear los churquis de las lomas. Cabras debían ser para vivir y engordar en esos pobrísimos pastos.

En las quebradas y en los valles, defendidos del frío, crecía tupida y fuerte la gramilla, pero estaba reservada para los caballos y las vacas lecheras.

Las cabras mirábanla de lejos y no pensaban en ella.

Así que Rina había concluido de ordeñar una, sujetándole una pata con las rodillas, pedía otra a Fabián, que se la traía arrastrándola de los cuernos.

Eran veinte las cabras por ordeñar, y sentía el mozo que no fueran cien.

Todos los días él, que dormía en la cocina sobre su apero, se levantaba antes del alba. Como una gran ilusión, lo desvelaba la idea de ayudar a su prima.

Hacía un mes, desde que murió su tía, mientras Germán y Antonio calentaban el estómago con algunos cimarrones antes de marchar al trabajo, Fabián acompañaba a la ordeñadora. ¡Y no se había acostumbrado!

Cuando se abría la puerta del rancho y aparecía la muchacha, el cora-

zón le daba golpes en el pecho. Habíase criado cerca de ella, y siempre le pasaba eso.

— ¡Ni que la viera por primera vez! —pensaba.

El no había conocido a sus padres; su tío Germán lo recogió de niño y lo crió como a un hijo.

Miraba hacia atrás su vida y veíala llena de amor a la niña, a quien aprendió a querer, cuando juntos llevaban la majada a pastear en las lomas.

Su cariño silencioso fue creciendo, cual si el corazón se le agrandara con los años.

Ahora eran novios, sin que él se hubiera atrevido jamás a decirle una palabra de amor; eran novios porque así lo había dispuesto Germán y porque así lo decía todo el mundo.

Pero su amor correspondido no lo hacía dichoso. El no era un mal partido; a los diez y nueve años hecho un hombre, duro para el trabajo, bueno y sin vicios, podía pretender sin afrenta para ella a cualquiera de las muchachas del pago. Pero Riza estaba en su concepto más alta que la estrella de la mañana, y nadie, ni él que la amaba tanto, podía merecerla.

Este pensamiento, que hacía tiempo trabajaba en su cerebro, había formado su carácter taciturno, y era a los diez y nueve años un hombre que ha vivido mucho.

Desde el corral, apoyado en la tranquera, esa mañana la vio venir con un balde en cada mano.

—Buenos días, Fabián; ¿no has tomado mate? ¿No tenés frío?

—No —contestó él, entornando los ojos. Habría querido explicarle que renunciaba al vicio más arraigado de los paisanos, porque prefería estar en el corral cerca de ella, a solas; pero anudábasele la palabra, y todos sus pensamientos eran una niebla que se deshacía al sol.

Quedaban los dos en silencio, ella ocupada en su tarea; él mirándola a su gusto ordeñar las cabras con sus manos campesinas, pequeñas y fuertes.

Contemplábala de perfil, la nariz delicada, la boca chica, donde volaba una sonrisa; una mechita de sus cabellos oscuros, recién peinados, le caía sobre la frente pura; tenía el color tan suave, que le hacía pensar en la flor del durazno.

De cuando en cuando, ella, con una fugitiva mirada sorprendía en su éxtasis al mozo, que se ponía colorado ante la malicia de aquellos ojos hú-

medos y graves, color de los granos tostados del café.

Entretanto las vasijas en que se recogía la leche se iban llenando, cuando a la puerta del corral apareció una mujer.

— ¡Ya está ésa! —dijo Fabián con despecho. —¿Quién? —pregunto Rina.

— ¡Candela!

Era una húngara, una gitana; fijamente en aquellas tierras nadie sabía lo que era en realidad. Decían los viejos que, muchos años atrás, apareció en el pueblo escapada de una tropa de gitanos, donde la maltrataban.

Era entonces joven y hermosa. Al presente había cambiado; las privaciones y el alcohol habían ajado esa rara belleza de la gente de su raza. Sólo le quedaban los grandes ojos fogosos y la abundante cabellera negra y ondeada.

Tendría cuarenta años, pero parecía mucho más vieja. Vivía de limosna y de pequeñas raterías. Pasaba por bruja y los sencillos paisanos, aunque la odiaban, respetábanla por temor al "daño".

Iba siempre seguida de un perrillo lanudo, negro y feo, a quien llamaba "el Brujo". Los perros ladrábanla sin acercarse, amedrentados por su garrote, y perdonaban a su can, Dios sabe por qué. Vestía miserablemente, siempre sucia, y llamábanla Candela.

Fabián no podía verla. Presentía que aquella mujer había de hacerle un gran mal, y le quemaba la sangre la compasión de Rina hacia ella.

Cada mañana Candela, que vivía en una tapera, no lejos de allí, se acercaba al corral. Rina llenábale de leche una vasija que traía, y si algo había quedado de la cena, dáselo también.

Ella que era pobre, hallaba manera de hacer caridades a otros más pobres que ella.

Fabián, que no quería estar cerca de esa mujer, dijo bruscamente:

—Hasta luego, Rina. Hoy acabaremos de arar.

Fuese a las casas, donde Germán y Antonio ensillaban los caballos para salir a campear los bueyes que habían de uncir al arado.

Ensiló el suyo y salió junto con ellos. Al pasar por la puerta del corral, Germán gritó a Rina:

—Hija, no me entretenga las cabras, suéltelas pronto, para que puedan pastear a gusto.

—Bueno, tata —contestó la muchacha acercándose a la tranquera.

Germán pasó a su lado, y desde el caballo acaricióle la barbilla redonda y suave. La muchacha sonrió; el padre, como avergonzado de acariciar a su hija, dio un talerazo a su zaino oscuro y partió al galope hacia la quebrada de los cocos, la más extensa de todas, así llamada por los árboles que le hacían cerco.

Estaban al concluir de roturar la tierra, y ya por un lado Antonio había comenzado a sembrar el maíz.

Rina vio perderse tras una lomada la adusta figura de su padre y volvió a su tarea.

La húngara la miraba.

— ¡De veras, niña, que te casas con ése? —preguntó señalando con su palo a uno de los tres hombres.

— Están muy verdes las brevas —contestó ella—, pero han de madurar.

— ¿Vos lo querés —tomó a decir la húngara—, o es tu padre el que te hace el casorio?

—Menos averigua Dios y perdona.

— ¡Bah! dame la mano, te voy a decir la buenaventura.

Rina se rió y escondió la mano.

—Yo no creo en eso.

Con mayor empeño comenzó a ordeñar la última cabra.

La húngara la miraba por la espalda. Tan perturbadora era la presencia de aquella mujer, que la joven, intranquila, se volvió.

—Sos linda —le dijo la húngara—, como la flor del durazno. Tu suerte está en la flor.

Rina se estremeció; las palabras de Candela le recordaban las que le dijera don Filemón, muchos años antes. La coincidencia del pronóstico la hizo pensar si Candela sería o no una verdadera bruja.

—Dame la mano, te voy a contar tu porvenir —siguió diciendo la mujer, que comprendió la turbación de la muchacha.

Rina vaciló un momento, y casi sin darse cuenta tendió la mano.

Colocó la húngara tres cobres sobre la palma abierta, dibujó rayas y más rayas, y con una extraña voz murmuró, como si leyera en ella:

—Vos estás triste.

—Sí, por mi madre.

—No, por otra cosa. Vos no querés a tu novio.

—Sí, lo quiero.

—Mentira; cállate, porque si hablas se rompe el sortilegio. Has nacido debajo de tres estrellas; tu estrella es azul, sos linda y hay quien te quiere; tu estrella es amarilla, has nacido para casarte con rico; tu estrella es colorada, en tu familia habrá sangre por vos; no podés negar tu estrella, que es tu destino.

Soltó la húngara la mano de la muchacha, que se había quedado pensando, impresionada a su pesar por el extraño vaticinio, y sin agregar palabra salió del corral y trepó la loma, alternándose en su garrote y seguida de su mísero can flaco y lanudo, a quien los otros perros ladraban de lejos.

IV

EL ALMACÉN

Había en Dolores, cerca de la iglesia, un almacén que surtía de comestibles y "bebestibles" a toda la población. Era al mismo tiempo panadería, tienda, ferretería. Allí podía entrar el paisano seguro de encontrar lo que necesitase y de ir dejando en él, poco a poco, hasta la camisa, si la usaba.

Don Laureano, su dueño, era uno de los cuatro hombres prestigiosos del lugar; eran los otros tres el jefe político de la Punilla, don Eugenio, excelente persona, que en tiempos de elecciones arreaba a los paisanos a votar por sus candidatos: desde que él ocupaba la jefatura, no había ejemplo de que al gobierno le hubieran ganado una elección; el juez de paz, don Teodorito, hombre incoloro como su justicia, y el carnicero, don David, que con don Laureano representaban el comercio del pago. Don David tenía el prestigio de hombre de pesos. Habíase enriquecido con la compra y venta de frutos del país, y eran suyos al presente los mejores potreros y chacras del departamento. En invierno, cuando se acababa el pasto en los campos abiertos, él ofrecía generosamente los suyos, cercados, a las vaquitas y a las yeguas de los pobres paisanos. En primavera, cuando renacía el pasto en todas partes, cada uno retiraba su tropa, dándole a don David una vaca por cada dos que habían pasado el invierno en sus potreros, y además las gracias, por su oportuna ayuda.

De lo perdido, algo recogido —decía él cuando alguien se quejaba del precio del pastaje.

Así se iba quedando con todo.

Don Lauro tenía un hijo, a quien quiso hacer estudiar para doctor. El mozo, sin agallas para tanto, contentóse con llegar a maestro de la única escuela de Dolores, lo que le daba también a él cierto privilegio de "hombre leído" y algunas ventajas que más adelante veremos.

Llamábase Caupolicán, pero los paisanos transformaban su nombre en otro menos histórico y más fácil: Cabo Policarpo.

Esta transformación dio origen, en unas carreras en que se corría un caballo del maestro, a una ardua discusión filológica entre la paisanada.

— ¡Ganó Cabo Policarpo! —gritaba uno que había apostado por él.

—Sí, ganó —contestó con despecho el perdidoso—, pero no es tu hermano para que le digas así.

—¿Y cómo entonces?

— ¡Don Cabo Policarpo!

— ¡Bah! ¡la acertaste, ché! ¿Dónde has oído decirle al cabo de la jefatura don cabo Pedro, sino el cabo don Pedro? —terciaba uno más sabido.

—Pero es que éste no es cabo, sino *mestro*.

—*Mestro* o cabo es lo mismo: se dice Cabo don Policarpo y no hay que darle vueltas.

Unos quedaron convencidos y otros no. De lo que se convencieron todos, fue de que era preciso darle el don, pero unos se lo pusieron delante del cabo y otros detrás. Y aunque el mozo protestó, jamás pudo acordar las dos escuelas formadas alrededor de su nombre, y los paisanos siguieron diciéndole don Cabo Policarpo, unos, y otros Cabo don Policarpo.

El almacén de don Laureano era en Dolores el punto de cita de pobres y ricos.

No había en ninguna parte cancha como la de don Laureano para hacer lucir los parejeros, y todos los domingos y fiestas de guardar, se armaban carreras, contra las cuales tronaba inútilmente don Filemón.

Cuando no se corría, el paisanaje formaba círculos atrás de la casa, para jugar a la taba. Horas enteras se pasaban tirando el hueso y bebiendo la caña terciada que vendía don Laureano, quien, a la postre, por ese medio se quedaba con la ganancia de todos.

Cuando él se dignaba mezclarse en el juego, el despojo andaba más rápido, porque no había paisano que le pusiera el pie delante en eso de echar suertes tras suertes, con una taba "cargada" que él tenía.

Pero él no abusaba porque habría sido echar a perder el negocio, ahuyentando la clientela.

Prefería estarse dentro del almacén, donde se jugaba al truco y al monte, con una sórdida baraja que él conocía como si la hubiese pintado.

Sus compañeros habituales eran el carnicero, el juez de paz y don Cabo Policarpo.

Tampoco estaba en jugar con ellos su ganancia, porque ni don Teodorito ni el maestro eran hombres de plata, y en cuanto a don David, camandulero como él, antes se dejaba sacar los dientes que los pesos.

El gran negocio se hacía en el verano, cuando la mozada rica caía al almacén a taquear en un billar desnivelado que allí había.

El billar entretenía poco, y la mesa de juego, con una jerga nueva por carpeta y sus montoncitos de porotos y maíces que hacían de fichas, tentaba de veras.

Los mozos acababan por apearse de su finura y armaban con los guasos interminables partidas de monte.

Ganando unas veces, perdiendo otras, don Lauro se arreglaba para que ninguno de sus clientes pudiera alabarse con razón en la ciudad de haber pelechado en Dolores.

Ante todo el patriotismo.

Secundábanlo en su empresa don David, que jugaba fuerte; don Teodorito, algo más tímido, pero seguro como pisada de mula, y Caupolicán, siempre perdidoso y siempre de la cuarta al pértigo. Solía don Lauro habilitarlo, pues aunque la restitución del préstamo era improbable, el maestro, comedido y lenguaraz, atraía parroquianos. De noche variaba el teatro de la acción.

En un hotel una vez, en una casa de familia otra, dondequiera que hubiese piano, reuníanse los veraneantes para pasar el tiempo.

Los hombres prestigiosos de la villa no dejaban de ir.

Mientras la gente joven bailaba o cantaba, la gente gris jugaba al turrero, juego de señoras, según don Lauro, lo que no les impedía ni a él, ni al juez, ni a don David, levantarse todas las noches con algunos pesitos más, a pesar de lo corto de las puestas.

Pasado el verano, el negocio aflojaba mucho, a no ser que algún pueblerico rico se quedara a reforzar los pulmones con el oxígeno de la sierra.

Sucedió eso aquel invierno, con un tal don Luis Gauna, mozo enclenque, rico y vicioso hasta los tuétanos.

Caupolicán ofrecióle su amistad, y Luis, que se aburría, la aceptó.

El maestro era hombre de avería; no había rancho donde no penetrase, ni muchacha con quien no tuviese algo que hacer, por ser o haber sido

su discípula. Cuando eran bonitas, empeñaba palabra de casamiento, y ellas, más de una vez, se quedaron con la palabra en cambio de la inocencia.

Los jóvenes paisanos mirábanle con torvos ojos: pero el mozo era taimado, y jamás se pisaba las riendas.

Todas sus relaciones pasaron a ser de su amigo; pero, en las casas honradas, era mal visto aquel par de aves de rapiña, que se cernía siempre sobre los ranchos solitarios y los bailecitos de medio pelo.

Gauna, a pesar de sus pesos y de ser mejor figura que Caupolicán, tenía menos éxito. Palabra que él diera, era mal tomada. Hombre de sus condiciones no debía pretender muchachas, cuando podía enamorar señoritas.

El mozo tascaba el freno.

Para consolarse se refugiaba en el almacén, entregándose a furiosas partidas de monte con don Lauro, que de cuando en cuando se permitía algún consejo:

—Ande con cuidado, don Luis —díjole una tarde lluviosa de invierno, en que el mozo cayó mojado como un pato.

—¿Lo dice usted por la lluvia?

—Por todo, don Luis —contestó don Lauro guiñando un ojo—, por la salud y por... la tranquilidad.

—Vamos, déjese de adivinanzas, y hable claro.

—Esa empresa en que anda metido, amigo... —¿Cómo lo sabe?

—Todo se sabe... esa empresa, como le digo, es arriesgada.

—No tenga cuidado, don Lauro; la fruta se cae de madura.

—No crea, don Luis; ni siquiera está pintona.

Don Lauro, que por nada del mundo habría querido desagradar a su cliente, escudriñó el efecto de sus palabras y prosiguió:

—Yo no digo que la niña no sea bocado de cardenal; pero es que tiene perro que la cuida.

—¿Sí? El perro del hortelano, seguramente, que ni come ni deja comer.

—La madre, don Luis.

—¿Bah! con ensebarle la rueda para que no chille...

—Y el novio.

— ¡Ah! no sabía... Pero ese señor...

—No es de arrear con la mano.

—No diga nada, don Lauro; pero usted conoce mejor que yo a estos guasos; no son muy exigentes en cuestiones de honor; sobre todo cuando el cerrar los ojos les trae honra y provecho.

—Diga usted provecho, pero honra...

—¿Le parece poca honra el llegar a ser mi amigo? —contestó petulantemente el mozo.

—No digo que no, pero esa amistad... por ese camino...

Don Lauro quedóse en silencio, pensando que su cliente era un botarate. Pero como tenía interés en conservarlo sano y bueno prosiguió:

—Por ese camino, o por cualquier otro, a ellos les honra. Estos guasos son unos infelices; no saben apreciar lo que nosotros...

Lisonjeado por el "nosotros", don Lauro asintió con la cabeza.

—Desengáñese, si es que está engañado; estas gentes son como animales; ni tienen nuestros gustos ni pueden tenerlos; si se hicieran los delicados, se morirían solteros, porque no hallarían con quién casarse, a no ser con chiquillas de diez años. Así es el mundo y ellos están hechos a su suerte... ¡y vivan los buenos bocados para la gente fina!

Y soltó una carcajada, a la que don Lauro, por no resentirlo, se adhirió mansamente.

Caupolicán entró sacudiéndose el agua del poncho, como un perro de lanas.

Todo alborozado, llamó aparte a Luis y díjole al oído:

—¿Sabés quién viene?

—¿María?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

El joven se volvió y campanudamente dijo:

—Don Lauro, hablando del rey de Roma...

—Luego asoma. Bueno; yo tengo que hacer; despaché vos, Cabo Policarpo.

Y como, al tiempo de eclipsarse el camandulero solterón, entrara en

el almacén una joven, él, que alcanzó a echarle una ojeada, se fue refunfuñando:

—Vestido azul, medio alza
Se apareció la muchacha;
Pelo de oro como hilacha
De choclo recién cortao.

Y, en efecto, la que entraba era una linda joven, casi una niña, que pocha haber inspirado los versos del Fausto si hubiera sido rubia como Margarita y hubiera llevado pollera azul y no gris.

Tenía, sin embargo, el pelo dorado, aunque no como las hilachas del choclo, y los ojos azules, que formaban un lindo contraste con su tez color trigo madurado por el sol y el aire de la sierra.

Era fina y modesta y se comprendía al verla la miserable pasión de Luis Gama.

Como viera solo el almacén, donde creyó encontrar a don Lauro, peor que solo, con aquellos dos hombres a quienes ya conocía, detúvose en el umbral. Pero era tarde para retroceder y después de un momento de vacilación entró resueltamente.

—¿No está don Lauro? —preguntó sin dar las buenas tardes.

—No está, Maruca; pero lo mismo puedo despacharte yo.

—Bueno, don Cabo Policarpo: diez de yerba, veinte de azúcar y un pan.

El mozo no se movió del mostrador, donde se había sentado a lo moro; Luis Gauna arrimóse a la muchacha. Esta, intranquila, pidió con la voz temblorosa:

—Ligero, si me hace el favor, don Cabo Policarpo; llueve y mama está sola.

Caupolicán saltó del mostrador sonriendo y comenzó a revolver la cuchara en el cajón de la yerba. Gauna insinuó melosamente:

—¿Tiene prisa, niña?

—Sí, señor.

—¿Se sabría saber por qué?

La muchacha no contestó. Gauna, para quien el dinero era entre las gentes humildes la llave que abre todas las puertas, acercándose más, se

atrevió a insinuar:

—Y sin embargo, es usted tan bonita, que hay quien le pagaría el gasto y mucho más, si no tuviera tanta prisa.

La joven se puso colorada y, esquivando el cuerpo del hombre que se le arrimaba, clamó:

—Pronto, don Cabo, o me voy.

Y como el maestro apenas se moviera juntando las raspas del cajón, adivinó ella su intención y volvióse para salir.

Gauna le cerró el camino.

—No te has de ir, mi hijita —díjole estirando la mano para tomarla del brazo.

La muchacha dio un grito, pero antes de alcanzarla el insolente mozo una feroz cachetada lo tendió largo a largo en el suelo enladrillado del almacén.

— ¡Antonio! —exclamó la niña, viendo al que entraba.

— ¡Yo, mi prenda! ¡Ándate ligero! ¡Tenemos que arreglar cuentas todavía!

— ¡No hemos de tener, guaso bruto! ¡Ahora vas a ver! —rugió Gauna incorporándose penosamente y enarbolando un revólver.

No alcanzó a apuntar, cuando otra cachetada lo desarmó lanzándolo contra lo pared.

— ¡A mano limpia, si es capaz, so insolente! —contestó el joven paisano aventando el arma, que fue a dar a los yuyos del camino—, ¡qué se ha pensado! ¡Si se habrá creído que, porque anda propalando que es rico, ya los pobres vamos a bajar el cogote para que haga su antojo! ¡Si se habrá creído que tener plata es tener las llaves del cielo, y que el cariño del paisano es hacienda mostrenca! Si quiere amores vaya a buscarlos entre los suyos, donde no faltan desorejadas; y si cuestan caros páguelos, para eso es la plata. Yo soy pobre, pero por dorado que sea, ni usted ni nadie va a manosear lo mío... ¡sí, lo mío!

Gauna, aturdido, estaba pegado a la pared. Caupolicán, con una vara de medir en la mano, de pie sobre el mostrador, no atinaba a hacer ningún movimiento.

Don Lauro había salido al barullo. Pero, como las cosas ya no las podía atajar, se hizo el chanchito rengo y se quedó arrimado al marco de la puerta.

Al fin y al cabo, él también era hombre de campo y en el fondo estaba herido por las maneras insolentes con que el mocito trataba a los paisanos.

Antonio paseó su mirada orgullosa por la escena y dijo escupiendo con desprecio:

— ¡Flojo! ¡Que no había tenido mano más que pa las hembras!

Y salió del almacén, y con esa tranquilidad del hombre valiente, arregló sin apurarse las caronas de su caballo, montó despacio, y al trotecito tomó para su casa.

LA PARÁBOLA

Al borde del riacho de Dolores estaba la casita de don Filemón, dos o tres piezas pintada de blanco. Alrededor de ella corría una amplia galería, pero aquel montón de albas piedras apenas se veía, oculto por un bosquecillo de frutales, amorosamente cuidados, que eran en primavera una canasta de flores y en verano se desgajaban al peso de la fruta.

En la otra banda, también en medio de una arboleda, estaba la casa de don Eugenio Larcos, jefe político del departamento y gran amigo del cura. Era más moderna y más cómoda, de un solo piso, pero con un alto mirador que dominaba toda la cuenca y servía de observatorio.

La huerta, más variada, cubría dos o tres hectáreas de una loma fértil; por un lado se unía con un alfalar, donde el jefe tenía media docena de vacas y dos caballos de silla, y por el otro iba a morir contra una magnífica valla de sauces llorones, que bañaban sus lacias cabelleras en el agua dulce y fugitiva del arroyo.

También los árboles de don Eugenio eran bien cuidados por su dueño, que los había plantado, y los regaba, les carpía la tierra, los injertaba, los podaba minuciosamente, mientras su ama de llaves, una vieja al estilo de la Floriana de don Filemón, cuidaba de la casa y del dueño de los árboles.

Ella y un chico para los mandados eran toda la servidumbre del hombre omnipotente, que en los días de elecciones arreaba a las urnas a todos los votantes del departamento, a elegir *libremente* el candidato oficial.

La propiedad en que vivía y poco más eran todo su caudal.

Había gastado en su juventud una fortuna espléndida, en viajes y placeres, y se había hastiado de los goces mundanos.

Aquel rincón de la sierra, en que jamás pensara, heredado de una tía

lejana y desconocida, ofreciósele en los años maduros como un puerto de refugio, y en él encontró la calma y la dicha.

Rayaba en el medio siglo. Su gran cabeza rubia, no muy proporcionada al cuerpo enjuto y pequeño, comenzaba a platearse. El bigote ya estaba blanco, y habríalo estado también la barba si no la afeitara diariamente, con una pulcritud, de la antigua existencia mundana.

Hacía diez años, apretado por la necesidad, fuese a aquel agujero, con un sueldo de jefe político. No pensaba quedarse allí, porque aborrecía el campo. Era un respiro que se daba mientras cambiaba la suerte.

Pero convirtióle la paz de aquella vida, que le restauró la salud y le infundió la pasión de los libros. Había comenzado leyendo, por distraerse, algunas obras de Flammarión, y acabó entusiasmándose con la astronomía, que lo llevó hasta a repasar las olvidadas matemáticas y encargarse a París un magnífico telescopio.

Con un estilo fácil a toda sabia pedantería, escribía originales artículos que le pagaban bien los grandes diarios; y complacíase, de cuando en cuando, en sacar de sus casillas a los pacíficos astrónomos del observatorio de Córdoba, adelantándoseles en las novedades y rectificándoles sus informes.

En esos diez años no bajó diez veces a la ciudad. En cambio, subía muchas a la sierra alta, a cazar guanacos, en compañía de don Filemón, quien, al contagiarle sus sanas pasiones, tuvo mucha parte en lo que el jefe llamaba su conversión.

Conversión de costumbres, pero no de ideas. Don Eugenio seguía pensando mal de las cosas del campo, y siendo el mismo espíritu, despreocupado en materia de religión.

—Usted cambiará —decíale el cura— o yo no me llamo Filemón.

Pero el hombre no tenía trazas exteriores de cambiar; y si los domingos iba a la iglesia, más que por oír misa era por escuchar las pláticas sabrosas de su amigo.

Al principio de su conversión, por miedo de aburrirse en su agujero solitario, pensó en casarse pero el tiempo se le había pasado sin bajar a la ciudad a buscar novia.

Hombre de experiencia, no gustaba de las fáciles beldades que cada verano, en desenfrenadas cabalgaduras, llenaban de ruido y polvo los caminos de Dolores.

Y mientras no cambiaran sus ideas aristocráticas, no había que pensar en que pudiera enamorarse de una hija de la sierra.

Gente, para él, villana y codiciosa, de raza inferior en ideas, en moral, en costumbres, no entraba en su reino.

— ¡Moral! ¡Qué moral puede tener gente que no se baña! —decía, discutiendo el tema con don Filemón. El cura se reía.

— ¡Sí! ¡Fíese usted en los cuartos de baño!

Desde que chocaron sus opiniones, entablóse entre ambos una guerra sin cuartel. Cuando llegaba a oídos de don Eugenio alguna villanía de paisano, inmediatamente cruzaba el arroyo para ir a comunicársela al cura, que bufaba de ira. Y en cuanto don Filemón pescaba alguna de gente fina, se arremangaba la sotana, pasaba el riacho en sentido inverso y caía como una tromba en casa del jefe.

En honor de la verdad, eran más las veces que don Eugenio vadeaba el arroyo, porque los campesinos son truhanes en todas partes; pero cada visita de don Filemón valía por diez de las de su amigo.

Cuando llegó al jefe la noticia de lo ocurrido en el almacén entre Luis Gauna y Antonio, aprestóse a la visita del cura.

Fastidíabale de antemano, pero no quiso rehuirla porque el ladino sacerdote habría comprendido el motivo de su fuga.

A cosa de las diez del siguiente día llegó don Filemón. Para no dar un rodeo hasta la puerta de la casa, entró salvando el cerco de la huerta.

El jefe, muy tranquilamente, recorría sus árboles.

— ¡Que descansada vida! —gritóle de lejos el cura cierto retintín, que a su amigo le hizo apretar los dientes.

—La de todos los Padres del desierto —contestó éste.

—Diga, señor jefe, ¿sabe a qué vengo?

— ¿A buscarle tres pies al gato?

— ¡Justo! ¿Conoce ya la historia?

Don Eugenio, limpiando las hojas de un durazno, asintió con la cabeza.

— ¿Y qué opina? —interrogó el cura plantándosele por delante con los brazos en jarra.

El jefe se encogió de hombros.

— ¿No opina nada? —insistió implacable don Filemón.

— ¿Qué quiere usted que opine?

— Cualquier cosa; lo que se le ocurra, lo que le brote.

— No me brota nada.

— ¡Nada! ¡Bendito sea Dios! De manera que según su opinión la cosa no vale la pena...

— Así es...

— ¡Jué pucha!

— Sobre todo habiéndose llevado el delincuente dos o tres manoplas de ese animal de Antonio.

— ¡Bravo! Antonio es un animal por haber defendido a su novia; y el otro ¿qué es?

— El otro... pues... óigame, señor cura; ¿le parece a usted muy santa la alegría que le causa esa mala acción? ¿Cree cosa muy evangélica el venirse a juzgar a los hombres delante de los hombres, regocijándose de sus caídas, como si un pecado fuera el triunfo de una causa? ¡Brava doctrina, señor ministro de Dios!

— ¡Eh! ¡pare el carro, don Eugenio, que hay piedras! Ni yo me alegro de esto, sino que me indigno muy de veras, ni creo justo el regocijarme de los pecados de nadie, aunque hagan el triunfo de la más santa de las causas. Pero ¡qué canejo! hay que dar al César lo que es del César. Y ya que usted está empeñado en convencerme de que la moralidad entra con la finura y la urbanidad y la plata, yo quiero probarle lo contrario.

— ¿Que la moralidad entra con la grosería y la miseria? —interrumpió el jefe con una risita.

— ¡Don Eugenio! —saltó el cura sulfurado.

— ¡Don Filemón!

— Lo que quiero probarle es que hay más grosería entre la gente urbana y platuda que entre estos paisanos infelices que usted desprecia.

— ¿Y cómo lo prueba?

— ¡Con hechos!

— ¿Por ejemplo con el de ayer?

— ¡Usted lo ha dicho!

— Pero el que un muchacho decente...

— ¿Decente? —preguntó el cura arqueándose como un signo de interrogación—, ¡indecente, querrá decir!

— ¡Llámele usted hache! Un mozo rico, si le parece, falte al respeto a una muchacha...

— ¿Falte al respeto? ¿Nada más?

—Que yo sepa, de allí no pasó.

—Bueno; pero tenga en cuenta, señor jefe, que no pasó de allí porque halló quien le sumiera el resuello.

—Bien; adelante. El que un rico cometa esa mala acción, creo que no le da a usted derecho, señor cura, para juzgar temerariamente que todos los ricos sean capaces de cometerla. Si la moralidad no entra con la riqueza, no veo por qué con ella ha de entrar necesariamente la inmoralidad.

— ¡Bah! Vea, don Eugenio; ni usted ni yo nos chupamos el dedo; usted sabe de qué pie renguean esos que se llaman "hombres bien", que mejor harían en ser hombres de bien, aunque no se llamaran de ningún modo. Usted sabe que al freír los huevos se ven las cáscaras, y para que ellos, sobre todo los jóvenes, los cultos, los distinguidos, los platudos, muestren la hilacha, no se necesita más que ponerlos en circunstancias especiales.

—No entiendo qué sean esas circunstancias.

—Bueno, vea usted. Tome uno por uno cien de esos mozos bien ay póngamelos solos con una muchacha bonita y pobre, y dígame si habrá uno que no se crea obligado a faltarle al respeto e ir hasta donde la audacia de él lo lleve o la dignidad de ella lo consienta. Todos son iguales en esto, porque todos tienen tan miserable concepto de la honra masculina, que se creerían deshonorados si no "se aprovecharan" de la ocasión. ¡Como si la honra del hombre viviera sólo a costa de la honra de la mujer! Zonzos ante sus propios ojos, serían más zonzos ante los ojos de sus amigos que supieran que en un caso así, han obrado sencillamente como hombres de bien.

—Efectivamente, don Filemón, pero la razón es otra.

— ¿Sí?

— ¡Otra! Esa prueba es peligrosa; a esa prueba yo no sometería, no digo a jóvenes despreocupados y en la edad de las pasiones, ¡ni a varones virtuosos como los quiere usted! Es la naturaleza, que también tiene sus derechos!

— ¡Ahí lo quería ver, señor jefe! ¡Es el supremo argumento! Pero eso sí, en favor de los ricos, que llaman naturaleza a sus costumbres. ¡Como si sólo ellos tuvieran naturaleza! Rugiente y formidable es la de los campesinos, hechos a la libertad y no gastados por los placeres, ¡ésa es na-

turalidad! Yo no quiero decir que sean santos, pero sí que respetan infinitamente más todo lo respetable.

—Porque son más tímidos.

—O porque son menos perversos. Dome usted un potro; acostúmbrelo a no saltarse los cercos; póngale buenas riendas y venga después a hablarme de la naturaleza de los potros no domados.

—Bueno, bueno; por timidez o por lo que usted guste, los hombres del campo son más puros que los de las ciudades; pero ¿las mujeres? por cada rica, hay diez pobres que se desbarrancan. Y la moral de una sociedad se juzga por la moral de las mujeres que por la de los hombres. Los hombres hacen las leyes, las mujeres las costumbres!

— ¡Las mujeres! Usted me obliga a decirlo con pena; es verdad que son más morales que los hombres; éstos están podridos por dentro y por fuera; ellas sólo por dentro.

— ¡Don Filemón!

—Ustedes los profanos conocen el mundo exterior; por nosotros los sacerdotes conocemos las almas. Cuando una de estas humildes mujeres viene a volcar en nuestros oídos el fardo lastimoso de sus culpas, vemos en ella muchas veces la víctima inconsciente, vencida o engañada; ¡la víctima, la sacrificada! Cuando una gran dama, de estas que jamás caen... definitivamente, viene a nosotros con sus aristocráticas faltas, hallamos más malicia y más pecado en sus inofensivos coqueteos que en las caídas de las otras, a quienes ellas miran con asco.

— ¡Rara doctrina!

—Si, muy rara; que para nosotros los curas tiene grandes consuelos. Muy arraigada debe estar la virtud entre las gentes humildes, cuando existe en medio de tanta lucha.

— ¿Lucha en la clásica paz de los campos?

—Sí, don Eugenio; de parece a usted poca lucha la que debe sostener la conciencia de una muchacha pobre, que quiere conservarse virtuosa, cuando hay quien la sacaría de la pobreza pagándole el vicio?

— ¡Bah! Ni todas se pierden por la plata, ni a todas se les ofrece costearles el vicio.

— ¡Qué mal conoce su gente y la mía! Hay en la pobreza más dramas desconocidos de los que usted sospecha. No a todas se les ofrece costear el vicio, porque felizmente no todas están en contacto con quienes

pueden costearlo; ni todas se pierden por la plata, es verdad; ¡también se pierden por amor!

Don Eugenio soltó una carcajada.

— ¡Oh, amigo mío! ¡Usted vive en pleno romanticismo! Eso del amor del rico al pobre o de la pobre al rico, sólo se ve en las novelas por entregas; es la historia de la Cenicienta...

—Eso —contestó tristemente el cura— se ve... en el confesionario.

— ¿El Príncipe enamorado de la Cenicienta?

— O la Cenicienta enamorada del Príncipe.

— ¡Imposible!

— Muy posible y muy humano. ¿De qué cree usted que es el corazón de los pobres?

— ¡De carne!

— ¿Y el de los ricos?

—Pues también de carne.

— De modo que para los ricos y pobres el amor es lo mismo.

—Evidentemente; pero el amor no es, como lo pintan las novelas, una cosa fulminante: "te vi y te amé..."; es algo que para desarrollarse necesita circunstancias especiales, semejanza de gustos, de ideas y de condiciones, afinidad, y, sobre todo, señor cura, esperanza cercana o remota, pero esperanza de reciprocidad. Si mañana, con un poderoso telescopio, pudiéramos ver a los habitantes de Marte, el más inflamable don Juan del mundo jamás llegaría a enamorarse de una belleza de Marte, aunque la viera todos los días...

—No es igual el caso —respondió tranquilamente don Filemón—. Suponga usted una muchacha inocente y sencilla, como son casi todas las muchachas serranas, una Cenicienta sin mundo, y sin malicia, que ve venir al Príncipe enamorado, que la corteja un día y otro día, que la llama bonita, que le da mil pruebas de amor, sin que ella pueda saber si es de oro de ley. Que con dulces palabras y con paciencia va ganándose su voluntad; añada usted que esa muchacha ha oído contar el cuento de la Cenicienta y otros por el estilo, en que las campesinas, gracias al amor, se vuelven princesas; añada también que el Príncipe que la enamora es buen mozo, viste bien, es rumboso, es rico... o lo parece... ¡es hombre!... y ahora le pregunto: ¿de qué debe ser el corazón de esa muchacha que está en la edad del amor, para no dejarse engañar por todos esos prestigios juntos y enamorarse con

toda su alma? ¿Ve, señor don Eugenio, cómo no es igual su caso? Mi Cenicienta no se enamoraría de un Príncipe si éste no descendiera hasta ella ni la cortejara, ni la mintiera, ni la engañara.

Don Eugenio guardó silencio un momento; después dijo:

—Seguimos en plena novela romántica: eso no sucede.

—Desgraciadamente, eso sucede; pero son de esas cosas que quedan en secreto. El que por su ministerio tiene la misión de sondear las almas, es el que llega a descubrirlas.

—Pero usted descarta el caso en que el Príncipe se enamora de la Cenicienta.

— ¡Pamplinas! ¡Eso sí que no sucede! Y si sucediera sería para peor. Cada oveja con su pareja. Ese príncipe que ha tomado por amor eterno lo que es entusiasmo pasajero de la carne...

— ¿Cómo de la carne?

—Sí, señor, de la carne; el amor fuerte y sano nace en el alma; y el alma fina o cultivada de un mundano no puede interesarse en buscar la compañía del alma rústica de una paisana. Ese Príncipe que así confunde las especies, es un zonzo. Y si el matrimonio se hace, créame, no tendrá buen fin.

— ¡Vaya! pero al fin y al cabo —dijo don Eugenio por decir algo—, yo no encuentro tan grave el daño de que una de estas pobres muchachas, condenada a ser más tarde víctima de un marido brutal, como suelen serlo estos paisanos, sienta penetrar en su alma oscura, aunque solo sea por un instante, ese rayo de luz que es el amor. A lo menos podrá decirse: ¡he vivido!

—Usted, señor jefe, conoce más la luna que el corazón humano. Ese rayo de sol, que ha entrado en esa alma, sólo servirá para hacer más triste con su recuerdo la oscuridad en que ha de vivir. Y nada es eso, que, al fin, de recuerdos se vive; pero usted no cuenta para nada el desengaño, el desamparo, la vergüenza de la honra perdida...

—No creía que esa gente fuese tan melindrosa en cuestiones de honra: lo que no es en tu año no es en tu daño.

—Sí, ya sé; ése es el argumento que se hacen todos los seductores para acallar su conciencia. El pobre, por lo mismo que es modesto y humilde en sus gustos, no tiene derecho a ninguno de los grandes bienes de este mundo, ni siquiera cariño al íntegro de su hogar, ni siquiera a la virgi-

nidad de sus mujeres

Tan triste se hizo la voz de don Filemón, que su amigo agachó la cabeza, muy ocupado en cortar los retoños viciosos de un peral.

Tenía vergüenza de defender una causa que se estaba poniendo muy negra.

Pero no era hombre de tragarse sus razones y exclamó después de un momento de silencio:

— ¡Nos hemos salido de la cuestión!

— ¿Sí? ¿Qué importa eso?

— ¡Cómo no ha de importar, señor lógico!

— Absolutamente; ¿es cierto o no es cierto lo que yo he dicho?

—Vamos —dijo vacilando el jefe—, supongamos que sea cierto... ¿quiere decir eso que la moralidad esté reñida con la urbanidad?

— ¡No, ni yo he querido probarlo! Lo que quiere decir, es que esa alta sociedad tan orgullosa de su aparente virtud no tiene por qué despreciar a la pobre mujer caída del pueblo; que rompa su cáscara brillante y vea cuánta ceniza hay en el corazón de esa doctrina aristocrática tan egoísta. Si por cada gran dama que cae hay diez humildes mujeres caídas, es porque aquélla tiene muchas cosas que la contienen, la sociedad que la mira, el hombre que la cela, la costumbre de guardar las formas, ¡la rutina de ser virtuosa! y ésta tiene muchas cosas que la empujan: la brutalidad del pobre que la persigue, el prestigio del rico que la solicita, la ignorancia, la sencillez fácil de engañar, la miseria que es mala consejera.

— ¿De modo que, según usted, la virtud de los ricos se mantiene por falta de ocasiones?

—Yo no juzgo a los ricos: definiendo a los pobres; si aquéllos pierden en la comparación, peor para ellos. Hallo más méritos en una muchacha pobre que guarda su inocencia, que en una rica, porque la pobre tiene que vencer cien tentaciones más; vencer las tentaciones de los pobres, y las tentaciones de los ricos, ¡oh, las tentaciones de los ricos, las más formidables porque se valen de su poder de hombres dueños de la fortuna y del tiempo! ¡Las tentaciones de los mundanos ociosos, sin más carrera en su vida fácil, que enamorar a las pobres muchachas! ¡Ay! ¡en sus días cortos y alegres esa inocencia conquistada es un episodio que ocupa sólo un momento; pero en los días largos y tristes de la pobre niña hundida en la vergüenza, esa inocencia perdida llena la vida entera! ¡Qué cobardía y qué

responsabilidad!

Don Eugenio volvió a agachar la cabeza como si aquellas palabras le tocaran personalmente. Don Filemón se enjugaba los ojos con un gran pañuelo a cuadros.

Pasó un buen cuarto de hora, sin que ninguno dijera una palabra.

Por último habló don Eugenio:

—Eso es socialismo, señor cura.

—Eso es cristianismo, señor jefe. ¿Sabe usted la parábola de Nat-ham?

El jefe meneó la cabeza.

—Óigala: "Había dos hombres en una ciudad, el uno rico y el otro pobre. El rico tenía ovejas y bueyes en gran manera; el pobre sólo tenía una ovejita pequeña que había crecido en su casa junto con sus hijos, comiendo de su pan y durmiendo en su regazo, y era para él como una hija. Y como llegara un forastero a casa del rico, para banquetear a su huésped, no tomó él de sus ovejas, ni de sus bueyes, pero mató la ovejita del pobre, aderezóla y convidó con ella al forastero..."

Pasó otro largo rato de silencio en que los pensamientos de los dos amigos iban acercándose.

Habló don Filemón:

—Yo conocí a ese pobre de la parábola: tenía una hija que era todo el amor y el consuelo de su vida triste. Un día un joven rico la conoció; era bonita, le gustó, y aunque con su dinero y su tiempo de hombre ocioso habría podido enamorar a una rica y perderla si quería, enamoró a la pobre y la perdió. Ella murió en el hospital; el padre se ahorcó. El joven rico ni siquiera lo supo. Después del banquete no pensó más en la ovejita del pobre...

Volvió a caer el silencio sobre ambos. Oíase sólo el rumor del arroyo que se quebraba entre las piedras.

Don Filemón deshizo ese silencio con voz más alegre:

—Amigo mío, lo deajo; son las doce y el churrasco se me está secando.

Don Eugenio quedóse al pie del peral cuyas ramas había limpiado, mirando la ruda figura de don Filemón que marchaba a saltos.

Después, como respondiendo a su vanidad herida por la derrota, pero conforme con ella, murmuró:

— ¿Y si tuviera razón este buen hombre? La verdad es que nuestra culta mozada no busca las ovejas del rico, sino elige la oveja del pobre... ¡como en la parábola!

VI

PRIMERAS TRISTEZAS

Una mañana Rina vio el durazno cubierto de flores: era la primavera.

Entróle una gran alegría, una de ésas inconfundibles alegrías infantiles, como en los tiempos en que vivía su madre; y cuando se quedó sola porque los hombres salieron al trabajo, sentóse en el umbral de la puerta.

La adusta montaña parda no había cambiado, pero las lomas reían al tibio sol, cubiertas de tomillos floridos y de margaritas rojas y azules.

Veíase en el montea marillear los piquillines cargados de frutitas, y sobre los matorrales llenos de brotes nuevos volaban mariposas que no llegarían al invierno.

Los árboles eran pocos para los pajaritos que buscaban dónde hacer sus nidos. Una calandria con una pajita en el pico se asentó en el durazno, dio unos cuantos saltitos, vio a Rina y voló al monte, porque no le convenía la vecindad de las gentes.

Oíase el murmullo del arroyo, que saltaba sobre las piedras recién lavadas por las aguas primaverales, y los intermitentes balidos de las cabras, diseminadas por la loma.

La muchacha miraba el paisaje como si lo viera por primera vez, y sin saber por qué, sentía que su alegría se iba tornando tristeza.

El durazno, en cuyas escuetas ramas parecía que se habían apiñado millares de maripositas rosadas, traía a su alma viejas nostalgias.

Se levantó y se fue al arroyo, detrás de la casa.

De ese lado la montaña no cerraba tan de cerca el horizonte, y las lomas iban cayendo en ásperas pendientes, hacia el riacho de Dolores.

En el bajo, medio ocultas por una alameda, asomaban la aguja y la mansarda de un chalecito, y columbrábase sus alegres paredes de ladrillos desnudos.

— ¡El chalet del niño Miguel! —dijose Rina, y como si esa palabra hubiese descorrido un velo, vio el cuadro de su niñez, cuando a ella no la ataban los trabajos de la casa y corría libre en los campos, cuidando la majada, cuando vivía su madre, cuando las flores del durazno, anunciadoras de la primavera, llenaban su alma de una irrefrenable alegría, porque llegaba el tiempo en que los veraneantes volvían a la sierra.

Aquel chalet fue edificado en tierra comprada a Germán por don Miguel Benavídez, rico porteño, que fue a Dolores persiguiendo la salud.

Veraneaba con su familia, cuatro o cinco personas, su madre misia Rosa, una suave y tímida viejita que pasaba los días haciendo dulces; su mujer, misia Encarnación, dama empingorotada, mezcla de orgullo y de caridad; su hijo Miguel y una sobrinita de quien era tutor, porque sus padres habían muerto, dejándole una gran herencia.

Miguel, que tenía once años cuando fueron por primera vez, era un hermoso muchacho rubio y fuerte, que gustaba de paseos y de excursiones.

Rina, en aquel tiempo, corría por las lomas cuidando las cabras de su padre y juntando piedritas de colores; tendría ocho años y amaba más la naturaleza que la compañía de las gentes.

Alguna vez al borde de un camino se encontraron los dos niños. Miguel pasaba desdeñoso sin mirar siquiera a aquella chicuela, descalza, con los cabellos al viento; mientras ella lo seguía con sus grandes ojos asombrados, pensando que se parecía a los príncipes de los cuentos.

Un día la abuela le prometió a Miguel un regalo si le llenaba de tomillos una gran canasta.

El muchacho fue a las lomas alfombradas de la planta aromática y comenzó la tarea.

Rina lo había visto y se puso a juntarla como él. A la tarde, cuando él pasó por allí, acercósele tímida y ruborosa y le ofreció su cosecha en el hueco de la falda. El muchacho la aceptó y pidió que le juntara más.

Se hicieron amigos. Miguel era esquivo, pero acabó por agradarle la compañía de la chica, que se asombraba de su fuerza, de su saber, de su riqueza, y le obedecía como si hubiera nacido para ello. Se daba el lujo de mandarla y de protegerla, y como la niña sabía cuentos y lindas canciones que cantaba con una afinada vocecita de cristal, él se entretenía a su lado, lo bastante para olvidar algunos días el petiso que su padre le había comprado.

A veces venía a caballo y era entonces mayor la admiración de ella,

viendo las botas lustrosas, la lujosa montura, el traje flamante del jinete.

La niña llegó a encariñarse tanto con su amigo, que se le hacían largas las horas en que él no estaba, y su mayor alegría era acompañar a su madre cuando iba al chalet, para poder verlo todo el día.

Cuando se acabó el verano y los Benavídez se fueron a Buenos Aires, ella se quedó triste. Un día su madre la encontró llorando, y la chiquilla no supo decirle por qué.

Ese año murió el padre de Miguel y durante el verano el chalet estuvo desierto.

Dos años pasaron así. Fabián se iba apegando más a la casa, y comenzaba a comprender que de todas las cosas que veía, Rina era la que más le gustaba.

Los domingos, libre de su tarea, la acompañaba a la loma a cuidar las cabras o al monte a juntar piquillín.

Ella le contaba cuentos, los mismos cuentos que él sabía, porque los había oído a las mismas personas, pero contados por Rina le llenaban el alma.

Al tercer verano, después de la muerte de don Miguel Benavídez, volvió la familia a habitar el chalet.

Miguel había casi olvidado a su antigua amiga y ésta no lo recordaba tampoco.

Pero, cuando la niña fue a su casa con su madre que iba a entrar de cocinera, los dos se alegraron de verse.

Miguel tenía quince años. Rina tenía doce.

Volvieron a correr por las lomas juntando tomillo para la abuela. Alguna vez llegaron hasta el monte y volvieron con las caras pintadas de piquillín.

Fabián sufría, y durante el trabajo, en Dolores o en otra parte, acompañábalo perpetuamente el recuerdo de la niña, por quien se hubiera dejado cortar en pedacitos, y a quien imaginaba alegre y sumisa a la voluntad de Miguel, como no era, como no había sido nunca con él.

Ahora la chica le torcía la cara cuando él se le acercaba.

—¡Lo quiere porque es rico! —pensaba él, haciendo un mundo de sus penas infantiles. Un odio sordo le roía el corazón, un odio contra los ricos que iban a robarle lo que era de él. Contra ella no; a ella la quería más, porque para él todo era motivo de quererla más.

Fabián tenía quince años como Miguel, pero nunca se hubiera atrevido a luchar con él. Su alma de paisano estaba hecha a doblarse ante el rico. Pero un día Miguel lo afrentó delante de Rina.

Era un domingo a la tarde. Fabián había conseguido permiso y se fue a casa de su tío.

En el arroyo, Miguel y Rina construían hornitos de barro. Cuando llegó Fabián, Miguel, que no lo quería, se paró, lo midió de arriba abajo con su mirada de hombre superior:

—¿Qué querés? —le dijo.

Fabián, que sentía impulsos de ira, al ver a la que en el fondo de su alma era su novia, en compañía del niño orgulloso, no contestó. Se afirmó contra un sauce para verlos trabajar.

Pero Miguel tenía ganas de pelearle, y le dijo con profundo desprecio:

—Tan endomingado que te has venido, y con la cara sucia, ¡cochino!

Fabián se puso morado de vergüenza, pero nada respondió.

—Apuesto a que también tenés sucias las orejas. Rina, ¿querés ver como las tiene?

Se acercó al muchacho aturdido de pena, y con la mano embarrada, seguro de su impunidad por ser quien era, le agarró una oreja y quiso hacerle volver la cara para que Rina lo viese.

Fabián sintió como un vértigo y lo rechazó de un empujón. Miguel le contestó con una ruidosa bofetada en plena mejilla, y el afrentado no vio más, y se lanzó contra su enemigo. Los dos eran fuertes y se golpeaban bien: Rina, asustada, miraba la lucha. Se habían abrazado y rodaron por tierra, y como la barranca era resbaladiza, cayeron al arroyo. Fabián debajo y Miguel encima. Así lo mantuvo sumergido en el agua, y cuando a los gritos de la chica corrieron de las casas, sacaron al pobre muchacho medio ahogado, lo que no impidió que Germán le diera una soba en cuanto lo pusieron fuera de peligro, por haberse atrevido contra el niño de don Miguel Benavídez.

Desde aquel día Fabián se puso más triste y hosco. No volvió durante todas las vacaciones.

Quería más a Rina porque la había visto llorar cuando su enemigo lo golpeaba. Alguna vez, arrastrado por su inmensa pasión, tomó el camino de la casa de Germán; pero contentóse con rodearla, esquivo como un la-

drón; una vez, una sola vez logró ver de lejos a su prima, que lavaba en el arroyo.

Esa noche durmió menos triste.

Se acabó aquel verano como todos. Misia Encarnación, viendo a Rina crecida y lozana, pidióla a su madre para llevarla de sirvienta a Buenos Aires.

Germán, que idolatraba a su hija, se negó; pero la madre, como muchas campesinas, creía que la suerte de una pobre está hecha si logra entrar en una casa rica, y planteó el caso a don Filemón.

—¿De sirvienta en casa de ricos? ¡Nunca! —dijo el cura.

La madre expuso su idea; no debían dejar escapar la suerte de la muchacha. Don Filemón se echó a reír, con lástima de ella.

— ¡Nunca, nunca! —repitió, y no habló más.

Rina lloró cuando Miguel se fue, y no lo olvidó en todo el invierno.

Antes de irse quiso él deslumbrarla regalándole un billete de diez pesos.

Ella se puso colorada y no lo aceptó.

—Yo te quiero dejar un recuerdo, Rina.

El corazón de la niña latió con fuerza, porque había algo que ella codiciaba: era la pila de agua bendita, puesta por la abuela a la cabecera del nieto. ¡Qué dicha tener ese objeto que lo había visto dormir!

Pero no se atrevió, y la pila continuó donde estaba sin que nadie sospechara que había despertado la codicia de la chica.

Cuando el durazno floreció de nuevo, Rina volvió a sentir su loca alegría, porque le anunciaba la vuelta de su amigo.

Y así fue cada año. Ella espiaba los brotes, y regaba el durazno cuando le parecía que tardaba en echar flores.

Los primeros años amó a Miguel como a un compañero de juegos. Ahora sabía que los ricos no se casan con las pobres; pero no era dueña de su corazón y seguía queriéndolo sin la menor esperanza, como al hijo de un rey; habría deseado ser su sirvienta para estar cerca de él; si él la hubiera golpeado, a ella le hubiera parecido natural, porque era su amo; ni en sueños pensaba ser más que su esclava. Un día le dijeron que el muchacho tenía novia; ella deseó conocerla, sin envidias de una dicha que no podía alcanzar.

Los últimos tiempos ya no andaban juntos por las lomas. Ella se quedaba en su casa, y él de cuando en cuando solía ir a verla. Hallábala moliendo maíz para la mazamorra o lavando en el arroyo. Al verle, dejaba su quehacer y se ponía a cebarle mate.

Nunca hablaron de amores; en Rina el amor era como el perfume de las flores que brota sencillamente, porque así Dios las ha hecho; en Miguel no había nacido aún; ni siquiera tenía ya por la muchacha la simpatía de los primeros años; si iba a verla era porque conocía que mandaba como rey en aquella voluntad toda suya y le agradaba verla humilde y sumisa, pronta a todo.

Un año el durazno floreció; pero la alegría de Rina murió pronto, porque supo que la familia Benavídez no vendría más.

Pasó mucho tiempo. Ella iba haciéndose una mujer, pero conservaba su alma sencilla y pura como una flor de la montaña.

Apenas conocía a nadie; sabía leer y escribir porque don Filemón le había enseñado. Los domingos iba a Dolores, a misa, y después volvía a su casa. Una sola vez fue a Capilla del Monte; era tímida y el bullicio de la villa la disgustó. Amaba más el retiro de su casa, donde su vida oscura se pasaba ayudando a su madre a mejorar la de los tres hombres que vivían con ellas.

Germán, duro y codicioso, cuanto ganaba lo empleaba en tierras; la tierra lo fascinaba, aunque no le rindiera nada. Era el supremo goce hundir la pala en uno de sus valles y decir: “¡esto es mío! ¡y lo que hay debajo de esto, también es mío!” Un pedazo de tierra estéril, inapreciado por otros, para él tenía un gran valor, porque no pensaba sólo en la superficie, sino también en lo que había debajo, siempre tierra, leguas y leguas... ¡y todo era suyo!

Don Filemón dijo un día a Rina:

—¿No tenés novio?

—No, señor.

—Bueno; yo te lo voy a buscar; ¿qué te parece Fabián?

La muchacha miró al cura con sus ojos inocentes y respondió, sencillamente:

—Es el que mi tata quiere.

—¿Y vos no lo querés?

—Sí, señor.

Don Filemón la veía volverse cada día más hermosa y temía por ella. En Dolores más de una vez había oído ponderar la belleza de la muchacha a personas que él nunca hubiera querido hallar cerca de ella. Por eso, conociendo que Fabián la amaba y era fuerte y podía defenderla y sabría respetarla, como la cosa más natural del mundo le contestó:

—Bueno, si lo querés, dentro de dos años, cuando él haya vuelto de la conscripción, yo los casaré.

Apoyada en el tronco del sauce, miraba Rina las flechas del chalet solitario y desierto hacía años.

A la vista del durazno florido, habían brotado en su alma los recuerdos de la niñez. Y era tan fuerte la evocación, que cuando volvía la cara y miraba las ramas pardas del árbol sin hojas, cubiertas de maripositas rosadas, volvía a sentir la misma sensación que en los tiempos pasados la alegraba anunciándole la llegada del verano.

No pensaba ya en Miguel, que tampoco pensaría en ella, pero en su alma oscura había entrado un pensamiento extraño: recordaba el pronóstico de Candela.

Al considerar su vida triste y aburrida, ella que era brava y alegre para el trabajo, esa mañana sentíase cansada, sin haber hecho más que ordeñar las cabras.

Miró de nuevo el chalet, y volvió a la casa, a sentarse en el umbral.

El sol bañaba las lomas verdes, sembradas de manchas de colores que parecían piedras y eran las cabras diseminadas; en la montaña oscura brillaba una lista de plata: era un arroyito que se despeñaba en alguna quebrada.

Sobre el fondo azul del cielo, desteñido por la luz del sol, volaban trazando anchas curvas las primeras golondrinas.

Rina las contemplaba pensativa.

Calculaba el tiempo que tardaría Fabián en volver de la conscripción que ese verano le tocaba. Dos años. Y ella se casaría con él...

Y pensaba que los pájaros son felices porque pueden volar, irse lejos, lejos, en el cielo azul, más allá de las montañas, adonde ella imaginaba el mundo como un inmenso caserío blanco...

VII

EL MES DE MARIA

La iglesia de Dolores era pobre y pequeña, construida de piedra por algunos caritativos albañiles a quienes arreaba y dirigía don Filemón. Un frente con pretensiones de campanario albergaba dos alborozadas campanitas, que en los días de fiesta llenaban de alegría las lomas y los montes lejanos.

Por fuera, la piedra desnuda aun era artística; por dentro, su grosero revoque, pintado cada año a la cal, hería los ojos y el gusto con su despiadada blancura.

Don Filemón entendía poco de arte y era feliz viendo que ni Cosquín ni Capilla del Monte poseían una iglesia mejor blanqueada.

Con donaciones de ricos y jornales de pobres, logró construirla en quince años.

Don Eugenio regaló una imagen muy hermosa de la Virgen de los Dolores, y poco a poco fueron llegando a hacerle compañía algunos humildes santos, desalojados de los lujosos altares cordobeses; fue primero un San José con un Niño y su vara florida, después un San Antonio que las muchachas mimaban llenándole de flores, más tarde una Santa Rita "de vestir" con un traje brillante de seda senegra, recamado de lentejuelas, y así hasta llenar los seis nichos del fondo.

Un púlpito de hierro que se usaba poco, porque don Filemón prefería hablar desde el altar; un confesionario de tablas de cajones, en que a pesar de la pintura aún podía leerse algún letrero comercial; un coro de pino de tea, donde había un armonio bastante bueno, regalo de una porteña, completaban el ajuar de la iglesia.

El piso, naturalmente, era de grandes baldosas cuadradas, sembradas aquí y allá de patitas de perros que las pisaron estando frescas.

Esta prosaica iglesia, desde el 17 de noviembre hasta el 8 de diciembre, se convertía en una canasta de flores.

Traíanselas a la Virgen los ricos que las cortaban en los jardines de sus chalets, y eran rosas, jazmines y nardos, y los pobres que las recogían en las lomas, en las quebradas, al borde de los torrentes, y eran humildes margaritas, pasionarias, aromitos, flores del aire...

Los muchachos saqueaban los nidos del monte y hacían sartas de huevitos que doña Gertrudis la sacristana, una modesta y dulce muchacha de sesenta años, colocaba artísticamente alrededor de los nichos.

En aquel pueblo, adonde la resaca de los veraneantes llevaba muchas malas ideas y costumbres, aún latía ardiente y entusiasta la poética devoción del mes de María.

Hijo de Dolores que no hubiera cantado alguna vez y que en tierra lejana no recordara el campanario de su iglesia oyendo cantar el popular *Venid y vamos todos*, podía decirse que era un hijo renegado.

Las tareas del campo, en aquel mes, graves y apuradas, no impedían, sin embargo, a los feligreses acudir todas las mañanas al repique alborozado de las campanitas.

Don Eugenio, regular pianista en su tiempo, subía al coro.

Sentía un raro placer, algo como un enternecimiento que le invadía las entrañas, cuando vibraba la vieja música en el armonio, que él acabó por conocer muy bien. Parecíale que volvía a los tiempos en que su madre, muerta hacía muchos años, siendo él muy niño, lo mandaba todas las noches al Mes de María. Veía aún el templo severo y hermoso de la Compañía, en Córdoba, hecho un ascua de luces, y oía el órgano solemne, que llenaba de profundas y caras armonías la vasta nave en cruz.

¡Extraño fenómeno en un espíritu resabiado y mundano!

Para evocar mejor esos recuerdos, había formado un coro con muchachas del pueblo. Enseñóles los mismos cánticos que él aprendiera cuando niño; y que a través del tiempo eran los mismos que se cantaban en todas las iglesias.

Don Filemón, viendo el entusiasmo de su amigo, llenábase de gozo y se reía socarronamente.

— ¡Este mancarrón volverá a la querencia, tarde, pero volverá!

Rina, en quien don Eugenio había descubierto una lindísima voz, cantaba los solos.

Don Eugenio mordíase los labios porque los ojos se le llenaban de lágrimas, cuando ella entonaba la linda estrofa:

Con torrentes de luz que te inundan
Los arcángeles besan tu pie;
Las estrellas tu frente circundan
Y hasta Dios complacido te ve.

¡Qué extraña ternura vibraba en su voz! Era su alma que llenaba los versos; su alma tierna, inocente y misteriosa...

En la mañana del 8 de diciembre, día de la Virgen, acompañada de su padre, bajaba Rina al pueblo. Iban a caballo, y como la senda era estrecha, Germán cabalgaba detrás de ella.

Miraba su figura alegre, a pesar del traje negro que vestía; alegre como todas las cosas que la rodeaban en aquella hermosa mañana, y sentía el corazón llenársele de un inmenso cariño.

¡Cómo la quería! ¿Qué no habría dado para hacerla feliz? En ella estaba el secreto de la indomable voluntad con que trabajaba, persiguiendo una fortuna que él no sabría gozar. Para ella toda.

Un grave pensamiento le tenía preocupado.

El día antes, alguien le contó que don David, insaciable para tragarse las heredades de los pobres, en el almacén había dicho a quien le quiso oír que él era el propietario de lo mejor de las tierras de Germán.

Por una miseria adquirió unos derechos, y resultaba comprendida en ellos la parte de los valles, donde no había piedras y la tierra era fértil, y el maíz, resguardado del viento y de las heladas, crecía con lujo, y lo que es peor, la parte del arroyo, orgullo del paisano.

Al principio don Germán no hizo caso. Tenía en su baúl las escrituras de esas tierras y estaba bien seguro de su derecho; las había comprado hacía algunos años y nunca nadie pensó en disputárselas. Pero después, recordando ciertas hazañas de don David, tuvo miedo. Aquel hombre era el diablo para enredar pleitos, y como tenía cuñas en la ciudad, siempre los sacaba a su gusto.

¿Qué sería de él si perdía esas tierras que eran lo mejor de su fortuna? Trabajaría como había trabajado hasta entonces; pero se le hacía humo la gran ilusión de su vida: dejar algo a Rina, para que no tuviera necesidad de acudir a los ricos en busca de trabajo.

¡Los ricos! En el fondo del alma oscura de Germán dormía un sordo

rencor contra ellos.

Todas las miserias de los pobres venían por causa de los ricos. Había conocido aquellos pagos antes que naciera la moda de veranear en ellos; la vida de los paisanos corría entonces más tranquila y más feliz. El almacén era más chico, don Lauro no los explotaba tanto; don David parecía un paisano como todos, sin grandes mañas; la ciudad se presentaba a las imaginaciones lejana como la luna, y eso era bueno; ya se sabía que el paisano que abandonaba su pago para ir a la ciudad a buscar trabajo o a rodar tierra, no volvía el mismo.

Todo cambió cuando vinieron los primeros porteños veraneantes.

Las tierras valieron más, y eso abrió el ojo a alguno como don David, que las compraron baratas para venderlas caras; don Lauro cambió las balanzas de su almacén; y no vendía chiripás, sino pantalones; muchos conocían la ciudad, pero no eran más felices. Como ya no poseían tierras, vivían del trabajo de los ricos, y nunca estaban seguros de tener al día siguiente lo que hoy tenían, ¡ni sus pilchas, ni sus mujeres!

El lo sabía bien. Cuando joven festejó a una muchacha a quien amaba de veras, y un rico se la quitó engañándola. Pasaron dos o tres años y un día volvió su enemigo. El, que no había olvidado la ofensa, le pidió cuentas de la muchacha, y el otro se rió porque lo acompañaban algunos amigos; dijo que ignoraba su paradero; que la llevó a la ciudad y que allí andaría, si no había muerto... Quiso matarlo, pero al primer movimiento, alguien, que nunca supo quién fue, lo tendió de un garrotazo en la cabeza: tuvo para dos semanas de cama.

Cuando don Miguel Benavídez le ofreció comprarle el terreno del chalet, él se negó; no quería tratos con ricos. Mas la codicia triunfó y vendió la tierra.

Pero si odiaba a los hombres de las ciudades, más odiaba a los que, siendo del campo, renegaban de su casta y tenían mañas de ricos; ¡don David, por ejemplo...!

Vadeado el arroyo, ensanchábase el camino. Rina lanzó al galope su caballo, un colorado de linda estampa, flor de las caballadas de su padre.

Este le siguió al trote; un paisano rara vez galopa, porque debe ahorrar fuerzas a la cabalgadura, en que se pasa la vida entera.

Corría el camino a lo largo de un alfalfar cercado de ramas, que el verano había llenado de enredaderas floridas y de nidos de chingolitos.

De la otra parte del camino estaba la loma pedregosa, cubierta de

margaritas azules y de espinosos tunales. Campo abierto, allí pastaban los animales de los pobres. Una gran higuera cargada de higos negros brindaba su fruta a todo el mundo. Los zorzales la aprovechaban más que nadie.

De cuando en cuando, levantábanse al paso de los dos jinetes bandadas de palomitas de la Virgen, haciendo un rápido ¡frrr...! al batir espantadas sus alitas grises. Rina mirábalas volar. Un día Antonio le llevó un nido con tres palomitas. Criólas poniendo en ellas todo el cariño. Las avecitas aprendieron a comer en su mano.

Era en los tiempos en que los Benavídez venían a la sierra. Miguel las vio y las quiso: su dueña, que las amaba, se las dio, dichosa de hacerle el gusto, y cuando él regresó a Buenos Aires, se consoló pensando que las palomitas harían que no se olvidara de su amiga.

Pero una vez que fueron ella y su madre a limpiar el chalet, días después de la partida, en un rincón halló Rina la jaula olvidada, con las tres palomitas que habían muerto de hambre.

Desde entonces no podía ver a las simpáticas y tímidas avecitas sin sentir como un remordimiento.

A medida que se acercaban al pueblo, grupos de hombres y mujeres que acudían a la fiesta se les reunían.

Las mujeres, con sus trajes de percal de colores chillones, enérgicamente almidonados, montaban de a dos en cada caballo. Los hombres, en sus mejores pingos, seguíanlas al trotecito.

Casi todos usaban botas y espuelas y un amplio pañuelo de seda al cuello. Del traje nacional, desterrado por la civilización, no quedaban más rastros.

Germán tenía pocos amigos; al juntarse dábanse los buenos días y seguían la marcha en silencio. Aquel paisano taciturno, que sólo hablaba a retazos, no era buen camarada.

Rina se había reunido con dos o tres muchachas; una de ellas era María, la novia de Antonio, que iba enancada en el caballo con su madre, doña Magdalena. Era también del coro formado por don Eugenio.

Rina quería mucho a aquella linda muchacha, que sería su hermana. Hallaba en su carácter un entusiasmo por la vida y por las cosas del mundo que la ganaba y la hacía poner contenta, ella, heredera de la tristeza de su padre.

Entre las muchachas de la sierra, era María la más presumida. Era también la más paqueta y la que mejor imitaba los peinados de las señoritas, ahuecando, a escondidas de don Filemón, su hermosa cabellera de un rubio oscuro.

—El diablo entra por el copete, muchacha —le dijo un día que la vio peinada de otro modo que a la usanza de la sierra.

Hija de la experiencia o extravagancia suya, el cura tenía una curiosa teoría: "Muchacha que va a la ciudad y vuelve peinándose como fue, ¡salvada! digo yo, y diga la gente lo que quiera; muchacha que vuelve peinándose a lo rica, ¡hum! , el diablo entra por el copete..."

Casi al llegar a la iglesia, Antonio aproximóse a su hermana, para acercarse a su novia. Montaba un brioso caballo oscuro, que hacía lucir el apero chapeado en plata y el talle arrogante del mozo que, al revés de su padre, vestía bien y no vacilaba en gastar cinco pesos en el pañuelo de seda cruda que llevaba flotante al cuello.

Antonio estaba orgulloso de que su novia fuera la muchacha mejor puesta del lugar, aunque a veces le molestara su coquetería.

A la húmeda sombra de la iglesia estaban agrupados los caballos de los feligreses, gachas las cabezas y mascullando el freno. Adivinábase en sus monturas y en sus pelajes la condición más o menos aviada del dueño. Montura con gruesos pellones y cojinillo de piel de carpincho, era del paisano rico, de don David o de don Lauro o de alguno por el estilo; montura militar, era del jefe político; silla inglesa, pelada, del porteño veraneante que venía de Capilla del Monte o San Esteban; recado o bastos humildes con caronas de cuero de oveja y grandes árganas, indicaban al paisano pobre, del otro lado de la sierra, que en deslomado matungo se costeaba a vender tunas y brevas.

Rina saltó del caballo y lo maneó, mientras su padre, sin decir palabra, hacía lo mismo con el suyo; Antonio maneaba el de su novia.

Fabián aquel día no se había acercado.

La entrada de la iglesia estaba invadida por veraneantes recién llegados.

Algunas señoritas, tan arregladas como en la ciudad, se saludaban con un tiroteo de frases y de besos ruidosos.

Toda la mozada distinguida, agrupada en la puerta, contemplaba las escenas, y aunque estaba allí principalmente por mirar a las ricas, no desdénaba mirar también, con una persistencia que las hacía enrojecer, a las

muchachas de la sierra, que aturcidas pasaban delante de ellos.

—¿Quién es esta palomita? —preguntaban cuando alguna les llamaba la atención.

Caupolicán era el biógrafo de todas; con una palabra y un gesto les refería su historia.

Ni Rina ni María tuvieron que cruzar por allí. La escalera del coro quedaba fuera de la iglesia, del lado de los caballos.

Rina subió toda alterada; acababa de oír un nombre que de golpe le echó la sangre al corazón.

— ¡Dios mío! —dijo, y entró atropelladamente en el coro donde ya don Eugenio las aguardaba, arreglando los papeles de la música.

A pesar de sus teorías, el jefe había acabado por hallar en Rina tanta delicadeza y finura de alma, que llegó a interesarle.

Un día se sorprendió a sí mismo pensando que si la muchacha no hubiera estado de novia, quizá habría perdido la chaveta por aquella paisanita rústica y tímida, que apenas sabía leer.

Don Filemón llegó cuando todo el mundo estaba en la iglesia.

Revistióse a toda prisa los más lujosos de sus ornamentos y subió al altar.

Por más que quería atar su espíritu a las cosas que hacía, a cada momento se distraía, preocupado con la idea del sermón que iba a decir.

En la ola de veraneantes que las ciudades habían arrojado ese año sobre Dolores, venía uno de los más solemnes y puntillosos canónigos de la catedral de Córdoba.

Don Filemón, acostumbrado a hablar llanamente a sus feligreses, pobres o ricos, con aquella retórica criolla que tanta fama le valiera, sentíase cohibido por la presencia de aquel monseñor que iba a fiscalizar su plática y a llevar el cuento a su viejo obispo.

La mitad de la noche pasóla compaginando ideas, sacadas de un añejo Segneri, que hacía treinta años no hojeaba, acostumbrado a no leer más que tres libros: el Evangelio, el Crucifijo y el Confesional, donde mejor estudiaba el corazón humano.

Tomólo el día aprendiéndose de memoria algunas frases muy rimbombantes, que a él le parecieron nuevas.

Quería hacer el panegírico de la Virgen e iba a hablar de las profecías que la anuncian desde el Génesis y los salmos de David, hasta el Apocalip-

sis.

De antemano se imaginaba la sorpresa de sus paisanos cuando lo oyeran hablar en latín y decir ahuecando la voz: "¿Qué dice el Génesis de María? Y la mujer quebrantará tu cabeza: *ipsa conteret caput tuum*; ¿qué dice David? ¿qué dice el Rey Sabio?"

Y así con ese estilo, y volando por esas alturas, estaba seguro de no desbarrancarse en las criolladas, mezclando lo divino con lo humano, como él solía.

—Mi monseñor quedará contento —se dijo montando en su mula para ir a la iglesia.

Había convidado al aristocrático canónigo a almorzar ese día, y como no pudiera brindarle cosas criollas en el sermón, se propuso brindárselas en el almuerzo.

—Estos puebleros no saben lo que es bueno... ¡Teófilo! —gritó, llamando al muchacho de don Eugenio, que encontró por el arroyo—. Ven, monta en ancas, y cuando pasemos por la carnicería te vas y le decís a David que me mande dos reales de chinchulines.

Estaba peleado con don David, y no quería tomarle nada al fiado. Buscó plata en el bolsillo, y, como no la hallara, por no volver a las casas, murmuró resignado a aceptar un favor de aquel hombre:

—Bueno, dile que luego se los pagaré, y si no quiere, avísame

Llena la cabeza de las enfáticas frases de Segneri, don Filemón se dio vuelta en el altar cuando leyó el Evangelio y comenzó su panegírico.

—*Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te...!*

Los paisanos se quedaron abriendo la boca al oír a su cura comenzar el sermón de un modo tan extraño. Pero a la admiración de la novedad sucedió la confusión; aquello no era para ellos, amigos de la retórica revolucionaria y "a la que te criaste" de don Filemón.

— ¡Bah, bah! —decían los viejos, aburridos y mañeros—, le ha dado por lucirse, ¡como hay tanto puebleros!

Alguno estuvo tentado de interpellarlo según solían, pidiendo aclaración de puntos oscuros, pero los contuvo el respeto al canónigo y más que todo la misma imponente elocuencia de don Filemón, embriagado en su nueva retórica, y radiante al sentir que le brotaban como agua frases escogidas para bordar los latines que iba ensartando.

De pronto se produjo un incidente que disipó el aburrimiento general.

Entraba Teófilo, que venía de lo de don David el carnicero, a tiempo que don Filemón, hablando de las profecías, exclamaba dirigiéndose al público:

—¿Que dice David?

Y Teófilo, sin la menor vacilación, le contestó desde la puerta de la iglesia:

— ¡Dice que le mande los dos riales, si quiere chinchulines!

Todo el Segneri aprendido en la velada, todo el Cantar de los Cantares y los Salmos y el Génesis volaron de la cabeza del cura, en medio de las ahogadas risas de sus feligreses y de las contorsiones del canónigo, que saltó en su sillón como si le hubieran dado un picanazo.

Don Filemón pretendió en vano retomar la hebra de la retórica ampulosa; tropezó dos o tres veces en algunos de sus refranes habituales, y zumbándole la cabeza llena de ideas que no podía expresar sino con su viejo estilo, cortó el sermón con un *Dominus vobiscum*, y se dio vuelta refunfuñando:

—Es de balde, al que nace barrigón es al ñudo que lo fajen.

Sonó el armonio y la voz de Rina, pura, como si el alma temblara en ella, se dilató por la humilde nave. Don Eugenio la miró sorprendido, y contagiado él mismo por el extraño encanto de aquella voz que siempre había sido dulce y llena, pero que esa vez se abría campo en los corazones anegada en una gran ternura, acompañó como mejor pudo las tiernas estrofas a la Virgen.

Cuando Rina concluyó su canto don Eugenio vio que tenía los ojos llenos de lágrimas y contemplaba, como rezando, un gran letrero en uno de los arcos que decía: *Monstra te esse matrem*.

Recordó que un día ella le preguntó el sentido de aquella frase.

— ¡Muestra que eres madre! —contestóle el jefe, que algo sabía aún del latín escolar.

¿Leía Rina aquel letrero repitiendo mentalmente la súplica?

Cuando don Eugenio le dijo: "Hoy has cantado mejor que nunca, ¿qué tenés? ", ella, sin responder, se puso colorada.

¿Qué tenía? Ella misma lo ignoraba, pero sentía como una mano que le apretase el corazón y veníanle en oleadas los recuerdos de la infancia, cuando con inefable alegría veía vestirse el durazno de florecitas rosadas.

Al fin de la misa, tocó en el brazo a María para que salieran juntas, porque no se animaba a bajar sola. Al pie de la escalera estaba Fabián, triste y amante como un perro fiel que aguarda a su dueño.

— ¡Qué bien has cantado hoy, Rina!

Rina, que en ese momento lo amaba mucho, le sonrió llenándolo de gozo y le pidió que les cinchara los caballos.

Mientras él lo hacía, las dos desde allí miraban salir la concurrencia de veraneantes.

De repente Rina sintió que su corazón estallaba de ansiedad.

Había visto el grupo de los Benavídez: la abuelita, más encorvada; misia Encarnación, siempre la misma gran señora; la sobrina convertida en una linda joven, y junto a un pilar, mirando a las muchachas que salían, alto, fuerte, hermoso como un rey, siempre el mismo gesto de mando, Miguel, el compañero de tantos estíos cuya venida le anunciaba la flor de durazno.

VIII

BAJO LOS SAUCES

Hacía mucho tiempo que Miguel había olvidado a la humilde amiga de vacaciones que le ayudaba a juntar tomillo para llenar la canasta de la abuelita.

A los veintidós años no era ni mejor ni peor que la mayoría de los hijos de las ciudades.

Producto de su época, rezumando esa inútil salud de los ricos ociosos y ese suave hastío por las cosas del mundo, que tan bien sienta a las gentes distinguidas, estaba hecho a todos los deportes y a todos los placeres.

Enemigo del esfuerzo, en la Facultad perseguía, sin fatigarse demasiado, un título que no habría de servirle gran cosa; y sabía llevar con desdén la codiciada medallita del Jockey Club, y perder con displicencia buenas sumas en una tarde del hipódromo o en una noche de ruleta.

Su madre, que lo adoraba, alababa en él su buen corazón, su genio alegre, su hermosa planta. Viéndolo gastar sin tasa la menguada hacienda, incapaz de enfrentarlo, contentábase con urdir para él un casamiento que lo llevara a la fortuna y le asentara el seso.

Al volver a los sitios en que pasara tantas vacaciones alegres, no se suscitaban en Miguel esas imágenes que resucitan en la imaginación los días de la niñez.

Pero una tarde, en una partida de naipes con Caupolicán y otros mozos, rodó en la conversación el nombre de Rina.

—Esa es fruta prohibida —dijo el maestro, siempre bien informado—. No se la aconsejo, amigo: tiene un hermano que da trompis como patadas de burro; y tiene un novio que, por la pinta, debe ser más bruto que el hermano.

La he conocido —murmuró Miguel—. ¡Era muy bonita!

—¡Era y es!

—¿Vive su padre?

—Sí; el paisano más siniestro del mundo.

—¿Siempre en la loma?

—Siempre; pocas veces baja al pueblo.

Caupolicán guiñaba el ojo; Miguel no habló más.

Viniéronle a la memoria algunos recuerdos de Rina, y sin saber por qué, sintió disgusto de que su nombre anduviera en aquellas bocas.

El domingo, a la salida de misa, más que a las ricas, espió a las pobres, y la vio bajando del coro.

La reconoció en seguida, y no se contuvo más.

Como él se le acercara, ella se turbó. A su lado estaba un hombre joven, de semblante hosco.

—¿Cómo te va, Rina? ¿Cómo te va, Fabián? —díjoles sencillamente, dándoles la mano y reconociendo en el mozo al rival que un día venció.

—¿Cómo le va, niño Miguel? —respondieron los dos, y quedaron callados.

Si en ese momento hubiera podido leer su destino, si en la voz y en la mirada de Fabián hubiera visto que renacían los celos feroces de antaño, su vida de rico no habría bajado a mezclarse con la vida de los pobres.

Pero creyó neciamente que su amistad los honraría. Elogió la hermosura de Rina, y preguntóle si Fabián era su novio.

La muchacha, avergonzada, no contestó; Fabián callóse también, y Miguel, sintiendo pasar algo de hostil en aquel silencio, comenzó a abrigar rencor contra el paisano.

Días después, Caupolicán, que había empezado a leer en el pensamiento de Miguel, le dijo, con aire de misterio:

—Dentro de poco la plaza estará libre, porque Fabián se va a la conscripción; ¡le ha tocada por dos años en la armada!

—¿Qué plaza? —preguntó Miguel, fingiendo ignorancia.

—Rina.

—¡Y a mí qué me importa?

— ¡Hombre! A nosotros siempre nos importa la suerte de una muchacha bonita.

Miguel no contestó. Sentía repugnancia en hablar de ella con el maestro. Pero la idea de que una plaza pudiera estar ocupada para él, porque hubiera de por medio un infeliz paisano, despertóle un extraño sentimiento de rivalidad.

Y por más que reía, lo cierto es que eran celos, celos que nacían en él recordando que en otro tiempo mandó como rey en el corazón de Rina, del cual lo había desalojado su rival de antes.

¿Podía él amar a Rina como la amaba Fabián? No, pero comenzaba a sentir la fiebre de la conquista, el ansia de adueñarse de nuevo de su alma y de hacerla suya antes que fuera de nadie.

Al siguiente domingo acercósele a saludarla. La halló más linda que nunca, y al verla al lado de Fabián, que ya no la dejaba, nublóle el sentido una ola de pasión.

Fabián estaba triste y humillado, como si presintiera oscuramente la lucha.

Germán y Antonio se habían acercado; el viejo apenas habló; contentóse con saludar y preguntar por la familia.

Rina, turbada, montó a caballo y partió con ellos. Fabián se quedó.

—Don Miguel —dijo vacilando—, quisiera hablar con usted, si no es molestia.

Miguel, que temía las iras de aquel mozo robusto, a quien en su pensamiento comenzaba a traicionar, estuvo por negarse con cualquier pretexto; pero era tan humildosa su actitud, que contestó en seguida:

—No es molestia, habla no más.

Fabián estaba pálido y tenía blancos los labios.

Con las manos que le temblaban ligeramente daba vueltas y más vueltas al sombrero. Parecía que le costara mucho hablar.

Su imaginación no era muy grande, pero no había olvidado que Rina estuvo enamorada de Miguel y por eso, cuando el día de la Virgen supo su vuelta, parecióle que se ahogaba y que en el mundo no quedaba nada para él.

Lo tranquilizó la indiferencia de su novia ante Miguel, y mucho más el desusado cariño que desde ese momento ella le mostró.

Pero dos o tres días después, él, que trabajaba a jornal en Capilla del Monte, ansioso de verla, llegó de noche al rancho de Germán. La halló triste. ¿Qué tenía? Nada le dijo, ni él se animó a interrogarla.

Bebió en silencio toda la amargura de aquella tristeza que no había causado él, y se volvió a Capilla a paso de su caballo, bajo los rayos melancólicos de la luna, que parecían alargar el camino.

Y cuando al siguiente domingo Miguel se les acercó y él vio que ella se puso colorada, el corazón se le paró en el pecho, helado por el miedo inmenso de perderla.

El sabía leer en el alma de la muchacha mejor que en las hojas de un libro, y comprendió que se le iba...

Pasó una semana desazonado, sin comer, sin dormir, buscando remedio a su mal.

Habría querido robarla, y llevársela lejos, a la sierra grande, donde no hubiera ricos que la codiciaran y pudieran engañarla. Pero ¿qué iba a hacer él, humilde como un perro, sin más voluntad que la de ella? Si la muchacha le hubiese dicho "andáte, no te quiero a vos, lo quiero a él", se habría ido.

Cuando llegó el alba del domingo, Fabián, desvelado toda la noche, tomó una resolución; hablaría a Miguel, le diría que la muchacha era su novia, y le pediría humildemente que no se le acercara: ¿para qué la quería él, que podía hallar tantas de su clase que se lo disputarían?

Pero lo que le pareció fácil de hacer cuando pensó, lo halló, al ir a ejecutarlo, terriblemente difícil. A nadie había abierto su corazón; ¿iba a abrírselo al que era casi su enemigo?

Estuvo callado un rato, delante de Miguel, que lo miraba sorprendido.

Por fin dijo:

—Si fuéramos al arroyo, niño... aquí hay tanta gente

Fueron hacia el arroyo, uno al lado del otro, llevando Fabián su caballo de la rienda.

Bajo los sauces corría el viento fresco que mueve las hojas, y el silencio, sólo interrumpido por el murmullo del agua y los cantos de los pájaros, convidaba a hablar.

— ¿Qué es? —preguntó Miguel medio fastidiado; ¿qué podía haber de común entre ese paisano y él?

—Disculpe, niño... quería hablarle de ella...

—¿Quién es ella?

—De Rina.

— ¡Ah!

—Es mi novia, ¿sabe? aunque ella no se animó a decírselo el otro día; nos casaremos cuando yo vuelva del ejército.

—¿Y qué tengo que ver yo con tu novia? —preguntó Miguel con cierta insolencia que pareció alegrar al paisano.

—Nada, niño Miguel; pero... usted sabe cómo son las mujeres .

—Hasta por ahí no más; a todas no las conozco.

—Cómo son de caprichosas... Hoy están enamoradas de uno, mañana se enamoran de otro, según sopla el viento.

Miguel se echó a reír:

—¿Entonces Rina está enamorada hoy de vos?

—Así es.

—¿Y vos tenés miedo que mañana se enamore de otro?

Fabián agachó la cabeza.

—Todo puede ser.

—¿Y de quién?

—De usted —dijo sencillamente, mirándolo a la cara.

—¡Hombre! —exclamó Miguel echando la cosa a broma—; y vos, ¿qué harías si eso sucediera? ¿me matarías a mí y la matarías a ella?

—No sé; no lo he pensado; puede que no hiciera nada; los dejaría vivir; si ella llegara a no quererme, el mundo se acabaría para mí; con usted o con otro la cosa sería igual... tal vez me mataría yo...

Miguel, que reía, miró la cara del paisano labrada por honda amargura. "Este la quiere" —pensó, y recordó a Rina, linda como una flor de la sierra y tan distinta de las mujeres sin alma que él había amado.

Fabián prosiguió, más tranquilo ya:

—Me gusta jugar limpio. Yo creo que usted no habrá pensado en ella; pero como es tan linda, quién sabe si después...

—¿Cómo después?

—Cuando yo me haya ido. Yo sé que usted puede encontrar muchas, mejores que ella, sin duda; pero los hombres también son lunáticos; los ricos, disculpe, niño Miguel, los ricos son más lunáticos que nosotros.

— ¡Gracias!

—No lo digo por ofenderlo; pero el pueblo está lleno de guachos de

ricos.

—De mí nadie puede decir nada.

—Me alegro que sea así; yo le pinto la cosa como la vemos aquí.

—Yo no soy como los otros, podés creerme.

—Es una suerte, una suerte para usted y para mí.

—Y ya que te empeñas en ello, podés estar tranquilo; no la miraré a tu novia ni con el rabo del ojo.

—Ya me parecía que había de tener buen corazón, y no tomar a mal mis palabras.

Lleno de esperanza, montó Fabián en su caballo.

—Vaya, niño, disculpe, y ahora mande lo que guste, que aunque me mande sacar manecas de mi cuero yo lo he de servir.

Dio un talerazo al caballo, subió la barranca gredosa y marchó hacia las lomas altas.

Miguel se quedó bajo los sauces, pensando en lo que acababa de oír.

¿Qué significaba? ¿Era miedo de Fabián? ¿Era bravura? ¿Era una amenaza?

¡Oh, era miedo! Miedo de él, miedo del rival que un día lo humilló delante de la niña amada.

Una ola de orgullo henchía su corazón de conquistador de mujeres.

Sobre el recuerdo de todas las que había conocido, se levantaba la humilde y candorosa paisanita, en cuya alma simple había él impreso su imagen.

— ¡Si volviera a hacerla mía! —se dijo.

Mas parecióle ver delante de él al pobre paisano suplicándole, con los ojos más que con la voz, y desechó la tentación.

Y se volvió al pueblo, abatiendo al pasar con su junco los cogollos de las santamarías nacidas al borde del camino.

IX

HACIA LAS LOMAS ALTAS

Cuando don Cruz, el peón, muy de madrugada llamó a la puerta de Miguel, ya el mozo lo aguardaba.

—Buenos días, niño; ¡ya está el oscuro ensillado!

Atado a uno de los grandes sauces del patio, que crecían al borde de una lagunita donde nadaban dos o tres gansos y algunos patos marruecos, estaba el imponente caballo negro, de pulida montura inglesa, en buena compañía con el mancarrón tristemente aperado del paisano.

Miguel salió elegante y fresco, de traje blanco, gran panamá y polainas de cuero amarillo.

—Buenos días, don Cruz —dijo parpadeando ante la áspera luz de la mañana—. ¿Piensa acompañarme? —preguntó al peón con cierta contrariedad.

—No, niño; voy a los higuerales a traer brevas.

— ¡Ah! porque prefiero ir solo —murmuró para sí el joven.

Doña Gertrudis, la cocinera, que volvía de ordeñar, se le acercó con un gran vaso de leche espumosa.

—Si gusta, niño, es apoyo.

—¡No! —contestó Miguel, y castigando al caballo, salió al galope hacia las lomas altas.

En aquella gloriosa mañana sentía disolverse como los malos humores todos los hastíos de la ciudad.

Desde que tuvo la extraña conferencia con Fabián, a orillas del arroyo, habíale entrado una desazón que no acababa de explicarse. Era un sentimiento nuevo que nacía en ese fondo de su alma, adonde rara vez llegaban las cosas del mundo; una permanente evocación de los días de la in-

fancia, cuando él era aún iluso y bueno. Dos o tres veces intentó distraerse echando una partida de monte en el almacén, mas pronto dejó las cartas con aburrimiento.

Hacia el lado del cementerio se encaminó algunas tardes ansioso de soledad.

Pero la soledad lo impacientó, como la compañía de sus amigos.

El domingo, por cumplir la promesa hecha a Fabián, no fue a misa: no quería que aquel bruto creyera que le festejaba la novia.

Eso concluyó por malhumorarlo del todo. Un instante cruzó por su mente la idea de que estuviese enamorado.

¿Era eso amor? ¿Pero amor a quién? ¿A su prima? ¡Bah! la muchacha era linda, y decía su madre que lo quería; pero a él, que un tiempo anduvo perdido por ella, ahora esas cosas lo tenían sin cuidado.

Al acostarse esa noche, sin descifrar el enigma que llevaba en si mismo, ordenó a don Cruz que al alba le tuviera el caballo ensillado.

—Quiero ver las lomas en que juntaba tomillo —dijo riéndose.

Se durmió tarde con el pensamiento en los días lejanos, en que Rina lo llevaba al monte y volvían los dos con las bocas teñidas de piquillín.

Don Cruz no necesitó despertarlo, porque antes que llamara a su puerta ya estaba él en pie.

Ahora galopaba por el duro sendero que llevaba hacia el monte.

Respirando la brisa sutil, templábase su impaciencia y llenaba el pecho de esa alegría indefinible que vibra en el aire de los campos.

Seguía el camino que llevaba a la casa de Germán. Alcanzaba a ver el techo de paja amarilla, medio perdido tras el follaje de los sauces del arroyito.

En el camino encontró a Candela con su perro; detúvose, le dio una moneda y siguió adelante.

Como la senda se encaramase sobre una loma, divisó a Rina, sola en el corral, ordeñando las cabras. A lo lejos desaparecían las siluetas de Germán y de su hijo que marchaban al trabajo.

Anduvo un rato buscando el sendero del piquillinal; por todos lados cerrábale el paso las barrancas o las pilcas. Se detuvo y volvió atrás, acercándose al arroyo.

Las cabras sueltas se desparramaban por las lomas. Rina ya no estaba

en el corral.

Al borde del remanso, velada por las ramas pendientes de los sauces llorones, se veía una figura blanca. Era ella, que lavaba.

Miguel cruzó el arroyo y se le acercó resueltamente.

Al verlo, la muchacha se levantó turbada, arreglóse la falda, recogida por miedo al agua, y contestó al saludo del joven.

—Iba para el piquillinal —dijo Miguel— y me he perdido.

Ella se sonrió sin decir palabra.

—Me parece que hay una pilca nueva que antes no estaba.

—Sí; mi tata la hizo este invierno.

—Pero ¿no ha dejado alguna puerta?

—Hay una, niño; queda atrás de las casas.

Los dos hablaban naturalmente. Miguel también había sentido que su corazón latía con fuerza, pero la conversación indiferente lo serenó.

Rina, que estaba de pie y tenía los ojos bajos, los alzó para mirar al mozo.

Sin que su voluntad tuviera parte en ello, recordó los tiempos en que los dos iban al piquillinal siguiendo ese camino que él ahora no hallaba. ¿Cómo fue posible esa amistad entre él, arrogante y lindo como el hijo de un rey, y ella, pobre y humilde?

—Si usted quiere, niño Miguel —díjole sintiendo que el silencio la turbaba—, yo le enseñaré la puerta.

—No, Rina, gracias; te diré la verdad, no tengo nada que hacer en el piquillinal; iba allí por no saber adónde ir.

El la trataba de tú; ella, como siempre, le hablaba de usted.

Se sentó junto al agua y se puso a lavar con fuerza.

Miguel, desde su caballo, observaba los movimientos de la muchacha.

Tenía los brazos desnudos, fuertes y mórbidos, y sus manos pequeñas batían la ropa con cierta gracia hija de la costumbre.

Al cabo de un rato, Rina volvió la cara, y viendo que él le miraba los brazos, se ruborizó y se bajó las mangas.

Valía más conversar para ocupar el pensamiento, que estarse callados; los dos lo comprendían, pero ninguno sabía qué decir: Miguel, sintiendo algo insólito, que le quitaba la palabra; Rina, inundada de sensacio-

nes que la hacían temblar, cerca del hombre por quien ella amaba las flores del durazno.

Miguel habló por fin:

—¿No está tu padre en las casas?

—No, niño.

—Hace tiempo que no lo veo, ¿y Antonio?

—Tampoco; se fueron a las chacras.

— ¡Ah, sí! los vi pasar; ¿Eras vos la que ordeñaba?

—Sí, niño.

—¿Es buena la leche? ¿Me convidarías con un jarro? Todavía estoy en ayunas.

Rina se levantó.

—¿De veras? ¿Quiere un jarro de leche? —preguntó gozosa.

—Si me querés convidar...

Corrió ella hacia las casas, y él la siguió.

Los viejos recuerdos se agolparon al ver aquel patio tan frecuentado por él, cuando era niño. A la distancia del tiempo veía las cosas pasadas envueltas en un encanto misterioso. La vida estéril de las ciudades no había agostado su corazón.

Descendió del caballo y lo ató al durazno, cargado de fruta.

En la galería embaldosada con ladrillos desparejos, Rina había puesto una silla de paja para él.

Cuando le dio el vaso, él se turbó tanto como ella porque sus dedos se encontraron sobre el cristal.

Comenzó a beber la leche despacito, por prolongar la visita. Rina, secándose las manos con el delantal, contemplaba los montes lejanos, aunque de cuando en cuando, rápidamente, lo miraba.

—¿Es cierto que te casas, Rina?

—Sí —contestó ella sencillamente, sin quitar los ojos del paisaje.

—¿Cuándo?

—No sé, niño, de cierto.

—¿Le toca a Fabián la conscripción?

—Sí, niño.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por dos años, creo.

—¿Entonces, no será antes de dos años?

—¿Qué cosa?

—Tu casamiento.

— ¡Ah! así debe ser.

Quedaron callados un momento: ella habló primero.

— ¡Y usted, niño Miguel?

—¿Yo?

— ¡No se casa?

— ¡No!

— ¡Pero tiene novia!

— ¡Tampoco!

— A mí me han dicho.

— Es mentira.

— ¿Y la niña Dora?

— Está bien, gracias.

— ¿Pero no es su novia?

— ¿Mi novia? ¡bah!... Rina, ¿quierés creerme?, yo no tengo novia.

Lo dijo con un modo tan raro, que la muchacha lo miró y se quedó pensativa.

El se había puesto de pie y miraba la montaña envuelta en una inmensa paz.

— ¡Qué vida tranquila se debe pasar aquí!

La muchacha no contestó.

— ¿Siempre estás sola, Rina?

—Casi siempre, niño.

— ¿Y no te aburrís?

Ella se puso a reír, sin responder; él añadió:

—Aunque parezca mentira, yo sería feliz viviendo en el campo, en una casita como ésta, medio perdida en la sierra...

—Se aburriría pronto; ustedes no están hechos a esto.

—Sí, tengo miedo de los días nublados; el invierno debe ser muy triste; en invierno yo me iría a la ciudad a aturdirme un poco. Nos creen fe-

lices a los ricos, ustedes los pobres, ¿no es cierto? Pero no siempre lo somos; muchas veces estamos alegres porque necesitamos aturdirnos; y eso también llega a cansarnos y buscamos el silencio y la soledad.

Hablaba sinceramente, como una confesión de su espíritu fatigado, y aunque estaba cierto de que la muchacha no le comprendía, sentía un alivio exhalando aquella queja.

— ¡Bah! —dijo—, ¡yo mismo no sé lo que quiero!

Salió al patio, dio algunos pasos sobre la tierra endurecida, bañada por el sol, y preguntó acordándose de un perro negro que antes los acompañaba por las lomas y una perrita ladradora que cuidaba la majada:

— ¿Y el Turco?

—Se murió hace dos años; lo picó una víbora.

— ¡Pobre animal! ¿Y la *Diamela*?

—Se murió también; la apretó un carro.

— ¿Ves cómo me acuerdo de todo?

Desató el caballo y montó:

—Rina —dijo con tristeza en la voz—, ¿el durazno florece todos los años?

—Sí, niño, ¿no lo ve cargado de fruta?

— ¿Y todos los años te alegra verlo florido?

La muchacha se puso colorada. Disimuló su emoción anudando y desanudando la punta del delantal; pero no contestó.

Tampoco él insistió.

—Adiós, Rina —dijo saludándola con la mano como a la antigua amiga, y tomó hacia el arroyo.

Bajo los sauces llorones que al borde del remanso formaban una cortina, bañando en el agua fresca sus cabelleras lacias, se detuvo un momento.

En su hastío habitual, que a ratos le hacía amar la soledad y el silencio, se mezclaba entonces un poco de tristeza.

¿Qué misterio era el de su corazón, que nunca acababa de comprender?

Abandonó la sombra grata de los sauces, y galopando trepó la loma, sin rumbo cierto.

Una vez volvió la cabeza y alcanzó a ver a Rina, donde él la había

dejado, siguiéndolo con la vista.

—Esa muchacha me quiere todavía —pensó.

Y como tras ese pensamiento le viniera el recuerdo de Fabián triste y torvo, en vez de sentir lástima sintió celos.

En el mismo lugar en que la hallara antes, encontró a Candela con el *Brujo*.

Seguramente lo había visto ir al rancho de Germán, y temeroso de que divulgara la noticia, le volvió a dar una limosna. La húngara lo siguió un trecho bendiciéndolo:

—¿Que tengas suerte en todo! ¡Que las cartas te favorezcan y las mujeres te quieran, poleíto en flor!

X

EL CONSCRIPTO

Al día siguiente, la sierra amaneció encapotada. Caía una llovizna glacial, que no impidió a Germán y Antonio marchar al trabajo.

Rina, de vuelta del corral, fue a sentarse bajo la galería, en el umbral de la puerta, seguida de los dos cabreros, *León*, un perrazo colorado, y el *Negro*, un cuzquito lanudo y ladrador, que se acurrucaron junto a ella para echar un sueño. Algunas gallinas, esponjadas y friolentas, habíanse refugiado en un rincón.

Las cabras, apiñadas contra la pilca, balaban sin ganas de salir a pastear.

Aún se alcanzaba a ver a los dos jinetes, Germán y Antonio, envueltos en sus gruesos ponchos de lana, marchando al trote hacia los maizales.

Rina seguía los con la vista, sin pensar en nada.

Había pasado la noche soñando extrañas cosas de que ya no se acordaba, y su espíritu amaneció nublado como el cielo.

Los recuerdos de la infancia, evocados por las palabras de Miguel, la habían dejado triste.

En ella, como en todas las almas delicadas, a pesar de su simplicidad, los recuerdos eran fuente de nostalgias.

Pero como si durante el sueño su pensamiento hubiera hecho un largo camino, cansada antes del trabajo, se estaba allí mirando caer la lluvia y dejando vagar su espíritu sobre las cosas indiferentes.

Era la hora en que solía venir Candela a buscar la leche.

Rina la vio aparecer de pronto en medio del patio, como salida debajo de tierra, con su larga figura sórdida, sus cabellos desmechados y sus ojos fulgurantes. No la quería mal, pero le tenía miedo. Detrás de ella se veía el gozquejo, que no se acercó porque los dos perros se echaron la-

drando contra su ama.

— ¡Tus perros no me quieren, Rina! ¿Quién les ha enseñado a torear a los pobres?

La muchacha con dificultad logró aplacarlos; siempre era así; en todas partes la aparición de Candela enfurecía a los perros.

Cautamente avanzó hacia la galería, y viendo que nada tenía que temer ya, porque Rina había atado al León y el otro cuzco no era capaz de grandes hazañas, llegó hasta sentarse en el umbral.

La muchacha llenó de leche la vasija de la húngara, y ésta, como si tuviera algo que decirle, quedóse mirándola.

— ¡Qué tiempo malo! —exclamó.

Bebió algunos sorbos de leche y preguntó:

— ¿Cómo va el casorio, Rina?

— Como siempre.

— ¿El año que viene?

— No.

— ¡Ah! ya sé, cuando vuelva de la conscripción.

— Usté todo lo sabe.

— Para eso soy lo que soy.

Rina se estremeció.

— ¿Querés que te cuente un cuento? —preguntó la húngara después de un rato de silencio, leyendo en el semblante atristado de la joven alguna de las cosas de su alma.

Se arregló el vestido, revolvióse en el duro asiento, y puestas sus manos largas sobre las rodillas, y los ojos en Rina, comenzó:

— "Este, que era un rey, tenía un hijo, que pasaba los días cazando gamos en el bosque del palacio.

"En lo más espeso de ese bosque vivía una pastorcita cuidando sus cabras. Una mañana la pastorcita vio pasar al príncipe, en un caballo negro, y se enamoró perdidamente de él, y a la tarde, cuando el príncipe volvió, todavía estaba ella a orillas del camino con sus cabras, para verlo pasar... La pastorcita se llamaba Flor de Durazno...

— ¿Flor de Durazno? —preguntó Rina admirada.

— Sí, Flor de Durazno, como te debías llamar vos.

“Desde aquel día, por la mañana y por la tarde, Flor de Durazno, con el corazón hinchado de amor, aguardaba al hijo del rey a orillas del camino. El pasto se había acabado por allí y las cabras estaban flacas; pero ella no lo veía. Cuando el príncipe pasaba en su caballo negro, ligero como un refucilo, ella se quedaba más enamorada y triste porque él nunca la miraba; y es que había en el palacio de su padre una princesa que era su novia. Una tarde, después que pasó el príncipe, Flor de Durazno llevó su majada a un rincón del monte, donde vivía una bruja amiga suya, porque la muchacha le daba parte de la leche de sus cabras, y le contó que había visto al hijo del rey, y que desde ese día estaba enferma de amor y sus cabras no tenían leche porque ella se olvidaba de llevarlas por los buenos pastos. La bruja lo sabía todo, sin que Flor de Durazno se lo contara. Le dio una ramita seca que sacó de entre el rescoldo, y le dijo que la pusiera en el camino de modo que el caballo la pisara. Flor de Durazno volvió con su majada al camino, y puso la ramita en el suelo. Cuando el hijo del rey pasó por la mañana, el caballo dio un salto y no tocó la ramita; y fue igual cuando pasó por la tarde, y su dueño no miró a la pastorcita enamorada, que por verlo dejaba morir sus cabras.

"Volvió Flor de Durazno al rancho de la bruja y le contó lo que pasaba, y ella metió en el fuego la ramita, y cuando se hubo quemado sacó la ceniza y se la dio a la pastorcita para que la echara en el camino. Un gran trecho quedó blanco de ceniza; y cuando el hijo del rey pasó por la mañana, el caballo la pisó y su dueño miró a la pastorcita que estaba a orillas del camino, y se fue pensando en ella. A la tarde el caballo no quiso pasar y él tuvo que bajarse para tirarlo de la rienda, y vio de cerca a la pastorcilla, que era fresca, linda y humilde como una flor de durazno, y se olvidó de su novia y quiso casarse con ella. Pero el rey se enojó y mandó cerrar todas las iglesias para que el príncipe no pudiera casarse con Flor de Durazno. Pero una tarde ella le dio todas sus cabras a la bruja que los había ayudado, y se dejó llevar por el príncipe en su caballo. Cuando salieron de las tierras del rey, en la primera iglesia que hallaron abierta, un cura los casó, y se fueron a ver mundo, montados los dos en el caballo negro que corría como un refucilo. Volvieron al palacio cuando el rey murió, y el príncipe fue el rey, y la pastorcita del bosque, linda y humilde como cuando llevaba sus cabras a la orilla del camino, fue reina. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado".

Rina había oído todo el cuento sin pestañear. Cuando se concluyó, suspiró sin querer, y Candela sonrió.

—Me voy, Rina, que hace mal tiempo.

La llovizna arreciaba, en efecto.

Salió afirmándose en su largo palo, pegadas al cuerpo flaco las ropas mojadas y seguida del *Brujo*, que de miedo a los perros, había aguantado la lluvia en medio patio y temblaba de frío.

Rina la vio irse sin pena, porque su cuento la había dañado, haciéndole entrar en el alma una porción de inútiles ilusiones, de esas que hacían reír a don Filemón: "¡Una pastora que se casa con el hijo del rey! ¡Sólo en los cuentos!

Púsose a arreglar el interior del rancho. Dos o tres objetos recordáronle a su madre: su rosario, colgarlo a la cabecera de la cama; una maceta en que criaba albahacas, secas ya, y un manto, colgado en un clavo, y que parecía conservar aún la forma que le diera el cuerpo de la pobre muerta.

Pensó que había sido más feliz cuando ella vivía.

Nadie sabía ahora las cosas de su alma, y su vida corría solitaria, sin mezclarse apenas con la vida de aquellos tres hombres que la rodeaban.

Pero el recuerdo de su madre, siempre animosa y valiente para el deber y el trabajo, bajo sobre ella como una llama a reanimar su abatido valor. Se prometió ser fuerte hasta que Fabián volviera de la conscripción para casarse con ella.

Los perros ladraron y Rina salió a la puerta. Era Fabián que venía. Lo recibió con una sonrisa:

— ¡Fabián! ¿Vos? Te hacía en la Capilla.

De allá vengo. He dejado el trabajo. Quiero pasar aquí los días que me faltan.

—¿Por qué?

El mozo no contestó; el corazón le temblaba de gozo porque veía en los ojos de su novia una luz desconocida. Se bajó del caballo, lo desensilló, metió el apero en la cocina y soltó al animal cuyo sudor humeante denunciaba un largo galope.

Fabián entró en el cuarto donde Rina había ido a cebarle mate.

—¿Por qué, Fabián? —volvió a preguntarle ella.

Y él, con una emoción intensa, contestó sin mirarla:

— ¡Por estar cerca de vos!

Y tan intenso choque sintió en el fondo de sus entrañas, que se sentó

en una silla y se puso a llorar como un niño.

Ella, conmovida, se le acercó y lo palmeó en el hombro.

— ¡Fabián! ¿Por qué lloras?

— Porque te quiero demasiado; porque me tengo que ir.

— Pero vas a volver.

— Sí, dentro de mucho tiempo... y tengo miedo...

— ¿Miedo de qué?

— Rina —dijo el mozo levantándose y tomándola de las manos—, ¿no me olvidarás en estos dos años?

— ¡No!

— ¿No vas a querer a otro?

— ¡No!

— ¿Por tu madre?

— ¡Sí! ¡Por mi madre muerta!

Fabián, sin darse cuenta de lo que hacía, le apretó la cabeza entre sus manos rudas, que habrían podido destrozarla, y la besó en la frente.

Estaba pálido y tembloroso; se sentó en la silla, y Rina, colorada de vergüenza, pero tranquila, le ofreció un mate, que él sorbió con avidez.

— ¿Y tu padre y Antonio? —preguntó al cabo de un rato.

— Salieron a cercar las chacras.

— ¿Con este tiempo?

— Decían que iba a aclarar.

— ¡Qué ha de aclarar! ¡Hay nubes para una semana!

Volvieron a ladrar los perros.

— ¡Son ellos! —dijo Rina viéndolos aparecer chorreando agua los ponchos.

Entró Germán primero; sacudió el poncho y se arrimó al brasero.

— Hija, cébeme uno bien amargo —dijo a Rina.

Con la punta del cuchillo empezó a descascarar el barro de las botas.

— ¡Mal tiempo, Fabián! ¿Qué le parece?

Malo tío; y más para andar cercando.

Germán no contesto; al cabo dijo:

— Venimos de Dolores. Ya encontré mi abogado; dice que don David

ha confundido el sebo con la riñonada.

Una leve sonrisa aclaró el semblante duro del paisano:

—Dice que si arma pleito, no le arrienda la ganancia. Va a venir a ver los papeles; me defenderá gratis, ¡lindo mozo!

— ¿Quién es?

— El niño Miguel, que pronto se recibe de "doctor".

La mano de Rina tembló al alcanzar el mate a su padre. Fabián no pestañeó siquiera.

—Pero él vive en Buenos Aires.

—Sí, pero vendrá en el invierno a pasar unos días aquí; tienen que vender la quinta y para eso es el viaje.

Fabián miró a Rina; una extraña opresión le entró en el alma con aquella noticia. Vendría cuando él estuviera lejos, vendría a ver papeles, a pasar días, quizá, estudiándolos, allí, cerca de ella...

Pero vio los ojos de Rina iluminados con tanta lealtad, que su desconfianza se fundió como la neblina cuando abre el sol.

"¡Por mi madre muerta! " le había dicho ella, y él esa vez quedó tranquilo y seguro de su novia.

Y cuando, días más tarde, la besó de nuevo y corrió a ocupar su puesto en el cuerpo de conscriptos que marchaba a la ciudad, no iba alegre, pero llevaba la misma confianza en el alma.

Ella se había quedado al borde de la barranca mirándolo irse y enjugándose los ojos con la punta del delantal. Cuando no lo vio más, bajó hasta el remanso, se sentó al pie de un sauce y con la cara oculta entre los brazos se puso a llorar.

Oyó el ruido de un bastón que golpeaba en las piedras, y tembló sintiendo una voz burlona que le decía:

—¿Por qué estás llorando, Rina? ¿Se fue tu novio? ¡Zonza! ¡A rey muerto, rey puesto!

La muchacha alzó la cara y vio a Candela que seguía ya su camino a lo largo del arroyo. Detrás de ella trotaba el *Brujo*, erizado como si temiera el ataque de los perros que ladraban a su ama.

Rina tuvo miedo de su soledad, y huyó a encerrarse en su casa.

Pero sobre la barranca, en el patio bañado de sol, se detuvo. El cielo, profundamente azul, se veía rayado por las golondrinas que llenaban la

tarde de trinos alegres. A ratos llegaba hasta allí, traído por la brisa, el tañido del cencerro, pendiente al cuello del chivato que guiaba la majada por las lomas cubiertas de tomillo.

Era la misma paz de siempre, pero Rina tenía miedo.

— ¡Dos años! —murmuró—; ¡cuánto tiempo! Y se metió en la casa.

SEGUNDA PARTE

I

LA SERENATA

Sobre el paisaje, renovado por la primavera, brilla un sol esplendoroso.

Ha caído la brisa de la mañana, y las piedras grises de las lomas se dejan tostar con paciencia.

Por el ancho camino blanco, trazado entre los maizales y que parece una raya de tiza sobre el paño de un billar, van dos chiquillas descalzas quemándose los pies en el polvo caliente.

Detrás de ellas, al manso andar de su mula, con dos árganas, un viejito lleva a Capilla del Monte los primeros duraznos del año, que trae del otro lado de la sierra.

Encima de la fruta, cubierta de paja y de hojas frescas de higuera, hay algunos quesillos, tapados también a su vez con hojas de higuera y paja.

¡Oh, manjares sencillos que evocan tan dulces recuerdos!

Una larga grieta del terreno corta perpendicularmente el camino.

En los días de grandes lluvias se encauza en ella un torrente, formado por todas las aguas de la sierra.

Hay sobre la barranca una alcantarilla, que llaman en Dolores el "Puente de los Suspiros" porque en las noches del verano suelen llegar hasta allí, suspirando de cansancio, algunas caravanas de gordas señoras veraneantes.

Desde el terraplén se baja al fondo de la grieta, por un sendero que han labrado las vacas, yendo a buscar sombra en las horas de la siesta o a lamer la greda rojiza.

El fondo lavado por las aguas de los chubascos es de cernida arena, sembrada de piedras blancas.

Unos cuantos pasos lo alejan a uno del camino bullicioso, sumergiéndolo en una paz profunda y misteriosa.

Caminando algo más, se da con el más hermoso rincón de Dolores.

Un peñasco negro y húmedo, cubierto de musgo verde en la parte sombría, y de barba de piedra en la que baña el sol, obstruye la barranca.

Al pie un ojo de agua cristalina, que ha cavado su hoyo casi en la piedra. El agua que rebalsa forma un arroyito que se pierde entre un marco de berros.

Un tala secular, que por milagro de estática se mantiene al borde mismo de la barranca, alarga algunas raíces desnudas y retorcidas hasta mojarlas en la fuente.

Su copa, enmarañada como una cabellera de negro, forma una glorieta ideal; y como está cargado de frutitas amarillas, allí van los loros barranqueros a entablar sus interminables conversaciones, mientras llenan el buche, o las palomas torcaces a arrullar sus fieles amores.

La casa de doña Magdalena, la madre de María, quedaba a corta distancia de allí, al otro lado de un cerco de ramas cubierto de enredaderas florecidas.

Decían en el pago que doña Magdalena guardaba a su hija para un rey de la baraja. Y así debía ser, porque el idilio de Antonio y de María vivía de milagro. Conocíalo ella y aun lo toleraba en el invierno. Pero así que llegaba el verano, lo prohibía en absoluto, quizá con la descabellada esperanza de atrapar algún novio de ciudad para su hija, que, al decir de todos, era bonita para pueblera. Don Filemón, hombre práctico, amparábalo con su autoridad, acarreándose las iras de la madre. Y el ojo de agua, con su glorieta escondida, al lado de la casa le prestaba su sombra.

Tenía el agua de la vertiente fama de muchas virtudes curativas, y la mazamorra que se hacía con ella salía tierna y blanca, sin necesidad de jume.

Más de una vez María bajó a la vertiente y al rato volvió con el balde lleno sobre la airosa cabeza defendida por el pachiquil de trapo, los ojos llenos de alegría y el rostro encendido por el pudor de su modestia intacta.

Aquella mañana esplendorosa de primavera tenía una cita en el ojo de agua.

Antonio fue el primero en llegar. Cuando dejó el camino quemado por el sol y entró en la parte del barranco, inundóle el alma la misteriosa poesía que lo llenaba.

Acercóse a la vertiente y se puso de rodillas para beber; algunas ranas, ocultas entre los berros, nadaban desesperadamente hacia el fondo.

Era tan fría el agua, que acalambraaba la mano. Después se sentó en una raíz nudosa del tala, con el oído alerta para distinguir entre los mil rumores el ruido de los pasos de su novia. Estaba triste porque era la última vez que la vería a solas.

Una familia cordobesa que había pasado allí el invierno, pidiósela a su madre para llevarla de sirvienta a Córdoba. A la mañana siguiente se iría.

Cuando María, entusiasmada con la idea de ir a la ciudad, sirviendo en una casa rica, donde había dos señoritas, que le darían los trajes que ellas no se pusieran más, y le enseñarían a vestirse, y se harían acompañar con ella cuando salieran, contóle a Antonio lo resuelto por su madre, el mozo creyó que se le abría la tierra.

Estaba profundamente enamorado de la linda muchacha, y hacía varios años que trabajaba con una tenacidad rara en los hijos de la sierra, para tener cómo casarse y costearle todas las cosas que le agradaban.

Herencia de su padre quizás, también él sentía cierto despego hacia la gente rica, y ahora que le llevaban a su novia, crecía en él la ola de rencor.

Había pasado su vida en la sierra y torturábale el terror de las cosas desconocidas.

Sentía que una hoja muy fina se le clavaba en el corazón.

Sabía que don Filemón era enemigo declarado de la ciudad, y a él acudió para que disuadiera a doña Magdalena de aquella fatal idea.

El cura, cuya vida también era simple, pero cuyos ojos habían estudiado las cosas internas más que las exteriores, conocía bien el mundo, porque había leído muchas de sus páginas oscuras en ese triste libro del confesionario.

Tenía la convicción de que nadie que va a la ciudad vuelve como fue.

Doña Magdalena, sabedora de las teorías del cura, a quien no quería mucho, una tarde lo vio venir como un nublado.

— ¡Bah! ¡ya está aquí don Entrometido! —se dijo.

El cura echó pie a tierra, ató su tordilla y, halagando con buenas pa-

labras a los cuzcos que le salían al encuentro, fue a sentarse en una silla de paja que le alcanzó Magdalena.

Caía el sol detrás de las montañas y la tarde serena y melancólica se derramaba en los valles y envolvía los maizales sazonados.

Don Filemón paseó su mirada tranquila por el paisaje, saboreándolo como hombre encariñado con las cosas de su tierra, y después habló.

Doña Magdalena le escuchaba de pie, cebándole mate.

—No te vi en misa ayer domingo.

—No pude ir; estuve en lo de misia Concha ayudándole a arreglarlo baúles.

— ¿Se van pronto?

— Sí, señor.

— ¿Cuándo?

— Uno de estos días.

— Dicen que tu hija se va también.

Doña Magdalena apretó los dientes, percibiendo el retintín de la voz del cura. Cebó despaciosamente el mate, y al cabo dijo:

—Es verdad.

Hubo una pausa, mientras el cura chupaba la bombilla, haciéndose el que se quemaba.

La mujer bravía, impaciente por trabar el combate, agregó:

—Me la ha pedido misia Concha; me la quieren mucho...

— ¡Ah! —exclamó don Filemón, suspirando como si le hubieran quitado un peso de encima—, la lleva en lugar de la hija que perdió, ¿no es así?

Doña Magdalena se mordió los labios, porque el cura dijo aquello con una gran inocencia, como si así lo creyese.

—No, va de sirvienta.

— ¿De sirvienta? ¿Y para qué necesita ser sirvienta?

— Para ganarse la vida; los pobres no tenemos más remedio que servir a los ricos.

— ¿Has servido vos a los ricos?

— No, nunca; me casé muy joven.

— ¿Y por qué no la casas en vez de mandarla de sirvienta? Tiene no-

vio, que sabe trabajar, y sabrá ganar para los dos.

— Porque es temprano para esclavizarla; quiero que goce de la vida; que se divierta...

— ¡Hola! ¿De modo que va a divertirse a lo ciudad?

— Ni más ni menos: en casa de ricos comerá bien; se vestirá bien; pasará contenta un par de años, ganara...

— ¡Ta, ta, ta! ¿Pero de veras, mujer, crees que tu hija yendo de sirvienta va a divertirse?

— Sí, de veras; aquí trabaja como trabaará allá; pero aquí nadie le da nada, y aquí se muere una de aburrída; es joven y...

— ¡Hum! desgraciadamente es muy joven. Los primeros días no digo que no, todo le será nuevo y todo la divertirá, hasta el barrer los patios de mosaico. Las señoras serán bastante amables con ella, y le hablarán con suavidad, y le disculparán las faltas que cometa. Pero después ya no será lo mismo. Verá lo aburrído que es el trabajar para otros, sin tregua, desde que amanece Dios hasta que anochece.

— Pero comerá bien...

— Sí, comerá bien, lo que le dejen, atorándose en un rincón de la cocina, porque la señora o las niñas la llaman...

— Y se vestirá bien; aprenderá a cortarse vestidos lindos.

— ¿Y de qué le servirá eso? ¿Crees que tendrá la misma ilusión que hoy tiene por ponerse los vestidos que ahora cree bonitos, después que haya visto de cerca el lujo de las niñas, y haya sorprendido sus risitas compasivas cada vez que las imite? Perderá la sencillez y no ganará nada en cambio. Perderá la libertad de andar, de comer a las horas en que tenga hambre, de sentarse cuando esté cansada. Si alguna vez rompe algo, un plato, un florero, le dirán que lo rompe porque no le cuesta o porque no está acostumbrada a andar con cosas finas. Si alguna vez le dan algo, se lo ponderarán como una grandeza. Si un día las señoras amanecen de mal humor, ella lo pagará; si ese día camina ligero, le dirán que es una atropellada; si camina despacio, que es buena para ir a llamar a la muerte; si se aturde porque una le manda una cosa y otra le manda lo contrario, le dirán que es una bestia, que anda en dos patas por no gastar las otras dos. Si se ofende o se hiere o quiere explicarse, gritarán, le ordenarán que se calle, le llamarán insolente, y no tendrá nunca razón, porque la servidumbre no tiene derecho de tener razón contra los señores. Si se entristece y llora, dirán que es la hipocresía caminando. Si recibe una carta su novio, las niñas, que

reciben postales escritas de los dos lados, de todos sus amigos, dirán escandalizadas: " ¡Es una loca!, pero no hay que extrañarse porque todas *ellas* son así". Ellas, son las pobres, que tampoco tienen derecho a tener corazón, hasta que las señoras les den permiso. Y si alguna vez se lo dan antes que llegue la hora, habrá que apurarse a tenerlo, y a querer a la fuerza, porque, si no, dirán: " ¡Así son éstas! "

—Qué quiere, don Filemón —contestó trocada en humildad su anterior impaciencia—, yo soy pobre y mi hija necesita ganar algo.

— ¡Que trabaje aquí!

— ¿En qué, si no hay?

—En el campo, en el monte, en sembrar maíz, en arar la tierra, en todo lo que caiga, pero que no sea sirvienta.

—El trabajo aquí es muy pesado —insinuó la madre, complaciéndose en mostrar su finura—, y mi hija es regalona...

— ¡Bravo! ¿Entonces crees que el trabajo que dan los ricos es menos pesado? ¡Ah, zonza! Cómo se conoce que no has lustrado nunca un piso de madera, ni has limpiado una escalera de bronce, ni has lavado un patio de mosaico, ni has arreglado el cuarto de las niñas, y el cuarto de las señoras, y el cuarto del señor, y tu propio cuarto, tragando tierra y temiendo que a cada momento caiga una de las niñas, que se levanta a las once, y se te acerque y mire cómo va el trabajo, y note una manchita en el mosaico o en el bronce o en el piso, y te quite el trapo, y la limpie, y se vaya muy ufana ponderando su habilidad y diciendo: " ¡Cuándo aprenderá a hacer las cosas como la gente! ¡Son unos animales! ¡Criadas entre la mugre, para ellas todo está bien! " Y esa escalera, y ese piso, y ese mosaico, hay que limpiarlos hoy y mañana y pasado y todos los días igual, aunque no lo necesite, porque las señoras son como los capitanes de buques, que no quieren que los marineros estén sin hacer algo: les enferma ver a una sirvienta sentada, aunque ellas se pasen el día hamacándose o leyendo novelas o lustrándose las uñas con cepillos de gamuza.

— ¡Pero no han de ser todas como usted las pinta!

— Más vale no hacer la prueba, buscando la que no pueda verse en mi pintura como en un espejo. Si tu hija te estorba, cájala. De levantarse temprano y de casarse joven, nadie se arrepiente. No la mandes a la ciudad. Tendrá mucho que sufrir... Y eso que me he dejado lo mejor para el postre... ¿en lo de misia Concha hay niños?

— No, don Filemón; hay un mocito que estudia en la Universidad, y

que veranea ahora no sé dónde.

— ¿Cómo se llama?

—El niño Mario.

—Bueno; de esos niños decía yo.

—Es muy juicioso, dicen...

—Sí, así dicen todos: muy juicioso; lo que no impide que pierdan el juicio en la primera ocasión, delante de una muchacha como tu hija. ¿Querés creerme? No la mandes a la ciudad; tendrá mucho que sufrir; y luego, las que se van no son lo mismo que las que vuelven...

El cura se levantó; espantó con el talero los perros que le oliscaban los botines, montó en su mula, y repitiendo la última frase: "las que se van no son como las que vuelven" tomó la senda que llevaba al pueblo.

Magdalena se quedó pensativa. ¿Sería cierto lo que decía don Filemón? Como una ráfaga cruzóle por la mente el deseo de seguir el consejo del cura; pero la idea de los quince pesos mensuales que ganaría su hija y de los muchos vestidos que traería, vestidos hechos en la ciudad, avivó su codicia y ahogó en germen el buen deseo:

— ¡Bah! ¡Este cura es un maniático!

Don Filemón, que conocía bien los bueyes con que araba, ni por un momento se engañó. La tenaz codicia de la madre lanzaría a su hija a la aventura. Sentía una gran pena cada vez que alguna familia llevaba para sirvienta una muchacha de la sierra. Era como si le arrancaran una flor cultivada por él mismo en aquellas montañas, que creía tan suyas como el jardín de su casa.

En el camino encontró a Antonio, ansioso de saber el resultado de la conferencia.

— ¿Y, señor cura...? —le dijo, quitándose el sombrero—, ¿se va?

—Sin vuelta.

— ¿Ha hablado usted con la madre?

—Sí.

— ¿Y con ella?

—Con ella hablarás vos, si querés; pero, si no tenés más suerte que yo, podés quitarle las caronas para que no se te escape ensillada...

Lo dijo con cierta brusquedad, hija del mal humor que traía, y apretando los talones a la mula, partió a galope.

Antonio buscó a María. En su casa no podía hablarle largo y a solas, como deseaba; ¿por qué no iba al ojo de agua?

La muchacha aceptó:

—A eso de las diez estaré allá; cuando mamá haya salido.

Por eso acudió Antonio a la glorieta misteriosa y fresca del barranco.

El corazón le latía con fuerza. Nunca había sentido tanta emoción.

Aguardó un largo rato, mirando correr el agua que se vertía con imperceptible rumor.

Un nido de runrunes se balanceaba pendiente de una rama de tala, como una canastilla. Los dos dueños de la aérea mansión batían sus alas sonoras casi encima del paisano, que no los veía.

El ruido de la arena que crujía, le hizo levantar la cabeza y el alma se le inundó de gratitud.

Miróla adelantarse hacia él, linda y fina, y pensó que no hubiera podido querer a otra, que si alguna señorita de la ciudad hubiera bajado hasta él ofreciéndole su amor, la hubiera rechazado, porque en ninguna hallaba la campesina hermosura de su novia.

— ¡Mi prenda! —exclamó parándose de un salto y tendiéndole los brazos, que ella esquivó—, casi no te esperaba ya...

—Y casi no he podido venir; me mandaron llamar para que ayudara, y hay tanto que arreglar todavía...

— ¿Entonces te vas, no más?

—Sí —contestó ella alegremente.

Antonio se puso triste. Ella lo advirtió:

—Antonio, en tu casa todos son tristes; tu padre parece un perro agusanado; Fabián no muestra los dientes; Rina, que es tan buena, vive como si viviera soñando; vos, que hasta ahora eras alegre, te estás poniendo como ellos.

—Es cierto; pero no puedo estar alegre cuanto te vas.

—No es para siempre.

—No importa. A mí me parece que sí; me parece que en la ciudad te olvidarás de mí; que no vas a volver nunca, y si volvés va a ser con otros gustos, y otras maneras; y yo, que soy pobre, no te voy a poder querer a vos, que serás entonces como una señorita.

Ella se sonrió halagada:

— ¡Zonzo! —le dijo, tirándole a la cara una frutita de tala que le cayó en la mano.

—Sí, zonzo; pero qué le voy a hacer... Yo no sé qué buscas, ni qué vas a ganar yendo de sirvienta...

Dijo la palabra "sirvienta" con una voz muy rara, como si le quemase.

—Eras como las palomitas del monte, pobre, pero libre. Cuando pasaba por el camino, ya sabía que estabas en tu casa porque te oía cantar. En la ciudad no cantarás más, y no serás libre. Vos que no estás acostumbrada a que te mande nadie, vas a tener que obedecerles a todos. Y cuando estés triste, no tendrás nadie que te consuele. Como sos más linda que las niñas, ellas te envidiarán.

Antonio hablaba con esfuerzo.

Ella, algo entristecida, sonreía sin embargo ante la idea de que las niñas pudieran envidiarla.

—Y luego —dijo Antonio rompiendo con los dedos una serie de chorritos prendidos a la barranca, para calmar sus nervios—, ¡vos no sabes lo que son los ricos! Muchos te pretenderán: no será para casarse con vos; alguno te gustará más que yo, aunque no te quiera tanto, y vos te olvidarás de mí.

— ¡No! —protestó ella dulcemente—, ¡nunca!

—Ahora lo decís; después, tu novio que es pobre te dará vergüenza, hasta tu madre te dará vergüenza. Te llenarán la cabeza de fantasías; y, cuando alguno de ellos haga su gusto...

La voz se quebró en un sollozo.

—... te abandonará como un trapo de cocina.

María se quedó silenciosa; la sangre sana enrojecía sus mejillas de color de trigo maduro. Tenía los ojos bajos, y con las manos nerviosas también, iba arrancando una por una las flores amarillas de una rama de aromito, cortada al borde del camino.

— ¡Vos me crees mala! —dijo, por fin.

—No, mi vida, te creo buena como sos; pero tengo miedo. Los pobres tenemos un destino triste, siempre que alzamos los ojos hasta los ricos.

Quedaron en silencio; ella lo mismo que antes, entretenida en su tarea destructora, arrimada a la barranca; él mirándola, bebiéndola con los

ojos apasionados. En el lóbulo de sus orejas finas tenía unos aritos pequeños de piedras falsas, el primer regalo que él le hizo, que lucían como verdaderas porque ella los limpiaba con cuidado; en sus cabellos peinados, en su blusa limpia, cuya tela delgada se alzaba dulcemente con la respiración, en toda ella había encanto especial.

— ¿Por qué te vas? —le dijo él—; ¿por qué no te quedas aquí, y nos casamos antes que pase la primavera? Tengo dos chacras de maíz; en quince días puedo hacer el rancho, en la quebrada del molle; alta hay muchos árboles; en los días malos, allí el viento no llega; viviríamos tranquilos; tengo una majadita que vos cuidarás; la quebrada no está lejos del camino, pero está escondida; nadie nos robaría las cabras; los domingos vendríamos juntos a oír misa; hasta casa llegan los turcos con sus cajas llenas de cosas lindas; irían también a la quebrada, y yo te compraría todo lo que vos quisieras, mi vida... ¿por qué no te quedas?

Ella sacudió tristemente la cabeza.

— ¡Ya no se puede!

— ¿Por qué?

—Mamá está comprometida. Misia Concha le ha pagado una deuda que tenía con don David. No puede guardarse la plata...

El hizo un gesto de desesperación...

Ella lo miró con dulzura...

—Ya ves; no se puede; después de lo que me has dicho, yo también querría quedarme...

— ¡Ah! yo soy pobre, pero buscaría esa plata...

— ¡No, no! Mamá no querrá nunca.

— ¡Es el destino! —murmuró él, resignado a las cosas que venían de lejos.

La besó en los ojos atrayéndola dulcemente y la dejó ir, volviendo él a sentarse en la piedra húmeda, al lado de la fuente.

Cuando, tiempo después, cayeron sobre él grandes tristezas, siempre que se acordaba de ella, la veía en su memoria tal como la vio ese día, el vestido claro ajustado al talle exquisito, la cabeza cubierta por un pañuelo blanco, que no ocultaba del todo sus cabellos ligeramente dorados; los ojos azules como la flor del lino, chispeantes y luminosos, la cara alegre, la figura fina y armoniosa, toda ella fresca, inocente, ágil, porque la interna alegría que la llenaba, irradiaba de ella convertida en movimiento, y en

gracia, y en luz...

Esa noche, a la hora en que los gallos cantaban y todas las gentes dormían, bajó él de su casa al pueblo, cruzó el camino y fue a sentarse en el parapeto de la alcantarilla, a pocos pasos de la casa de Magdalena.

La luna, desde lo alto del cielo, bañaba todas las cosas con su luz melancólica, el pueblo dormido, el camino desierto, donde chispeaban las arenitas doradas, y el blanco cementerio tendido y quieto en la loma, como un campamento abandonado.

Dos o tres molles recortaban la mancha espesa de su follaje en el azul limpio del horizonte.

Antonio quería despedirse de María con una serenata.

Como casi todos los paisanos de la sierra, sabía tocar la guitarra, con arte espontáneo y simple.

Sentado en la alcantarilla, afinó su instrumento.

Después de un prelude rápido, entonó una de esas canciones nacionales, que han brotado del corazón del pueblo, incorrectas quizá, pero genuinas como el perfume del campo.

Era una de esas canciones que oídas en sueños persiguen la memoria como cánticos de iglesia, y que se llaman "tristes" porque nacen empapadas en la tristeza del paisano que ha puesto en ellas su alma sencilla y fatalista.

Hoy en los mismos lugares
Donde a las luces del día,
Brotó la esperanza mía,
Del fondo de mis pesares;
Rompiendo el dique a los mares
De mi amargo sentimiento,
Exclamo envidiando al viento
Que va tu frente a besar,
¡Ay, quién pudiera llegar
Donde llega el pensamiento!

La voz de Antonio se difundió en el ambiente sutil de la noche y la estrofa fue a llamar a la ventana cerrada de su novia.

¿Había llegado hasta ella la música de su guitarra?

La luna iluminaba la ventana, que permaneció cerrada.

Volvió a cantar otra estrofa, y aguardó de nuevo que la muchacha le hiciera seña de que le oía.

En el emocionante silencio del campo, todo rumor se agrandaba, el crujir de los grillos, el crujir de las muelas de una vaca que rumiaba echada junto al camino, y luego el lamento del arroyo que se arrastraba entre las piedras.

La guitarra sonó de nuevo; la canción era más tierna; una vez la voz se quebró y la estrofa quedó trunca, y la ventana continuó cerrada.

En el corazón vehemente del paisano entró aquello como un augurio; volvió a cantar con una desesperación que le sacudía como la fiebre:

El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarrar,
Solloza en esta guitarra
Y está llorando en mi acento;
Como es mi propio tormento
Fuente de mi inspiración
Cada pie de la canción
Lleva del alma un pedazo,
Y en cada nota que enlace

Se me arranca el corazón.

Hacía largo rato que había callado.

La luna ya no iluminaba la ventana; su luz caía sobre el otro lado de la casa. Los gallos comenzaban a cantar el alba que se avecinaba. El aire se hacía más penetrante. El sonido de las cuerdas, humedecidas por el relente, era más apagado.

El pueblo estaba siempre dormido.

La desesperación de Antonio se trocó en una mansa tristeza.

Se levantó de la alcantarilla yerto de frío.

Avanzó algunos pasos con cautela para no alborotar a los perros, y seguro de que por pesado que fuera su sueño, si es que era sueño lo que le impedía abrir la ventana, su voz llegaría hasta su novia, cantó un adiós a la

que se iba, llevándose todo lo bueno que había en él:

Dime que te vas con pena
Aunque no sea verdad;
Si la mentira no es buena
Es santa la caridad.

Nadie le contestó. Con la guitarra envuelta en el poncho para librarla de la humedad de la noche, abandonó el camino, bajó por la senda pedregosa, cruzó el arroyo, mojándose sin fijarse, y tomó para las lomas, donde estaba su rancho, donde todos eran tristes, y adonde él, que antes llevara alegría, llevaba nuevas tristezas.

II

LA FLOR DE LA VIDA

En uno de los sauces del remanso había un nido de quintovés. Los dos pajaritos amarillos cantaban todo el día posados en las altas ramas o en el durazno cargado de flores nuevas.

Rina los quería, viéndolos tan de las casas.

Un día que habían volado hasta el camino, uno de los primeros veraneantes de aquel año, que pasaba con una escopeta, mató a uno de ellos.

Rina lo encontró destrozado al pie de un árbol, y durante tres días en el remanso resonó el grito angustioso del pajarito abandonado que llamaba a su compañero.

Después ya no se le oyó más; pero a la mañana siguiente, cuando la muchacha bajó al arroyo, halló al quintové muerto al borde del remanso, donde aún estaban los huesitos del otro, comido por las hormigas.

La llenó de tristeza el episodio.

Esa tarde fue Miguel a verla y ella le contó la historia de los quintovés.

—Si usted, niño Miguel, me dejara, yo me moriría como el quintové.

Miguel la miró en los ojos profundos, inocentes a pesar de todo; le tomó la mano, y ella, llena aún de pudores, pero enamorada hasta el fondo del alma, se la abandonó, poniéndose colorada como el corazón de la flor de durazno.

Cuando él la tocaba, ella se sentía débil y esclava de él.

Hacía quince días que vivía una vida nueva y extraña.

Dos o tres veces había visto a don Filemón.

El cura se le acercaba a preguntarle por Fabián, y ella temblaba toda entera, miedosa de que los ojos claros que la miraban con dulzura se vol-

vieran duros y hostiles, descubriendo el secreto de su vida.

Las palabras del cura, de que antes estaba llena su alma, habían volado como las flores del durazno barridas por el viento de estío.

¿Pero era de ella toda la culpa?

Cuando Fabián se fue, lloró sentada al borde del remanso. Tenía miedo de lo que iba a ser de ella, abandonada al amor que llamaba a su puerta con los recuerdos de la infancia, con las palabras ardientes del hombre que desde niño mandaba en su corazón, como un rey de los cuentos de hadas.

¿Tenía ella la culpa de haberle amado cuando niño y de no poder arrojar ahora ese amor, para imponer a su novio?

Tentada estuvo muchas veces de abrir su corazón al cura, buscando en sus consejos la fuerza que le iba faltando.

Pero nunca se animó. Si don Eugenio, que cada vez que la veía la hablaba con cariño, le hubiera preguntado algo, ella le habría contado también a él sus batallas. Pero tampoco se animó.

¿Por qué se había ido Fabián?

Pocos días después de su partida, llegó Miguel al arroyo donde ella lavaba.

Sin querer tuvo que oír las palabras del joven, que bajaban hasta ella turbándola con los recuerdos que evocaban.

Al día siguiente no volvió al remanso y permaneció encerrada en su casa. A toda costa quería ser fuerte, y guardar su fe para su novio ausente.

Candela le contó que Miguel la había aguardado bajo los sauces, la tarde entera, y que se volvió al tranco de su caballo, pensativo y triste.

Mucho tiempo estuvo segura del triunfo. Pero algunos días amanecía con la voluntad enervada y floja; y el corazón ansioso que no se llenaba con los recuerdos del conscripto, deseaba algo indefinible.

Todo se conjuraba entonces para combatirla; la soledad en que vivía, su ignorancia, las historias de Candela que la impregnaban de vagos anhelos, las palabras de Miguel, cada día más empeñado en la conquista de aquella extraña flor de la sierra.

¿La amaba él?

Hasta entonces, en ninguna de sus aventuras se había mezclado el amor para nada.

Veía a sus compañeros perseguir a las mujeres, y él hacía lo mismo por no ser distinto de ellos.

Pero su alma rezagada permanecía ajena a la lucha y al triunfo; ni sufría ni gozaba gran cosa. Contentábase con aturdir un poco su hastío habitual, sin llenar su corazón.

Por costumbre, comenzó la conquista de Rina.

El amor desesperado de Fabián hacia ella no lo detuvo; al contrario, hostigó su curiosidad y su apetito, porque era la fruta prohibida que se le ponía delante.

Los recuerdos de su niñez eran una especie de oasis en el que se refugiaba su corazón cansado.

Rina se mezclaba en esos recuerdos, y la imagen de la chiquilla consagrada a él levantábase en su memoria, exhalando el encanto de las cosas pasadas.

La muchacha de hoy, cosa que rara vez sucede en la vida, correspondía perfectamente a la impresión que tenía de la chiquilla de antaño. Era humilde, y en sus ojos, aún no deslumbrados por el mundo, sorprendía a veces la luz de los días lejanos. ¿La amaba todavía? ¿Había quedado en el alma de la paisana la misma huella profunda de aquellos amores de niño?

Si él, que apenas la quiso, recordaba con nostalgia sus escapadas por las lomas, sus paseos al piquillinal, de los que volvían con las bocas teñidas por la frutita roja, ella, que lo había amado con todas las fuerzas de su alma, que temblaba como una llama cuando él la hablaba, que lloraba cuando él se iba, que soñaba todo el invierno con la flor de durazno anunciadora del verano que le traería de nuevo, debería conservar la impresión de esos días, como se conserva la cicatriz de una vieja herida siempre dolorosa.

Ansioso de saberlo, se lanzó en pos del misterio.

El inesperado desvío que encontró en ella exasperó su capricho. Mordido por los celos, llegó a imaginarse verdaderamente enamorado. Cuando pensaba en esto, se avergonzaba de que él pudiera enamorarse de una campesina.

Germán había aislado su casa de todo el mundo, pero, preocupado con el pleito que empezaba a moverle don David, llegó un día hasta a rogarle que fuera a su casa a examinar sus títulos.

Hacía como una semana que no veía a Rina. El corazón le latía con

fuerza cuando se iba acercando. El paisano le contaba la historia de sus tierras; él apenas lo escuchaba, con el pensamiento fijo en la muchacha.

La encontraron moliendo maíz para la mazamorra, en medio de un gran corro de gallinas que atisbaban desperdicios del mortero.

—Hija, venga, cébenos unos mates —díjole su padre.

Miguel no era muy fuerte en derecho; pero, en cuanto vio los títulos que con un respeto casi religioso guardaba Germán en el fondo de un baúl, comprendió el vicio que tenían.

Era uno de esos casos curiosos de venta de tierras a la antigua, sin más formalidad que la entrega de la escritura.

—¿Cómo vinieron esos papeles a sus manos, don Germán?

—Me los empeñó el dueño por ochenta pesos y un caballo. Y se venció el plazo, y los dejó fundir.

—¿Quién era el dueño?

—Un don Tránsito Cáceres, que ya murió.

—¿Y de dónde saca don David esos derechos sobre su tierra?

—Ahí verá, niño; ese hombre es capaz de sacarle aceite a un ladrillo. Dice que le han vendido las hermanas de don Tránsito, que viven en Córdoba. Yo no sé más que eso; pero yo a mis títulos me atengo.

Con honda ansiedad espiaba el paisano en el rostro del "doctorcito" cualquier cambio de expresión que le dijera lo que pensaba de los cartapacios, que leía en silencio.

—¿Qué le parece, niño —se animó a preguntarle al rato.

—¿Se han presentado ya a los tribunales?

—Que yo sepa, no.

—Bueno, don Germán; déjeme estudiar el caso; no hay apuro todavía; cuando llegue el momento estaremos prontos.

Desconfiando de aquel doctor que necesitaba estudiar cuando debía saberlo ya todo, Germán guardó de nuevo las escrituras:

—Usted dirá, niño —murmuró.

Rina había comenzado a cebarles mate. Miguel sentíase casi turbado delante de la muchacha; y su mano, al tomar el mate que ella le alcanzaba, temblaba a veces tanto como la de ella.

¡Oh, la de ella temblaba!

El viejo, con los ojos bajos, como si contara las hormigas que en un

largo reguero iban pasando hacia un terrón de azúcar caído, no podía verlo.

— ¿Están buenos los maíces? —preguntó Miguel mirando los sembrados verdes, coronados ya de plumeritos amarillos.

Rina contestó:

—Sí, niño; están buenos.

Al hablarle apenas lo miraba.

Cuando él se levantó para irse, bendijo en su pensamiento a don Tránsito Cáceres que había originado el pleito, porque así podría volver, y pareciéndole que Germán quedaba decepcionado por su opinión indecisa, le dijo para animarle:

—Estoy pensando algo que mañana le diré; los pensamientos, sobre todo en estas cosas, son como los duraznos: hay que dejarlos madurar despacito; no es bueno cortarlos pintones.

El paisano sonrió; ofrecióle las escrituras, y como Miguel prefiriera volver, él, que se habría desprendido de sus papeles con desconfianza, le dijo con el rostro aclarado:

—Bueno, niño; ésta es su casa. Venga cuando quiera; si no estoy yo, le pide a Rina los papeles y los mira a su gusto.

Rina lavaba en el arroyo al otro día, cuando él volvió.

— ¡No está mi tata!

Subieron a las casas, sentóse él en la galería, mientras ella buscaba los papeles.

Sentíase tímido ante la linda paisanita, tímido hasta subirle la sangre al rostro, cuando sus ojos y los de ella se encontraban.

—Aquí están, niño.

Sentado él, y ella de pie, humilde, con el rollo de papeles en la mano, una ola de pasión y de dulzura le anegó al mirarla: " ¡Es mía! ", pensó. Nada dijo y se puso a leer en silencio.

— ¿Quiere que le cebe mate? —preguntó la muchacha.

Por tenerla cerca, aunque creía no decirle nada, contestó que sí.

Como una sirvienta, Rina le alcanzaba el mate, y de pie, a su lado, con las manos cruzadas sobre la falda, aguardaba a que él lo tomase.

Tan sencilla acción, repetida varias veces, le devolvió el aplomo perdido.

Dejó los papeles y, mirándola en los ojos, le dijo:

— ¡Estás muy triste, Rina, porque se te ha ido el novio?

Ella no contestó, pero se echó a reír.

— ¿Te ha escrito alguna vez?

— No, niño.

— ¿Cuántos días hace que se fue?

— Diez, niño.

— ¡Oh! ¡Si fuera yo tu novio te habría escrito ya diez veces!

Ella volvió a reír; tomó el mate que le devolvía; y como al dárselo él le oprimiera dulcemente la mano, se puso colorada.

Pasó un rato: él le preguntó sin mirarla:

— ¿A qué hora vendrá tu padre?

— A la entrada del sol, niño.

Él se levantó:

— Decile que he estado; que estudié los papeles. Tenía el caballo en el arroyo; montó y partió a galope largo, sin volver la cara.

— ¿Será esto amor? —pensaba sorprendido de su desacostumbrada cobardía. ¡Amor! pero, ¿podía él enamorarse de una paisanita que apenas sabía leer? ¡Bah! había en ella algo nuevo para él, algo no común en las mujeres de su círculo; había una virginidad de alma cuyo perfume aspiraba con fruición, como el perfume del campo cuando cae la tarde, aunque le turbaba los sentidos y lo intimidaba. Pero no era amor; era sorpresa; era la poca lealtad que aún quedaba en el fondo de su corazón y que protestaba ante la profanación de aquella alma intacta; parecía que, entrando en ella por el engaño o la fuerza, profanaba todos los santos recuerdos de sus días de inocencia, la poesía de su infancia, la flor de su vida.

¿No valía más que el apurar aquel efímero capricho que no llenaría su alma, huir para tener el orgullo único de decirse: "Era la flor de mi vida y no la toqué"?

¡Oh, sí! Una ola de sana alegría entró en su alma con aquella resolución. ¡Qué bien le pagaban ya su sacrificio!

Volvió al otro día a despedirse de Rina; quería huir porque no respondía de sí mismo si se quedaba; pero quería verla, por última vez, para llevarse su imagen como un talismán que en sus días malos le volviera la fuerza y la esperanza, recordándole la única victoria de su vida; quería también desengañar de una vez a Germán, diciéndole la verdad: que su

pleito no tenía remedio.

— ¡Qué mal se conocía!

No encontró a Rina en el arroyo. Pero era tan grata la umbría fresca de los sauces, que se bajó del caballo y se tendió en el suelo, sobre la atusada gramilla.

Ella vendría al remanso; allí, a la sombra de los sauces llorones, oyendo el canto de los pájaros, le diría adiós sin revelarle la causa de su partida, para no dejarle el alma virgen anegada en inútiles ilusiones.

Así estuvo largo rato, dejándose enervar por los pensamientos.

Como un fuego que se extingue, sintió que iban muriendo las fuerzas sanas de su voluntad.

Por primera vez en su vida de hombre cansado antes de tiempo, su corazón se interesaba en algo, ¿y había de huir él, que había perseguido con ansia las sensaciones nuevas?

Cuando Rina llegó al arroyo, su resolución había cambiado. Se quedaría; pero sería más fuerte que la costumbre. Quería estar cerca de ella, porque le interesaba el secreto de aquel corazón intacto. Parecíale que era el perfume de una flor que podía lícitamente aspirar.

La vista de la muchacha, cuya llegada le anunció el crujido de algunas ramitas quebradas al pasar, le confirmó en su resolución.

¡Oh, qué linda estaba; qué digna de ocupar un gran lugar en la vida de un hombre!

Para ellos, para los ricos, no eran esas flores misterios, que de cuando en cuando caían como un premio en la corriente oscura de la vida de los pobres.

¡Sería fuerte para acercársele sin profanarla! ¡Y si alguna vez se sentía vacilar, sería aún más fuerte para luchar contra los prejuicios de su casta y se casaría con ella! ¿Qué más podía ambicionar un hombre sano de cuerpo y alma que recibir en premio de algún sacrificio una mujer como aquélla?

Este pensamiento lo impregnó de ternura; ¿no era eso amor?

¡Oh, las tardes que pasaron a la margen del arroyo, lavando ella, y él con las famosas escrituras en la mano, dejando caer en su oído casto las palabras traidoras y vehementes!

También ella luchó por ser fuerte. No la venció la fuerza, sino el engaño de creerse verdaderamente amada por el hombre que amaba. Si su

madre hubiera vivido, quizá en ella habría hallado un refugio. Si don Filemón hubiera sabido algo de lo que en ella pasaba, habría deshecho el encanto con su implacable experiencia. ¡Los ricos! ¡Cómo podían amar a los pobres! ¡Bah! Sólo en los cuentos de hadas.

Pero nada hubo que la sostuviera, que disipara el hechizo en que se aprisionó su alma crédula.

Como una hoguera devastadora, entró en su corazón limpio aquel amor embellecido por los sueños de la infancia.

A la siesta, ausente su padre, bajaba al arroyo. A veces tenía que esperar un rato la llegada de Miguel. Pero no le costaba la espera. Sentada al borde de la mansa hoya, anegábase en los pensamientos. ¿Era verdad? ¿La amaba él? ¿No soñaba como había soñado tanto?

Se dejaba estar quieta, sugestionada por el agua que corría, sintiendo co el silencio profundo de la sombra hasta el ruido de una hoja seca que caía, temerosa de hacer un movimiento que la volviera a la realidad y desvaneciera el encanto en que se envolvía como en una niebla frágil.

Como esas flores nacidas al borde de un torrente, que alguna vez caen y se dejan llevar por el agua impetuosa y turbia, un día cerró los ojos, y humilde y mansa e ignorante de las cosas de la vida, se dio sin protestar al que mandaba en su alma hacía mucho tiempo.

Dios desde el cielo pudo juzgar la culpa de aquella alma sedienta, que por primera vez se acercaba al agua desconocida. El mundo no, porque la habría visto vacilar sin tenderle la mano.

¡Ay! Pronto se cansó Miguel de su aventura, que al fin terminaba como todas.

Había pecado contra el ideal, buscándolo por la senda vieja y tortuosa del hastío.

Con amargo desaliento comprendió la impotencia absoluta de los ricos para triunfar de los bajos instintos.

Siguió por costumbre yendo al arroyo; pero, como en el almacén comenzaran a hablar de aquello, aburrido de Dolores, se despidió de Rina, que se quedó mirándolo atontada cuando él le dijo: "me voy a Buenos Aires", y se fue, a olvidar la mirada siniestra de Fabián, que en su memoria había comenzado a perseguirlo.

—¡Bah! —se dijo una vez en el ambiente bullicioso y alegre de la gran capital—, yo o él o cualquier otro, alguno había de ser el primero.

Y no pensó más.

III

EL SECRETO

Rina se quedó esperándolo, porque le dijo que volvería.

Pero pasó el otoño que había principiado ya: quedó la sierra sin veraneantes, y llegaron las primeras escarchas. Y él no vino.

Entonces la amarga verdad comenzó a entrar gota a gota en su alma.

Comprendió que no volvería, que no se casaría con ella, que la había engañado, que no la amaba.

¡Ay, Dios! ¡Y cómo quedaba ella!

Un día, desesperada, fue al cementerio.

Como una loca púsose a rezar sobre la tumba de su madre, rogándole que hiciera que las cosas que habían pasado no fueran verdad, sino un largo sueño.

Sobre el frío montón de piedras, cansada de llorar, se quedó dormida.

Cuando despertó, la noche había llenado ya de sombras los caminos.

Con el alma triste, pero en paz, volvió a su casa, esquivando los lugares en que veía gentes.

Mas por miedo de que su padre le preguntara de dónde venía, y por tener un pretexto que darle, venciendo toda su repugnancia, cuando pasó por el pueblo entró en el almacén a comprar velas.

Atada al palenque de la puerta vio la mula tordilla de don Filemón. Tentada estuvo de huir para no ver al cura; pero ya se había adelantado mucho, y entró, en el momento en que don Filemón salía.

— ¡Qué es eso, Rina? —le preguntó él frunciendo el ceño— ¿Vos a estas horas por aquí?

Ella tartamudeó cualquier excusa.

—Malo que las dueñas de casa se acuerden recién de noche de lo que

les hace falta.

En otra que en Rina, don Filemón no habría pasado la disculpa. Pero tenía una gran fe en la muchacha, porque conocía bien toda la gracia que había en su alma.

Quedóse en la puerta del almacén para defenderla con su presencia de los vulgares requiebros que algunos paisanos podían dirigirle, y cuando ella salió le dijo:

—Tenemos que andar en parte el mismo camino; te voy a acompañar, Rina.

Antes Rina se habría puesto orgullosa de ir en compañía del cura. Ahora, sintiendo que no merecía el cariño del buen viejo, se llenó de vergüenza.

Agradecióle, sin embargo, con su dulce sonrisa, y los dos, ella a pie y él en su mula, tomaron el camino del arroyo.

El marchaba al paso, dejándole caer sus consejos, envueltos en cuentos medrosos de asesinos o de ánimas en pena.

Ella oía los relatos, pero no tenía miedo porque iba rumiando su amargura.

Hubo un momento en que se detuvo, resuelta a decirle todo al cura, para que no la creyera mejor de lo que era y la aliviara un poco del grave secreto.

Pero la sangre se le agolpó en el corazón, y ni una sílaba salió de su garganta.

¡Ah! quería antes morir, morir, morir, y apretó fuertemente los labios.

—¿Fabián? —preguntó el cura, algo extrañado del silencio de la joven—, ¿te ha escrito?

—Sí, señor; una o dos veces.

—¿Qué dice?

—¡Oh! ¡Quién se acuerda!

—¡Ah zonza! ¿Así te olvidas de las cosas que te escribe tu novio?

La muchacha se rió.

Habían llegado a la casa de Germán. Ladraron los perros; salió el paisano a recibirlos.

—Buenas noches, amigo; aquí le traigo a su hija, que merece un buen

reto. Ni las cabras ni las muchachas deben andar sueltas a esta hora.

Germán miró a su hija en los ojos.

— ¡De dónde viene?

Rina repitió su excusa:

—Me acordé tarde que no había velas, y fui al almacén, y me tomó la noche.

El cura saludó, y al trotecito se dirigió a su casa, desandando buena parte del camino.

Padre e hija entraron en el rancho. Rina, temblorosa, encendió una de las velas en el fogón. Sentía sobre ella la mirada desconfiada de su padre.

Hacía tiempo que el viejo la observaba.

Pero había aún en todos los gestos de la niña, en su frente, en sus ojos, en su boca, en sus manos diligentes, tanta inocente sencillez, que una vez más se quedó tranquilo.

Así pasaban los días.

En la casa cumplía valientemente con su deber, siempre humilde y activa, bajo la mirada torva de su padre y el ojo alerta de su hermano, que también parecía desconfiar de ella.

Hacía el trabajo como un autómatas, con el pensamiento lejos, sitiéndose ¡oh culpa! toda entera aún del hombre que la había engañado.

A veces, a la tarde, en ausencia de su padre y de su hermano, que labraban las chacras, sentábase en el umbral, y se quedaba distraída dejando vagar sus ojos por el campo.

En el cielo gris, abandonado hacía mucho por las golondrinas, solía ver algún águila que se cernía alta, alta y solitaria.

Habría deseado ser como ella, para volar adonde su corazón y su pensamiento volaban.

Arrancábale de su éxtasis el perro *León*, que se le acercaba y le lamía las manos yertas con su lengua tibia, anunciándole la vuelta de Germán, a quien siempre precedía.

Se levantaba aterida de frío y se ponía febrilmente al quehacer de la casa, para que su padre no advirtiera en sus desalientos la agonía de su alma.

Amaba la soledad y la presencia de las gentes la fatigaba.

Cuando encontraba a algunas de las otras muchachas del pueblo, mi-

rábalas con sorpresa; ¿cómo podían ser buenas? ¡Ella no volvería a ser así!

Este pensamiento la asediaba. Un día, viéndolas en la iglesia, pensando que eran puras, que eran intactas, que no conocían la vida que ella conocía, en una oleada de rencor y de envidia deseó que todas cayeran, para no tener la amargura de ser la única.

Pero el mal pensamiento pasó... No; quería ser ella sola, y aunque sufriría tanto, habría aceptado de Dios sufrir el doble, con tal que a ninguna de sus compañeras le pasara lo que a ella.

¡Dios! ¿Pero se acordaba Dios de ella?

La primera vez que fue, manchada, a la iglesia, tembló toda entera al tocar el umbral.

¿No la dejaría muerta Dios antes de permitir que entrara en su casa criatura semejante?

En toda la misa apenas miró al altar. Y ni una sola vez alzó los ojos hasta el arco de la bóveda, donde estaba la súplica a la Virgen, tan invocada de ella: "*Monstra te esse matrem*".

¿Cómo podría ya la Santa Virgen ser su madre?

El mes de María estaba lejos por fortuna, y hasta entonces, habiendo comulgado por Pascua, no tendría obligación de confesarse, como era costumbre en el pueblo.

¡Oh, confesarse! tener que decir todo al hombre santo a quien vivía engañando, haciéndole creer que ella ¡su Rina! era la misma de antes.

Habría deseado huir, no creer más en nada, no amar a nadie, porque ella sólo podía amar lo prohibido; no amar ni a su padre, ni a su hermano; no amar ni a la Virgen del altar, cuyos ojos, desde el día en que abrió los suyos a las cosas de la vida, no se había atrevido a mirar más.

Pensaba que la muerte vendría antes del mes de María a librarla de su congoja. Se confesaría para morir, con don Filemón, y no tendría tanta vergüenza, porque no lo vería más, e iría a dormir tranquila al lado de su madre, que perdonaría la culpa a su pobre criatura...

Un día llegó la carta de Fabián. Tuvo que leerla Rina, pues Germán no sabía; y después contestarla, dictándole él.

En ambas cartas se hablaba de ella, del casamiento para cuando volviera el conscripto...

Desde ese día, la visión de la vuelta del mozo vivió suspendida como una amenaza en la imaginación de Rina.

Una mañana ordeñaba las cabras en el corral, que había amanecido cubierto de nieve.

A pesar del frío, andaba descalza y hundía sus pies en la nieve.

Una voz que cantaba, subiendo el arroyo, llamó su atención.

Era Candela que la había visto y cantaba, como recitando una leyenda, una rara canción aprendida Dios sabía dónde, cuando niña.

Rina escuchó sin querer, porque aquella mujer la tenía sugestionada con sus cuentos, en los que siempre hallaba algún eco de sus propios pesares.

Negó mucho el día del santo del pueblo
Y en el monte triste no había ni un pájaro
Ni una florecita, ni una rama verde;

Pero frente al rancho

Las flores rosadas cubrían la nieve

Al pie del durazno.

Por el camino que lleva a la iglesia

Una jovencita corre con su hermano;

Va descalza y hunde los pies en la nieve,

Y por no estropearlos,

Junto con la estampa del santo del día,

Lleva sus zapatos.

—¿Por qué vas descalza, no sientes frío?

—Yo no siento frío en los pies, hermano,

Pero sí en el pecho; que mi padre quiere

No bien el durazno

Florezca de nuevo, darme por marido

Un hombre que no amo.

Rina, oyendo la canción, había dejado de ordeñar. Se miró los pies hundidos en la nieve, y parecióle que el frío que sentía tampoco era allí, sino en el corazón.

Candela alcanzó a ver en los ojos de la niña algunas lágrimas.

— ¿Cuándo es el casamiento, Rina?

— ¡Nunca!

Esa tarde, venciendo el temor que le infundía aquel hombre grave, la muchacha dijo a su padre que no quería casarse con Fabián.

La cólera de Germán se abatió sobre ella. ¿Cómo no quería? ¿Quién era ella para elegir hombres? Y viendo a Rina llorar sin contestarle, la golpeó como solía golpear al perro que le lamía las manos.

A la noche, mientras ella dormía temblando de miedo o de frío, acurrucada en su pobre cama, él, que no podía dormir después de lo que había hecho, se acercó a su hija, y sin hacer ruido se puso a mirarla a la media luz que un brasero despedía.

¡Su criatura! ¡Cuánto la adoraba! ¡La había golpeado! No permitiera Dios que ella volviera a decirle lo que le había dicho, porque volvería a golpearla. El era su dueño. Si ella se casaba con otro que no fuera Fabián, la perdería para siempre. Si ella no lo quería, ya acabaría por quererlo. ¿Quería a otro ella? ¡Ah, la hubiera muerto!

En la frente le vio el verdugón morado de uno de sus golpes. Y fue a besarla allí, sobre esa carne dolorida. La sensación que le produjo el contacto de la frente suave y tibia de su hija le pareció que endulzaba su alma áspera.

Pensando haberle hecho daño, sufría; pero temblaba al imaginarse que alguien pudiera perderla.

¡Matarla antes!

Rina no volvió a hablar de Fabián, y siguió viviendo como hasta entonces, abrumada por el peso del disimulo.

Un día sintió dentro de su ser una palpitación extraña.

Hacía tiempo que algo raro advertía, mas como algunos jirones de su inocencia antigua velaban aún sus ojos, no podía explicarse qué fuese.

Pero aquel día, de golpe, comprendió toda la profundidad de su desventura, y quedó anonadada.

Era lo irreparable. Era su pecado que tomaba formas.

Ya no podía guardar para ella sola su secreto.

Se durmió esa noche pidiendo a Dios que la luz del nuevo día acabara con su angustia, mostrándole que había soñado. Y se despertó sintiendo más real su vergüenza.

¡Oh, dolor! Guando los ojos severos de su padre se posaban en ella, caía sobre su cabeza un peso enorme. Habría querido morir allí mismo,

porque le parecía que su padre lo adivinaba todo.

Pero el pobre hombre, en realidad, no veía nada. Toda su alma estaba pendiente del pleito que seguía tramitándose en la ciudad, y del que de cuando en cuando le llegaban noticias, casi siempre malas.

Esto fue preparando su ánimo; y así, cuando le dijeron que se había perdido, que la tierra no era suya, que sus vacas sólo podían pastear en la medallita de terreno que tenía al lado del arroyo, donde había alzado el rancho, se contentó con murmurar:

— ¡Oh, los ricos, los ricos! ¡Cuanto más tienen más quieren! ¡A los pobres nos quitan todo!

Y como viera a Rina, que llenaba toda la casa con su presencia, yendo y viniendo en los arreglos de aquel mísero hogar, su pensamiento se dulcificó.

— ¡Todo, no! ¡A ella no me la podrán quitar los ricos! ¡Oh, a ella no!

Y una inmensa ternura se derramaba en las miradas con que aquel hombre taciturno envolvía a su hija.

Cuando a la noche el paisano se acostó, como solía, en seguida de comer, para levantarse al alba, Rina, que había pasado las horas temblando, salió al patio.

La noche oscura y fría formaba pliegues densos en los valles. Un vientecito suave traía de las lomas el calmante olor del tomillo. La luna saldría tarde.

El día anterior, Antonio se había conchabado por mes en las canteras de la Cumbre, y no vendría a dormir.

Por eso Rina decidió aprovechar la ocasión para huir.

En su cabeza sencilla entró como un barreno la idea fija de huir, huir a cualquier parte, a la ciudad adonde hubiera mucha gente que no la conociera, que no se fijara en ella, para esconder su vergüenza, si llegaba a vivir. ¿Qué iba a hacer? Nada; no le importaba ya ni la vida, ni la muerte. Entraría de sirvienta, y si por mala no la querían, mejor, se moriría de hambre, y esa muerte, que le aliviaría de una vez todas las penas, no sería un pecado. Se confesaría antes de morir y se iría al cielo a buscar a su madre, para quedarse siempre a su lado, para contarle las cosas tristes que había aprendido en el mundo, para que la envolviera en su manto, porque tenía frío, para que no la dejara caer más ..

Echó a correr hacia el arroyo, tropezando con los guijarros que roda-

ban cuesta abajo; paso de un salto el agua, y tomó el camino de la población, porque quería llegar al cementerio a despedirse de la pobre muerta. Tuvo miedo de encontrar gente y se volvió.

Un rato estuvo indecisa al borde del remanso; mas una palpitación de la vida que germinaba dentro de ella le arrancó un grito y reanimó su propósito.

¡Oh, huir! Pero antes cruzo de nuevo el arroyo, hacia su casa, llegó al patio, cortó una ramita del durazno, que comenzaba a hinchar sus brotes porque no estaba muy lejana la primavera, y la guardó en el seno, para llevarla como un símbolo de la vida que dejaba.

Después tomó el camino del pueblo y se perdió en la noche.

IV

EL BUEN PASTOR

Sucedió que la noche en que Rina huyó de su casa, había desaparecido de la suya Caupolicán, el maestro, debiendo a cada santo una vela, y llevándose un montón de pesos que su padre acababa de recibir de un negocio.

A nadie le cupo duda de que la muchacha se había ido con él.

Sólo don Eugenio se resistió a creerlo.

—Pero ¡si apenas se conocían! —dijo a don David, que fue con la demanda.

— ¡Qué no se han de conocer! Las siestas que habrá dormido Caupolicán con ella, junto al arroyo, desde que se fue Miguel.

— ¡Miguel?

— Sí, don Eugenio; ése fue el primero; Caupolicán entró en tierra arada.

— ¡Bah, bah, bah! ¡Le guardaba el secreto! Y yo que me creía que la muchacha era lo mejor del pago.

—Como carnadura no era mal bocado.

— ¡Hum! Bueno, don David. Haremos lo que se pueda por pescarlos.

Pero don Eugenio no hizo nada. La gracia singular de la muchacha había ido ganando en su corazón la causa de las gentes del campo, a quienes comenzaba ya a mirar con buenos ojos; y ahora venían con aquella noticia que le volvía a sus viejas teorías de la predestinación para el mal en ellas.

— ¡Bravo, Caupolicán! —se dijo frotándose las manos—. A quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga. ¡Lo sensible es que me hayas madrugado! Pero no será el hijo de mi madre el que vaya a echar moscas en la miel

de su idilio.

En el fondo, el jefe estaba furioso consigo mismo. Más de una vez, después de ver a Rina en el coro de la iglesia, había vuelto a su casa pensando locuras, hacerla su mujer, por ejemplo; y siempre había arrojado ese pensamiento, que le endulzaba el alma, porque le parecía una profanación juntar aquella muchacha, fresca y rústica como una aurora serrana, con él, hombre ajado de cuerpo y alma.

Y ahora que esa flor de sierra, que él había imaginado inaccesible, plantada por Dios en las altas cumbres que tocan el cielo, estaba en manos de otro que después de arrojarla a la vida, sin perfume y marchita, sentía, no lástima de ella, predestinada al fin para eso, sino lástima de sí mismo.

¡Qué imbécil! No su mujer, su querida habría podido hacerla, sin esas estúpidas ideas que le había injertado su amigo el cura.

Y pensar que eran dos los que le habían ganado de mano.

Para el corazón apostólico de don Filemón, aquello fue uno de los grandes dolores que probó en su vida.

Durante dos o tres días, encerrado en su casa, apenas vio a nadie.

Una tarde Candela llamó a su puerta. Don Filemón la hizo pasar, con el presentimiento de que aquella mujer sabía algo.

Y así era. Candela le contó la historia de los amores de Rina con Miguel. Si la muchacha había huido, seguramente había sido por ir en busca del mozo. Caupolicán nada tenía que ver en aquel negocio.

Candela salió y el cura, preocupado, la dejó ir sin reprenderla por lo tarde que le llevaba la noticia.

Ahora lo comprendía todo. Ahora comprendía también los súbitos rubores de la muchacha cuando se encontraba con él; ahora comprendía por qué desde Pascua no se había confesado; y ahora... ¡oh! Una misericordia inmensa anegó el alma del cura. Su Rina había caído; pero había caído por amor, con los ojos vendados por su misma inocencia, porque no tuvo a tiempo la mano de su madre que la salvara del abismo.

Y él, que se creía sabio hasta leer en las almas, no supo ver las tormentas de esa pobre alma, no supo acudir a tiempo...

Y el viejo cura, de codos sobre la mesa que le servía de escritorio, se puso a llorar por la oveja perdida, ¡que quién sabe adónde iría a dar en el áspero monte!

Su memoria se llenó de recuerdos. Vio de nuevo a Rina, como la ha-

bía visto alguna vez, absorta en la iglesia, mirando al altar y moviendo los labios; y oyó su voz que cantaba las alabanzas de la Virgen.

¿Cómo podía haberse perdido? Y si había caído así, qué desolada estaría su alma. La llama del arrepentimiento no podía tardar en encenderse en ella.

Para consolarse, abrió el Evangelio, como solía en las horas tristes, y sus ojos cayeron sobre aquellas palabras: "Por lo cual te digo: que perdonados le son sus muchos pecados porque amó mucho..."

Al día siguiente, como el buen pastor que deja en el monte las noventa y nueve ovejas que le quedan para ir en pos de la que echó de menos, tomó el tren para Córdoba.

No se detuvo allí. Iba a Buenos Aires, donde suponía que hallaría a su Rina, cerca de Miguel.

Hubiera preferido hablar antes al mozo; pero en Buenos Aires dio primero con misia Encarnación, que abrió mucho los ojos y enarcó las cejas cuando el cura le preguntó por su hijo.

— ¿Miguel? ¡Oh, Miguel! Cualquiera sabe dónde anda. Yo creo que está en Montevideo; usted comprende, señor cura, lo que son los mozos.

— ¿Y cuándo lo verá? ¿Será pronto?

— Si estando aquí es difícil saberlo, imagínese lo que será estando ausente.

— ¡Ah! pero yo creía que festejaba a Dorita.

— Así es, así lo creía también yo; pero, esto para los dos no más, don Filemón; ando viendo algo turbio el noviazgo.

Don Filemón suspiró como si le quitaran un peso del alma, y valientemente abordó la ardua cuestión:

— Vea, señora; a mí me había parecido siempre turbio. Miguel no está muy chiflado por su prima; ¡qué diablos! Y eso... eso quizás conviene.

— ¿Cómo?

— Usted lo verá. Su hijo no puede casarse con esa niña, porque tiene antes un deber sagrado que cumplir.

Misia Encarnación abrió más aún los ojos; y don Filemón, con un candor digno de un niño, increíble en él, que tenía treinta años de confesionario y debía conocer el mundo, contó la historia que le contara Candelita.

— ¡Ah! —exclamó la señora, cuando el cura terminó su historia—; ¿y quién es la muchacha?

—Es Rina, la hija de Germán. Usted debe de conocerla.

—Sí, la conozco; ¡pobre criatura! aunque esa gente toda concluye así...

— ¡Oh, no, señora!

La señora sonrió. Sentíase como aliviada de una gran angustia. ¿Conque no era más que esa calaverada? ¡Bah! en el fondo hasta se alegraba un poquito. Había oído ponderar a la muchacha como a un dechado de toda clase de perfecciones morales y físicas, y... ya que la cosa no tenía remedio, no podía dejar de probar un suave halago en su vanidad de madre, porque hubiera sido su hijo el único capaz de derribar aquella torre de marfil.

El cura seguía hablando.

Venía hasta ella para empeñarla en una gran empresa. Rina debía hallarse en Buenos Aires con Miguel; y si estaban en Montevideo, ya volverían. El no podía quedarse a aguardar su vuelta, pero ella, la madre, podría intervenir para que su hijo reparase algo el mal, ya que era imposible reparar todo.

—Cosas de jóvenes... —dijo con indulgencia la dama.

—Sí, señora, cosas de jóvenes... como él —corrigió don Filemón, sin que ella se diera mucha cuenta del distingo.

Después, con un miedo raro que comenzaba a entrarle en el corazón expuso su pensamiento, el que en todo el viaje había venido acariciando como una fácil ilusión.

—Ella es joven y buena; y era pura como un niño que apenas ha pisado la tierra. Debe de querer mucho a Miguel para haber caído así. Yo la conozco y me animo a asegurar que a esta hora, todavía no sabe lo que ha hecho.

— ¡Oh! —protestó misia Encarnación—, ¡si esa gente nace sabiendo!

El cura siguió adelante:

—Ha caído con los ojos vendados.

—También mi hijo.

—Sí, es posible, también su hijo; el amor, un gran amor puede borrar mucho de la malicia de esta caída.

— ¿Pero puede ser amor lo que los ha acercado? Amor de Miguel a esa...

—Me imagino que sí, señora. El amor los ha perdido, pero puede salvarlos; si su hijo, que es el que más sabe de las cosas del mundo quiere hacerlo... sin hacer más que cumplir con su deber, hallará mucha gracia ante Dios, porque siendo pocos los que reparan así las culpas, su reparación será una gran obra...

Misia Encarnación no comprendía:

—El amor podrá salvarlos, ¿pero salvarlos de qué? En los hombres estas cosas no tienen tanta importancia como para perderlos para siempre. El que más y el que menos, todos han hecho esa clase de milagros. Con tal que no trascienda, no me parece que puedan comprometer gravemente el porvenir de un hombre, como él...

—Sí, de un hombre, pero... ¿y de una mujer?

— ¡Ah, de una mujer! Según su clase, don Filemón.

—De una mujer como Rina, señora ¿cómo queda esa pobre muchacha si su hijo no se casa con ella? La gran señora dio un salto.

— ¡Don Filemón! ¡Qué barbaridad!

— ¿Si él no se casa con ella? —repitió el cura. —Pero ¿cómo va a casarse Miguel con esa muchacha, que sobre no ser de su clase, es una...?

— ¿Esa muchacha no es una... nada, señora! El la ha perdido, y si es hombre de honor y de conciencia, siendo el único que puede salvarle, él la salvará.

— ¡Ni se le ocurra, don Filemón, inducirlo a dar ese paso! ¡Qué barbaridad! Hay muchos medios de salvarla; puede dársele algo, casarla con ese novio que tiene, que viéndola con plata no dirá nada; se puede también...

— ¿Pero cree usted, bendita señora, que estas cosas se componen con plata?

—Yo no creo nada; yo lo que creo es que usted no tiene sentido común; yo no veo otra compostura.

—La que le he dicho, señora. Que se casen; ella es buena y linda... ¿cuántas hay aquí, como ella?... Y a eso he venido; a rogarle a usted, misia Encarnación, que intervenga; a su madre, ofendida por su calaverada, no se le negará. Echo sobre mí todas las responsabilidades; la muchacha lo hará feliz, estoy seguro. Jamás tropezará con ninguna tan humilde y tan dulce, y

que lo quiera como ella debe quererlo... ¡Oh! yo conozco esa alma y sólo así me explico esta caída, así por un gran amor. Dios, desde el cielo, ya la habrá perdonado; los hombres no podemos ser más justicieros que Dios...

—¿Pero qué barbaridad está diciendo! —exclamaba la señora escandalizada, tratando de cortarle la palabra—; ¡querer que mi hijo se case con una mujer perdida!

—Es su deber, si es hombre honrado; ¿quién la perdió?

—¡Pero este buen señor ha visto el mundo por un agujero! Esas cosas no se usan sino en las novelas, don Filemón.

—Así es, señora; pero...

—Y si cada joven decente no tuviera más recurso para salvar a las que ha perdido, como dice usted, que casarse con ellas, esto sería como entre los turcos: el que no tuviera diez mujeres... tendría veinte.

Y misia Encarnación se echó a reír.

El cura se mordió los labios, y cuando hubo dominado la ira dijo:

—También es así, señora; y ésa acabará por ser la única habilidad de los jóvenes decentes.

—Vaya, don Filemón, no sea intransigente, que se pone en ridículo; usted, un hombre tan criollo, metiéndose en novelas, ¿no ve que es un despropósito? ¡Ya se pasó el tiempo de la gente romántica! Esa muchacha no perderá nada, vamos, nada que tarde o temprano no hubiera perdido; en cambio ganará bastante. Usted dice que ella está aquí, con mi hijo. Bueno, pues, cuando mi hijo se aburra de ella, lo que no tardara mucho, porque así es él de impresionable, la soltará. Yo ahora no sé dónde vive, pero la buscaré; la consolaré como pueda, sin que lo sepa mi hijo, porque esto sería fomentarle las mañas; le daré plata; los duelos con pan son menos. Y si ella y él son prudentes, el novio no sabrá nada, a menos que... vamos, la pobre no tenga suerte y se... bueno, pero no sucederá; el novio no sabrá nada. Se lo contarán después que se case, y entonces no tendrá más remedio que perdonar. No crea, don Filemón, no le costará tanto; sobre todo si la muchacha le lleva unas cincuenta vaquitas, por ejemplo... estas gentes son así...

Don Filemón se levantó de la silla para no reventar de indignación, y tomando su bastón y su sombrero dijo con una calma que le costó gran esfuerzo:

—Señora, no tenemos el mismo modo de ver las cosas. Sucederá al-

go de lo que usted ha dicho. Su hijo se cansará de la muchacha y la echará a rodar; pero sucederá también algo que usted no ha dicho, ni yo me animo a pronosticar. Yo conozco a las gentes que su hijo ha ofendido y sé hasta dónde las ha ofendido. Lo que no sé es hasta dónde serán capaces de perdonar y olvidar, cuando esa pobre niña, que era todo su amor de gentes sin amores, vuelva ¡si vuelve! ultrajada, sin esa flor de la alegría de los pobres, que es la inocencia.

Y alzando la mano como un profeta de la Biblia, contó a la dama, que lo escuchó temblando en su alma, a pesar de la fingida sonrisa, la eterna parábola:

"Había dos hombres en una ciudad, el uno rico y el otro pobre. El rico tenía muchas ovejas y muchos bueyes; y el pobre no tenía más que una oveja pequeña que había criado en su casa, y había visto crecer junto con sus hijos, y comía de su pan, y bebía en su casa, y dormía en su regazo, y era para él como una hija. Y sucedió que habiendo llegado un forastero a casa del rico, no tomó éste para banquetearlo de sus ovejas ni de sus bueyes, sino que tomó la única oveja del pobre y la aderezó y la sirvió al hombre que había venido a su casa..."

Dos o tres días más anduvo don Filemón dando vueltas en busca de su ovejita descarriada, aguardándolo todo de la casualidad; y al fin, aburrido y sin esperanzas, volvió a su rebaño, enfermo y hastiado de aquella gran ciudad, que albergaba tan grandes miserias.

Fue al rancho de Germán, y halló al paisano en un rincón, taciturno, sentado junto al brasero, cebándose mates interminables, que se enfriaban en su mano porque apenas los gustaba, con los ojos claros fijos en el horizonte que se veía por el cuadro estrecho de la puerta, y con el pensamiento errante y distraído, como si persiguiera sus últimas míseras ilusiones de pobre que huían...

Don Filemón habría querido sondearle el corazón, para ver qué extraños dolores guardaba en él, pero no pudo sacarle de su sombrío mutismo.

De la ausente, ni él ni el paisano dijeron nada, ni había para qué. Desde el día en que se fue, su recuerdo llenaba todos los pensamientos, y cuando dos personas se miraban en aquella casa, no necesitaban hablarse para cambiar pesadas tristezas.

Germán no salía ya al campo. Abandonó a su hijo el cuidado de las chacras y de los animales. El mozo, empleado en las canteras de la Cum-

bre, venía de cuando en cuando y apenas cuidaba nada.

La próxima cosecha de maíz sería la última que levantarían en aquellas tierras que no eran suyas. El pleito se había fallado, y no le quedaba más que la medallita de terreno en que estaba asentada la casa, y algunas lomas estériles, cubiertas de churquis, que ramoneaban las cabras a falta de algo mejor.

El fallo era de primera instancia, pero él se conformó y no quiso apelar. ¿Para qué? ¿Qué podían importarle ya esas cosas? ¿Su hijo? Su hijo era fuerte y sabría ganarse la vida

Un día vio subir por el camino del arroyo a un agrimensor con sus banderitas y un aparato.

Frente a su rancho, casi en el mismo patio, plantaron un mojón.

Aquello le dolió en la carne viva. Se levantó rígido con los brazos en alto, como herido por una corriente eléctrica, y quiso gritar. Pero volvió a caer pesadamente en su silla de paja, y hundiendo la cabeza en las manos lloró por primera vez en su vida... ¿sus tierras!

Pocos días después vio pasar algunos hombres plantando postes a lo largo de la nueva línea de mojones. Hicieron un alambrado de seis hilos, y ya ni sus cabras pudieron ir a pacer en las lomas verdes, so pena de sacar el pellejo horadado por los alambres de púas.

Una tarde Antonio le trajo una carta. Era de Fabián que aún no sabía nada, y hablaba de Rina con palabras fulgurantes de amor a través de su torpe estilo.

Antonio la leyó con voz fuerte.

¡Qué hoja afilada se le hundía en el alma al viejo, cada vez que en la carta venía el nombre de la hija!

— ¡Ah, ella volverá! ¡Ella volverá! —clamó al fin con voz ronca—, y yo la mataré...

Antonio lo miró. En los ojos claros de su padre, brillaba una llama trágica. El joven comprendió que aquel hombre, al decir eso, podía no mentir, y en su corazón rencoroso entró una áspera alegría.

— ¡La mala criatura! —pensó, y saliendo al patio, con el puño cerrado amenazó a la ciudad que adivinaba a lo lejos, tras de las sierras, donde se había guarecido la mala criatura.

LA CIUDAD

A la luz de las estrellas se dilataban los rieles plateados sobre el terraplén, que se internaba en la noche.

Rina marchaba azorada, hiriéndose los pies con los durmientes mal cubiertos. Parecíale que la seguían de cerca, y llena de angustia huía, ansiosa de llegar a aquella plena oscuridad, creyendo que allí nadie la vería.

Pero nunca llegaba. Cuando salió la luna, aumentó su miedo, porque a la luz del astro se llenó de extrañas sombras la barranca, en que como una culebra se deslizaba la vía.

Tuvo mucho miedo, pareciéndole que a su lado corría una de aquellas sombras.

El cielo, limpio cuando ella partió, comenzó a llenarse de nubes negras que, de cuando en cuando, envolvían la luna, dejando la tierra sumida en una espantosa oscuridad.

Rina, como todas las gentes del campo, era medrosa. Necesitaba ser muy grande el terror que había provocado su fuga, para vencer el otro miedo que ahora la acongojaba, miedo a los muertos, miedo a los condenados, miedo al alma de su madre que quizá sufría por el pecado abominable de la hija.

Con ganas de llorar a gritos, pensó volver atrás; pero le aterrorizó la idea de que su padre se habría despertado ya y estuviera esperándola en la puerta.

Entonces echó a correr desesperada, y corrió cuanto le dieron las fuerzas, y cuando muerta de cansancio cayó entre los rieles, no fue capaz de reprimir un alarido de espanto que se le escapó sintiendo en sus manos un contacto húmedo y tibio.

¡Oh! qué alivio le inundó el alma viendo a su lado al *Negro*, el cuzco

fiel que la había acompañado hasta allí, y que seguiría acompañándola hasta el fin del mundo, si era su destino correr siempre.

Cogió la cabeza del perro y lo besó en el hocico con inmensa gratitud, sintiéndose aliviada de tenores.

Y volvió é emprender el camino. No quería que la tomara el alba cerca de Dolores.

Solía ser fuerte para la marcha, pero la excitación de sus nervios la había quebrantado.

A duras penas anduvo como tres kilómetros más. Medía el camino que hacía, en los postes del tren.

Cuando hacia el este, en el cielo, apareció una faja lechosa anunciando la mañana, comenzaba a caer una fría llovizna.

Rina, sudorosa por el ejercicio y la fatiga, sintió que el agua la calaba hasta los huesos.

Los rieles no iban ya por el fondo de la barranca, sino por lo alto de una loma. A lo largo de la vía corría una pilca, que Rina cruzó buscando un abrigo, un árbol, un peñasco, cualquier cosa que la amparase un poco de la lluvia, para descansar un rato.

Todavía la noche era bastante oscura. Echó a andar del otro lado de la cerca, y como se alejara bastante, no acertó a volver, y se perdió en una revuelta de lomas.

Sentíase sin ganas de dar un paso más; halló un algarrobo corpulento y se echó al pie, sobre la tierra seca. Era tal su cansancio, que no se habría movido aunque hubiera visto el camino.

Quedóse dormida, tiritando, bajo las ropas mojadas.

Creyó haber pasado durmiendo un tiempo inconmensurable, cuando se despertó presa de una pesadilla que le arrancaba sollozos. ¡Oh, su madre! su pobrecita madre a quien había visto en sueños, diciéndole que la perdonaba. Quiso abrazarla, y la imagen de la muerta se deshizo en sus manos, quedando sólo uno de esos hilos de la Virgen, que en primavera viene flotando en el aire, quién sabe de dónde.

Era ya de día.

La lluvia arreciaba y el algarrobo no la defendía gran cosa.

Levantóse, y el perrillo, que había dormido junto a ella, levantóse también, mirándola con sus ojos fieles.

Oyéronse ladridos cercanos, y aunque Rina amaba más la soledad

que la compañía, se alegró de estar cerca de algún rancho que pudiera servirle de refugio.

Le dolía todo el cuerpo como si tuviera las carnes machucadas y los huesos molidos; y su espíritu cansado estaba tan turbio, que apenas recordaba el porqué de lo que pasaba.

Como a media cuadra había un rancho de paja. No se veía a nadie, pero un leve hilo de humo que se alzaba, riñendo el aire azul, indicaba que alguien vivía allí.

Acercóse y llamó. Como en los cuentos de Candela, esperó que al llamar a la puerta saldría una viejecita medio bruja, pero no fue así. Salió una mujer joven, que invitó a la muchacha a pasar.

Rina entró y con medias palabras contó algo de su historia. La otra comprendió o aparentó comprender; pero era una mujer callada y no la interrogó. Vivía sola, con sus dos hijitos, uno de dos años y otro de meses. Su marido trabajaba en las canteras de la Cumbre, distante un par de leguas, y sólo volvía a su hogar los sábados por la noche hasta el lunes de mañana.

Mientras le decía esto, la mujer se fijaba en Rina, adivinando quizá en sus ojos inocentes y en su aspecto fino y acongojado parte de lo que ella no le había contado.

Enferma de cansancio y de tristeza, Rina se quedó allí dos días. Cuando se hubo repuesto, le entró fiebre de huir, porque temía encontrarse con el hombre que volviera de la Cumbre, y que pondría a Antonio sobre su pista. A la tercera mañana, mucho antes de salir el sol, emprendió de nuevo la jornada.

Marchó valientemente todo el día, que fue tibio y hermoso.

El perrillo trotaba detrás de ella.

Cuando veía a alguien en el camino, algún peón que iba de una estancia a otra, algún paisano que marchaba a caballo al pueblo en busca de provisiones, Rina temblaba de hallarse con una cara conocida; y el cuzco, como si tuviera el mismo miedo, se apretaba acongojado contra las piernas de su ama.

Al caer la noche, descendía la bajada de la Alta Córdoba. Bajo el arco del tren se detuvo sorprendida.

Al pie de la barranca, cerca de donde ella estaba, algunas mujeres que habían pasado el día friendo empanadas o chorizos, para vender a los

viajeros pobres, o a los changadores de la estación, se arrebozaban en sus mantos, y recogían sus enseres para marcharse.

Una de ellas, que vio a Rina indecisa como una paloma asustada, se le acercó y le dio una empanada:

—Sírvasse, niña, es recién hecha.

Rina la tomó, llena el alma de gratitud hacia la pobre y compasiva mujer; dio la mitad a su perro y se puso a comer el resto.

Frente a ella, casi a sus pies corría el río, y más allá, en un pozo oscuro, acribillado por las luces de los focos rugía la ciudad.

El murmullo que de ella se alzaba; el incesante rumor de los coches y de los carros que rodaban sobre el empedrado despereado y duro, el gemido del trole de los tranvías eléctricos, que cruzaban como exhalaciones a lo lejos, sacando chispas, el vaivén de las gentes, toda aquella vida extraña y bullente como la de una colmena, la llenó de tenor.

Vio pasar un hombre, y lo miró con miedo, porque era la ciudad.

Vio pasar un agente de policía, y pensó que era la ciudad.

Vio pasar un niño, vendedor de diarios, y también a él le tuvo recelos, porque era la ciudad.

No pensaba que cada ser, de los miles de seres que pululaban en el pozo oscuro, tenía una vida propia e independiente.

En su imaginación los juntaba a todos, y todos eran la ciudad; y sólo ella, de pie bajo el arco del tren, trémula de espanto y de frío, sólo ella era sola, era extraña, era desvalida.

Acurrucóse al pie del enorme paredón, porque los sollozos la ahogaban, y se puso a llorar.

— ¡Madre mía! ¡Madre mía! —clamó de lo hondo de su pecho, sin saber bien si invocaba a su madre muerta o invocaba a la Virgen.

El estridente ruido de un tranvía eléctrico que cruzaba a algunos pasos de allí y, más que todo, el grito casi humano de un animal dolorido, la hizo levantarse de un salto y correr hacia los rieles.

Sobre uno de ellos, en un charco de sangre, estaba su cuzquito muerto.

A la luz de un foco alcanzó a ver la última congojosa mirada de su pobre perrillo campesino que se moría; y sintiéndose más desamparada en medio de aquel remolino que comenzaba a tragarlos, perdió el tino y huyó.

No tenía fuerzas para remontar la cuesta de la estación, ni tenía valor para hundirse en la arboleda oscura que miraba a su derecha; y optó por cruzar el puente, corriendo hacia la ciudad que parecía ser su destino.

Corrió mucho, mucho; de cuando en cuando se sentaba para reponerse en el umbral de alguna puerta cerrada; y volvía a correr cuando alguien se acercaba a ella.

Por fin, no pudo más, y helada de frío por un viento que barría las calles, se guareció en un umbral, decidida a morir allí sin moverse, tan cansada estaba.

Pero la puerta se abrió, y salieron de la casa dos niñas.

Rina se quedó inmóvil, ¿para qué levantarse? ¡Que hicieran de ella lo que quisieran!

— ¿Qué hace aquí? —le preguntaron.

Ella murmuró una excusa:

—Estoy cansada; he caminado todo el día; vengo del campo.

— ¿Y adónde va?

Rina movió la cabeza: ¿adónde iba? No lo sabía ella misma; a ninguna parte; ni siquiera sabía por qué estaba allí. Contestó:

— No sé; no tengo conocidos en la ciudad.

— ¿No querría colocarse? Nosotras la tomaríamos de mucama; tendrá poco que hacer y... diez pesos mensuales.

La muchacha miró a las niñas, y como le parecieron buenas, dijo que sí.

Y esa noche, durmiendo en un cuartito solitario en el fondo de la casa, un cuartito que le habían dicho que sería para ella sola, en sus sueños habituales, que la hacían sollozar dormida, se mezcló por primera vez la idea de un gran reposo, como si su corazón perseguido hubiera logrado por fin esconderse bajo el manto oscuro y suave de su madre muerta.

VI

LA SIRVIENTA

Como estaba ansiosa de paz, inventó una pobre historia para explicar su llegada y tuvo la suerte de que se la creyeran.

Había entrado en uno de esos honorables hogares tan comunes en Córdoba. Era una corta familia compuesta de la madre, misia Antonia, dos hijas jóvenes alboreando en los dieciocho y los veinte años, Tere y Cata, y un hijo, algo mayor, León, que estudiaba medicina en Buenos Aires.

Rina oía hablar del niño León a propósito de todo, a la madre, que cada noche le escribía una cartita llena de mansos consejos; a las niñas, que no encontraban en Córdoba entera mozo mejor; a la cocinera, una negra vieja que lo había criado y lo adoraba, y que de cuando en cuando se gastaba los ahorros de algunos meses en comprar azúcar, frutas, huevos, para hacerle dulces, budines o masas, que le enviaba en grandes canastos con un estafetero del tren.

La casa entera vivía impregnada en el recuerdo del niño León.

Fuera de la cocinera y de Rina, no había en ella más sirvientes que una chinita de ocho a diez años, criada por la señora, que servía para los mandados y para que las niñas hicieran ensayos de todos los malos sistemas educacionales conocidos, y de cuando en cuando desfogaran en la criatura alguna llamada de mal humor.

Eran, en fin, buenas gentes, con vastas relaciones, larga parentela y mediocre fortuna, que el niño León iba limando sordamente.

La nueva mucama había caído bien. Las niñas, especialmente, la querían, porque era bondadosa y humilde al extremo; y la señora que la veía linda en edad peligrosa, se guardaba de mandarla a la calle, lo que la muchacha le agradecía en el alma.

Su vida fue grata en los primeros días que pasó, olvidada de todo,

como si así hubiera de vivir siempre.

Pero, esfumado el entusiasmo que despertó al principio, comenzaron a notar las niñas que era tarda en aprender las cosas, y empezaron a rociarla de consejos.

Llovían sobre ella a todo propósito, y no siempre venían envueltos en caridad.

Un día una de ellas la lastimó con uno de esos ásperos agravios, especialidad de las gentes de buena sociedad, que no pueden imaginarse que una sirvienta tenga el alma delicada, y como la muchacha se pusiera a llorar, la joven se echó a reír.

Rió también la hermana, y rió también la madre, que la llamó, ahogándose en risa burlona, “flor de la maravilla”. Y esa noche, ante las visitas habituales, la buena señora y las niñas, que no siempre tenían para sus conversaciones otro tema que el ponderar lo escaso y malo que andaba el servicio, contaron la pequeña aventura.

Cuando Rina entró con el café, todos los ojos se fijaron en ella, y una anciana que estaba al lado de misia Antonia le dijo al oído:

— ¿Sabe que parece demasiado formadita para ser soltera?

Misia Antonia nada dijo; pero sus miradas abarcaron el talle de la muchacha, que se puso roja de vergüenza, porque sin oír la frase comprendieron sus ojos, abiertos ya a las malicias, que las señoras presentían su historia.

Empero, aún podía Rina guardar su secreto. ¿Qué sería de ella el día que no pudiera más con él? Volvió a pensar en la muerte como en una libertadora, porque se sentía cansada y sin ganas de volver a huir, y temía que un día u otro su padre o su hermano, que seguramente la buscaban, hallaran su refugio.

Un día la casa se llenó de gritos de alegría porque había llegado el niño León, que, como todos los años en aquella época, venía a pasar unos días al lado de su madre.

Era la primavera, y aunque no había duraznos floridos que la anunciaran, Rina la sintió llegar estremeciendo todas las fibras de su cuerpo y despertando todas sus nostalgias.

La primera vez que la voz varonil de León retumbó en la casa, Rina se turbó, pareciéndole que vibraba en ella algo de la voz olvidada de Miguel.

A apurar el deshielo de ese corazón vino un pequeño incidente:

Una noche, en la mesa que servía Rina, León contaba a su madre aventuras de la Universidad. Entre los nombres de los amigos que citaba se mezcló el que encerraba todo el secreto de su vida.

Al oírlo, estuvo a punto de dejar caer el plato, que tenía en la mano, porque todo su cuerpo tembló.

Esa noche, cuando fue a dormir, y pudo en su cuartito, a solas, vivir su propia vida, lloró con ansias.

Dentro de ella se agitaba el pequeño ser, condensación viviente de aquel amor no extinguido aún.

Si se hubiera animado, habría ido a rogar al niño León que repitiera de nuevo ese nombre que la había hecho temblar, que le contara algo más, que le dijera cómo vivía, dónde y con quién vivía; si alguna vez, en sus placeres de rico, cuando la alegría desata las lenguas no había él recordado a la pobre paisanita que abandonó en un rincón de la sierra marcada con su amor para toda la vida.

Al otro día observó la muchacha los ojos del niño León fijos en ella.

Hubo un momento en que se quedaron solos.

— ¿Cómo te llamas? —le preguntó.

— Rina —contestó ella temblando, porque le pareció que adivinaba su pensamiento e iba a hablarle a Miguel.

— ¿De dónde sos?

—Del campo...

— ¿Lejos de aquí?

Rina vaciló un momento; ¿diría o no diría el nombre de su pueblo?

—De Dolores —repitió por fin, clavando sus ojos ansiosos en la cara del joven.

El no respondió nada y se fue, porque sintió pasos; pero a Rina le pareció que se iba preocupado: ¿por qué? ¿qué le importaba a él su nombre ni su vida?

Más tarde, mientras ella arreglaba el cuarto de las niñas, ausentes de la casa con su madre, oyó los pasos del niño León.

Tuvo miedo cuando él se le acercó y le dijo:

—En Córdoba hay dos pueblos que se llaman Dolores: Dolores de San Javier y Dolores de Punilla; ¿cuál es el tuyo?

—No sé, niño —contestó ella, que ignoraba todo aquello.

— ¿Es cerca de Capilla del Monte?

—Sí, niño, a una legua.

— ¡Ah! —dijo el joven, como si hubiera visto una luz.

Rina vacilaba en hablar.

El, sentado en una butaca, a los pies de la cama que ella arreglaba, la comía con los ojos. La belleza de la muchacha le iba encendiendo el corazón.

Poco acostumbrado a ahogar ningún deseo, seguro de que el mundo entero debía servir a su capricho, habló con triunfal insolencia.

Rina lo miró sorprendida, llena de espanto, sin comprender bien, y se arrimó a la pared buscando refugio. El la siguió impetuoso, y su mano brutal se habría asentado sobre ella si en aquel momento la campanilla del zaguán no hubiera sonado, anunciando que alguien llegaba.

Durante algunos días Rina vivió alterada, huyendo de León. Había adivinado todo su oscuro pensamiento, y se llenó de un asco inmenso.

Una noche la puerta de su cuarto fue abierta de un empujón y entró él.

Rina se despertó sobresaltada, se echó las cobijas sobre los hombros y se refugió en un rincón.

Él comenzó a mentirle como le había mentido el otro, con las mismas palabras, y las mismas promesas.

Ella se puso a llorar. ¿Así, pues, todos los hombres eran iguales? ¡Pobre de ella que llegó a creer alguna vez que el otro la había amado!...

Ante esa luz se sintió transformada.

El horror y el asco barrieron en su alma su estúpido respeto al amo; alzó con orgullo la cabeza y le dijo que saliera, que iba a gritar para que vinieran las señoras y las niñas, y vieran lo que valía su niño León.

Él se echó a reír, y le contestó sin alterarse:

—No, no vas a gritar, porque yo sé tu historia; y no es la que has contado a mi madre ni a mis hermanas; la tuya, la verdadera, yo la voy a decir si te movés... Y ¿a qué tanto disimulo, mi hijita? ¿A qué te haces la inocente conmigo que sé tu historia, porque me la contó Miguel?

Rina sintió pasar sobre ella una tormenta.

La pena de saber que su historia de amor corría pública entre los

amigos del hombre que la engañó, la anonadó.

Él la creyó vencida, y trató de acercarse, y ella dio un alarido de espanto, que lo obligó a huir, porque en el patio oyóse ruido.

La cocinera entró con una vela.

En el rincón del cuarto halló a Rina trémula de dolor y de frío y llorando como una criatura que ha perdido a su madre.

— ¿Qué es eso, hija?

— ¡Nada, nada! —murmuró la muchacha secándose las lágrimas—, un sueño, ya pasó.

No tenía fuerzas para levantarse, ni quería ser ayudada, porque no le viera el cuerpo deformado. Pero no pudo más, y la mujer hubo de tomarla en brazos; y vio, y comprendió todo.

— ¡Oh, hijita! ¿vos?...

— ¡Si, sí! —contestó Rina esquivando la cara—, por eso me vine de mi casa, por eso, y porque mi padre me iba a matar...

Y ahogándose en sollozos, contó a la vieja su historia, que pronto no podría quedar secreta.

La pobre mujer se lamentó con ella.

¡Oh, su niño León! ¡Mentira parecía que fuera igual a todos!

Al día siguiente Rina, con su atadito de ropa bajo el brazo, salió de la casa.

Como el día de su llegada, volvió a vagar por las calles, y a la tarde tomó el tren para Buenos Aires.

En el tren pareció que todos la miraban, y en medio de las gentes extrañas que llenaban el coche probó la sensación de una espantosa soledad.

¿Adónde iba? Ella misma no lo sabía. Era quizá el destino el que la llevaba a la ciudad lejana, donde corrían los días alegres del hombre que la había hundido en la oscuridad y la pena.

Un momento estuvo vacilante, a punto de bajarse; pero cuando el tren partió como un torbellino, se aplastó en su asiento, resignándose de antemano a todo, por la vaga esperanza que palpitaba en ella.

VII

LA ÚLTIMA ILUSIÓN

Cuando Rina salió del hospital, tenía su hijita tres meses, y era una flor viviente.

En la calle las señoras la detenían para besársela, diciéndole: "¡Qué linda es!"

Y era linda, en efecto, con sus grandes ojos azules, llenos de sorpresa; su carita redonda, de carne firme y pura; su boquita roja, fácil al llanto y a la risa, y sus cabellos dorados como las hilachas del choclo tierno.

La llamó Dolores en recuerdo de su pueblo y de su vida tan llena de ellos. La primera vez que la estrechó contra su pecho, le pareció que todas sus penas eran barridas de su alma por una violenta racha de amor.

Pero ahora, después de muchos meses de valiente lucha con la miseria, las penas comenzaban de nuevo a llover sobre ella.

Tres meses la dejaron estar en el hospital, donde ganaba su pan trabajando como en cualquier parte; pero un día le dijeron que otras pobres, mas desamparadas posiblemente, porque ella tenía una espléndida juventud, necesitaban el lugar que allí ocupaba.

Y tuvo que salir.

¡Ah! su juventud no era un amparo, acompañada de una hermosura que había madurado con la maternidad.

Si las señoras la paraban para ver a su hijita, los hombres, en la calle, volvían la cabeza para verla a ella; porque aun en la humildad de su traje y de su modo dejaba en los ojos la sensación de una belleza perfecta.

La línea exquisita de su cuerpo juvenil se dibujaba en un magnífico relieve, bajo su vestido humilde, mientras que la misma timidez y la misma inocencia de antes, temblando en sus ojos y en su boca de niña, mostraban la primavera de su alma.

Alquiló un cuartito en un conventillo de la calle de Rivadavia, y como era ignorante de todos los quehaceres de la ciudad, tuvo que dedicarse a lo único que sabía hacer, que era el más rudo de los trabajos. Desde la mañana hasta la noche lavaba ropas que le proporcionaba Francisca, "la Patrona", una mujer que corría con la dirección del conventillo por cuenta del dueño.

Rina, para quien desde el primer momento se mostró llena de zalamerías, acabó por aficionársele.

Dos veces por semana, ambas salían a llevar la ropa a sus clientes. Francisca cobraba y Rina recibía, sin contar, la porción que la otra le asignaba.

Cuando habían entregado la ropa y tenían los brazos libres, nunca dejaba la Patrona de llevar a Rina a dar una vuelta por la ciudad.

La muchacha accedía con pena, porque su hijita esperaba en el conventillo y su corazón de madre no descansaba lejos de ella.

Las calles más lujosas eran las elegidas por su compañera.

Rina, pegada a ella, por un miedo invencible a las cosas de la ciudad, se asombraba de tantas maravillas.

Al volver a su casa traía la cabeza dolorida y el corazón lleno de vagos anhelos.

—Si vos quisieras —solía decirle Francisca—, serías como aquella señora —y le mostraba alguna mujer hermosa, vestida como un hada, sola en su coche magnífico.

¿Por qué se lo decía? Rina no se atrevía a preguntárselo. Pero en los momentos en que desfallecía, cansada por la incesante tarea, como un mal pensamiento zumbaban en su memoria las misteriosas palabras: ¡Si vos quisieras!

¡Oh, ser rica! no tener que pensar más en el invierno triste que se acercaba, llenándola de terror, porque la Patrona la amedrentaba con el anuncio de las tremendas miserias que solían pasar los pobres cuando faltaba el trabajo; no temer más por su hijita, si a ella se le acababa la leche, que Dios le había dado abundante como una bendición; y luego, poder algún día volver a su casa, y amansar a su padre, devolviéndole las tierras que le quitaron, y vivir a su lado siempre, siempre, dedicada a cuidar a su hijita y a su viejo...

Para eso habría querido ser rica...

Una tarde en que las dos mujeres descendían por Florida, Rina, que se había quedado un poco atrás, lanzó un grito.

Por su lado, rozándola, y mirándola con la misma mirada de todos los hombres que se fijaban en ella, vio pasar a Miguel.

No podía haberse equivocado, porque habrían pasado mil años antes de que ella olvidara una sola línea de su rostro.

El seguramente la reconoció, porque vaciló un momento, como si hubiera visto aparecer un fantasma.

Pero las gentes marchaban tan de prisa que todo no duró más que un segundo.

La Patrona pregunto:

—¿Qué fue, hija?

—Nada, nada —contestó Rina serenándose—; me atropellaron y me asusté.

—¿Te miran mucho los hombres? ¡Aquí la muchacha bonita que no es rica, es porque no quiere serlo! Aquí los hombres... pagan caras las cosas buenas. Si vos quisieras...

Rina no la entendía; pero su pensamiento sereno y puro se había enturbiado como un arroyo en que beben las bestias.

En todo el trayecto no se atrevió a volver la cara, con la impresión de que él la seguía.

Sólo cuando entraron al conventillo, después de una verdadera fuga por las calles, arrastrando ella a Francisca con el pretexto de que su hijita se moría de hambre, se animó a mirar para atrás, y le pareció, a la media luz de la tarde, divisarlo en la esquina.

Corrió a encerrarse en su cuarto para estar sola.

Sobre su catre dormía Dolores.

Una mesita de madera blanca, un brasero donde hacía la comida, y en la pared un estante, eran todos sus muebles.

Rina contempló el cuadro habitual de su pobreza y recordó las palabras de la Patrona:

—Si vos quisieras...

Ese día había añadido:

—Yo conozco un señor que te daría coche y caballos y vestidos ricos.

— ¡Oh, mi hijita, mi hijita! —exclamó abalanzándose sobre la criatura y envolviéndola en una explosión de caricias—, ¡lo he visto!

La niña se despertó y se puso a llorar. La madre la besó en los ojos azules y límpidos, ojos que apenas tenía el valor para mirar de cerca, porque eran iguales a los del padre y la hacían estremecer.

Meciendo a la niña en sus brazos, después de darle de mamar, se quedó pensando en su aventura.

No podía saber si aquel encuentro le había causado gozo o pena. ¡Pena no!

Cuando se atrevía a llegar hasta el fondo de su alma, encontraba, escondido por el pudor y la vergüenza y el dolor de las cosas pasadas, un sentimiento indestructible y eterno, que vivía allí desde los tiempos en que ella se conocía, que parecía destinado a vivir siempre manteniéndola en una perpetua e indefinible esperanza.

Ella, que en las tristezas había aprendido a pensar, sabía bien que aquel encuentro no le causaba pena, porque a pesar de todo aún se sentía tan apegada a él como la carne a los huesos.

Pero no era gozo tampoco, porque todavía su corazón, como un perro castigado, temblaba de miedo delante del amo; miedo a todos los dolores, en que aquel hombre fatal había ahogado su juventud; miedo a los ojos duros de su viejo padre, que adivinaban la deshonra de su casa; miedo a los ojos tristes del cura, que leía los pecados; miedo al alma de su madre, que debía andar penando por ella.

Llamaron a su puerta, y entró Francisca.

Rina se alegró, porque estaba en uno de esos momentos en que el ánimo desfallecido busca un alma amiga a quien confiar una parte de la carga que le ahoga. Pero al ver la cara risueña y desvergonzada de aquella mujer, sintió que sería una profanación confiarle su secreto.

¡No, no, no! ¡Vivir con él, y si la ahogaba algún día, morir con él!... ¡Qué sabían las gentes alegres lo que era amar como había amado ella hasta el sacrificio!

—Rina —le dijo la Patrona—, hay una buena noticia; te traigo trabajo que te pagarán bien.

Hacía algún tiempo que a duras penas conseguía ropa para lavar; y como de eso vivía, la miseria iba entrando poco a poco en su cuarto, a pesar de toda su valentía.

La Patrona salió un momento y volvió con un gran atado.

—Don Salvador quiere que le laves la ropa. Está aburrido de todas esas lavanderas haraganas, que, por no cansarse refregándola, la blanquean a fuerza de soda, y la acaban... ¿sabes quién es don Salvador?

Rina había oído hablar de don Salvador Gargán, el dueño del conventillo, un viejo solterón, rico y avaro, que sólo gastaba sin tasa cuando tenía que satisfacer algún capricho mujeriego. Decíase que la Patrona debía la privanza de que gozaba a su disposición para servirlo en todo.

— ¿Es él? —preguntó Rina, dando los informes que tenía.

— ¡Hija! ¡Cómo te lo han pintado! Yo le he hablado de vos para interesarlo, porque en vez de ser avaro, como dicen esas malas lenguas, es sumamente caritativo. Mañana vendrá, y vos misma verás si es de él el retrato que me has hecho.

Al otro día, muy temprano, casi oscuro, fue Rina al lavadero. Grandes cristales de escarcha cubrían el agua que había quedado en la pileta. Hacía un frío terrible, pero ella se arremangó la bata y metió sus brazos desnudos y acostumbrados en el agua helada.

—No tenés por qué cansarte, muchacha —le dijo la Patrona—, no es tanto el apuro.

— ¡Ay! doña Francisca —con testó Rina—, si el dueño no tiene apuro, lo tengo yo. Quisiera lavar toda la ropa antes de las doce, para aprovechar el sol de la tarde, y poderla entregar a la noche.

La Patrona se le acercó y le dio un amistoso golpecito en la espalda:

—Don Salvador es muy caritativo; aunque no hayas concluido el trabajo, te lo pagará esta tarde; y si le pedís algo adelantado, también te lo dará.

Pero Rina no estaba hecha a esos pedidos, y continuó trabajando.

Al caer la tarde, recogida la ropa que un sol magnífico había secado del todo, se ocupaba en estirla en su cuarto, cantando una canción de la sierra, que sólo cantaba en los momentos alegres, cuando llamaron a su puerta.

Era Francisca con un señor muy bien vestido, en que Rina reconoció a don Salvador. Hallólo más viejo de lo que había creído, a pesar de los visibles esfuerzos que él hacía para tapar la edad. Alto, grueso, tenía la cara rojiza como hinchada; los ojos encapotados y azules animaban el rostro ajado; debía de teñirse el cabello y el bigote; pero el conjunto era distin-

guido e infundía respeto.

Rina bajó los ojos porque él la miraba. ¡Oh, la miraba como quien mira en el mercado una bestia que le han ponderado!

Y la Patrona en la puerta, con los brazos en jarra, observaba el cuadro, con la cara un poco nublada, porque en la expresión de él no se notaba ningún entusiasmo, sino más bien una gran frialdad.

La muchacha comenzó a apilar en una canasta las piezas de ropa.

La Patrona se puso a charlar para animar la escena, mientras don Salvador, con mirada experta, seguía todos los gestos de Rina, desde la punta de los dedos ágiles hasta el pie, desnudo a pesar de las frías baldosas del cuarto.

Debía ser muy sana y, aunque bonita de veras, no era "su tipo"; demasiado frágil, demasiado inocente, demasiado triste.

Pero pronto los ojos se le alumbraron de codicia, porque todo eso constituía una belleza nueva, que sólo se descubría contemplándola un rato; él le miraba las manos diligentes, los brazos arremangados, la boca, y espiaba sus ojos, para adivinarle el pensamiento, como quien busca en el agua transparente de un lago la joya perdida; y hallaba al fin que lo que en ella valía era aquella suave inocencia de su alma que, aun después de su desventura, siguió iluminando su cuerpo joven como una lámpara misteriosa.

— ¡Pero esta muchacha es divina! —pensó—, sólo que está muy mal vestida.

Satisfecho de su examen, se puso a elogiar el lavado de la ropa.

Dos o tres veces los dedos de ella, al tomar una pieza, se encontraron con los de él, y ella, sin saber bien si era por el respeto que le infundía o por otra cosa, retiró su mano.

Al irse, don Salvador besó a la chiquita, y dejó sobre la cama dos billetes nuevos de diez pesos.

Rina sintió un gran alivio al verse sola. Pero estaba contenta, vio el dinero, y aunque halló excesiva la paga, su alma sencilla no se avergonzó de tomarlo.

¡Y qué bien le venía! Hacía más de una semana que pasaba hambres ocultas, cercenando su comida para costear la de su hijita. Comenzaba a concluirsele la leche, y como si la niña hubiera adivinado que era hija de rico, privada del pecho de la madre, no quería alimentarse sino con las pas-

tas costosas que un médico le recetó. Era caro el remedio, pero Rina no sintió el sacrificio porque vio a la niña, que había enflaquecido, ponerse floreciente de salud en pocos días.

Así se había endeudado; pequeñas deudas que le pesaban como una montaña.

Los ricos que tiran cien pesos en un estéril capricho, no imaginaban qué fecunda alegría habría producido tal suma en la mano de esa pobre.

Al rato de haberse ido don Salvador y Francisca, tomó dinero y, dejando a su hijita a una vecina de cuarto a quien solía confiarla en sus ausencias, corrió a la calle a pagar una de sus cuentas más apremiantes, la de la botica, donde la habían amenazado con negarle crédito.

La cara de alegría con que cruzó el largo patio del conventillo llamó la atención de algunas vecinas, que ya estaban intrigadas con la visita de don Salvador.

— ¿Adónde irá esa palomita?

— ¡Mala tos le siento al gato!

Era ya casi de noche, y comenzaban a encenderse las luces de las vidrieras. Hacía un frío cruel y la calle estaba desierta.

Rina caminaba apurada, cuando le pareció que alguien la seguía.

Volvió la cabeza y tembló toda entera. Era Miguel; lo conoció sin verle la cara.

Como en ese momento llegaron a un sitio mal alumbrado, él apuró el paso y la alcanzó.

— ¡Rina! —le dijo.

Ella no se volvió. Miguel la tomó del brazo, que tembló en su mano, y la detuvo.

La muchacha, sin un gesto, sin una palabra, dócil, acostumbrada a obedecerle, se quedó quieta, afirmada contra la pared, los ojos bajos y las manos jugando aún con el dinero de don Salvador.

— ¡Rina! ¿Vos en Buenos Aires? ¡Cuánto me alegro de verte!

La muchacha no contestó.

— ¿Y tu padre, Rina?

Ella movió la cabeza y continuó callada.

— ¿Por qué viniste, Rina? El otro día te vi en la calle; vos también me viste; yo te seguí por saber dónde vivías y desde entonces te espío

en esta esquina para hablarte.

— ¿Y para qué hablarme? —se atrevió a preguntar ella sin mirarlo.

— ¡Oh, Rina! ¿Para qué? ¿Ya no te acordás?

Ella sacudió la cabeza como diciendo que no, y él se echó a reír.

Aquella risa tranquila e inconsciente la hizo sufrir; y él, que la vio cabizbaja, la tomó de la barbilla y le alzó la cabeza.

— ¡A ver la cara, Rina! Estás bonita, más... ¿cómo te diría? más madura. Hace un año eras más delgada. Yo no he cambiado, ¿me hallas igual?

Habían iluminado una vidriera frente a ellos, y la luz daba de lleno en la cara de él.

La muchacha no pudo resistir a la tentación, y lo miró en los ojos, que hacía tanto tiempo que no veía.

¡Oh, los ojos de Miguel, los ojos adorados de su hijita!

Sin poder evitar, como en un gran cuadro, contempló toda su vida, desde los tiempos en que ella le contaba cuentos que lo hacían dormirse con la rubia cabeza casi en su falda, o corrían por las lomas tardes enteras, volviendo a casa con las bocas teñidas de piquillín, hasta los tiempos en que ella, estremecida por la primavera, veía vestirse su alma con las flores rosadas del durazno.

El la hablaba, pero ella nada oía, porque seguía anegándose en aquel mar de recuerdos. Veía el durazno florido, veía las golondrinas que llegaban, veía las puertas del chalet que se abrían al verano, anunciando la venida de los dueños, veía los sauces del arroyo donde ella lavaba mientras él le mentía amores en los últimos días luminosos de su vida...

Miguel, que la notó abstraída, la tomó del brazo:

—Muchacha —le dijo—, ¿no sentís frío? No llevas más que ese trapo sobre las carnes.

Rina sacudió la cabeza y contestó con una sonrisa triste:

—Dios da el frío conforme a las cobijas.

El se rió también.

— ¿Tenés un hijo?

—Sí —contestó ella, mirándolo—; una chica; ¿cómo lo sabe?

—Lo adivinaba —respondió él mintiendo, porque lo sabía por León, que le había contado su aventura—. ¿Es linda?

Oyendo hablar de su hijita, ella se estremeció y se puso a llorar con

la cara oculta en las manos. Las lágrimas le brillaban entre los dedos.

El, que no comprendía aquel llanto, se fastidió. Pasaban algunas personas y podían fijarse.

—Vamos, Rina —le dijo—, no llores. Yo te voy a ayudar, de cualquier modo que sea; pero me vas a decir la verdad, la pura verdad... esa chica... ¿es hija mía?

Rina se incorporó como afrentada por un latigazo, y Miguel hubo, de repetir su pregunta.

"¡Oh, los hombres,, qué torpes habían sido! ", clamó la muchacha en lo íntimo de su corazón. ¿Entonces él, que había sido su dueño, que la había marcado para toda la vida con la marca ardiente y vergonzosa que ahora llevaba resignada, no la había comprendido?

Subió a su boca toda esa amargura revuelta, y la que había sido hasta entonces la humildad hecha carne, por primera vez habló con ese desdén orgulloso de los que nada esperan y nada quieren:

—Niño Miguel —le dijo—, usted no me conoce; usted que me engaño, porque yo tenía los ojos cerrados, no me ha conocido nunca y me ha creído una cualquiera. Bueno, usted es rico y yo no puedo ser más pobre; pero mi hijita, que es también su hija, no necesita su ayuda ni la de nadie; su madre trabaja y gana para ella... Adiós, niño Miguel, que Dios lo ayude.

El se quedó en la acera siguiendo con la mirada sorprendida la pobre silueta de la muchacha que se perdía en la noche, mientras ella se iba sollozando ante aquella grande y postrera desilusión de su vida.

VIII

EL MAL CONSEJO

Como un ciervo acosado por la jauría vivió Rina los últimos meses de aquel invierno.

Contra ella se habían conjurado las pasiones de los hombres y las desventuras de la vida.

Huyendo de Miguel, que no se resignaba a perderla, y sintiéndose débil, impregnada aún del viejo amor, cambió de habitación.

En la nueva casa la estrechó la miseria, porque nadie la conocía.

Cuando la Patrona, acongojada, fue a contar a don Salvador que la palomita había alzado el vuelo, él se frotó las manos:

—Mejor; la sitiaremos por hambre. Al fin de cuentas, yo venía a ser el mejor de sus clientes, ¿sí o no?

—Así es.

—Pues hay que seguirle la pista; y ya verás cómo la miseria la vuelve razonable.

Rina se había mudado sin decir dónde iba; pero la Patrona dio con su domicilio, y un día se le presentó.

La primera ojeada que echó en el cuarto de la joven la convenció de que don Salvador era un hombre muy inteligente.

En todos los detalles se pintaba la gran pobreza de Rina; la niña, que dormía en un catrecito, estaba demacrada; Rina misma, cuya belleza parecía invulnerable a todas las desventuras, había enflaquecido.

Doña Francisca entró abriendo los brazos:

— ¡Hija! ¡Dichosos los ojos que te vieron! ¿Así no más se va uno de una casa donde ha estado tiempos, sin decir nada a las relaciones, como una sirvienta que huye llevándose los cubiertos de plata?

Rina balbuceó una disculpa.

— ¿Y cómo va tu taller de planchado? ¿Hay trabajo? ¡Parece que sí!
—Y al decir esto la Patrona señalaba irónicamente con la jeta las dos o tres piezas de ropa que la muchacha estaba planchando.

—No sobra —contestó Rina—, demasiado lo puede ver usted.

—No te iba tan mal allá.

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué te mudaste?

Rina no contestó.

— ¡Ay, hija! Dios da bizcochos al que no tiene dientes.

—¿Por qué lo dice?

—Porque es una lástima que te mates trabajando...

—A mí no me mata el trabajo.

—Pero te mata la falta de él; y estás matando de hambre a tu hijita.

Rina miró al rincón en que dormía la niña. ¡Cómo había cambiado en pocas semanas! Las leches malsanas que tenía que comprar a los lecheros ambulantes, la alimentación deficiente, la falta de aire de aquel conventillo más estrecho, todo se conjuraba contra su chiquita.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

— ¡Qué voy a hacer, doña Francisca!

— ¿Qué vas a hacer? ¡A tu edad, con tus condiciones, yo no me lo preguntaría dos veces! Si vos quisieras... vivirías como una reina.

Rina comprendía ahora perfectamente qué significaba aquello.

La primera vez que la patrona se lo explicó, se echó a llorar indignada; y la otra se puso a reír, diciéndole: " ¡Vaya con la niña pudorosa! ¡Si querrá hacerme creer que su hijita le viene del aire! "

Y Rina, avergonzada, no se atrevió nunca a protestar.

El primer paso es el que cuesta. Después la pendiente es fácil y hasta agradable. ¿Qué tenía que perder, ella que había dado ya el primer paso?

Cuando la Patrona salió, dejando sembrada la mala semilla, Rina, sin ganas de trabajar, soltó la plancha, y trancando la puerta para que nadie entrara, se echó a la cama a revolver sus pensamientos.

¡Ni una luz en el horizonte de su vida! Había tentado hacer de todo, porque el taller no le daba ni para pagar las deudas que la ahorcaban. Se

ofreció de sirvienta, pero no halló quién quisiera sirvienta con hijo. En alguna casa la habrían aceptado, pero... era demasiado bonita. Un hombre, en la calle, le propuso que se fuera a vivir con él. Otra vez, habiendo entrado a ofrecerse a una casa de buen aspecto, halló que era el nido de dos o tres parejas jóvenes elegantes, que vivían allí vergonzosamente. La habrían tomado, pero Rina huyó.

Alguna vez pensó en la muerte como en un gran descanso, pero aún la desventura no había conseguido matar su fe religiosa, que vivía en su alma desolada como una flor eterna.

Su fe de que si ella se mataba, su hijita, que moriría también, se iría al cielo, y ella, condenada por suicida, no la vería más, alejaba de su mente el mal pensamiento.

Largo rato pasó echada en la cama, hasta que acabó por quedarse profundamente dormida.

Despertóla su hija, que lloraba con su llanto entrecortado y débil como un gemido.

Durmiendo, trabajando, andando en la calle, siempre el grito de la criatura la perseguía, como si viviera dentro de ella, como si fuera el ruido de un barreno que le estuviera perpetuamente taladrando los oídos y el alma.

Las palabras de doña Francisca cruzaron mil veces por la memoria de Rina, que pasó la noche desvelada por aquel llanto: "Estás matando de hambre a tu hijita".

¡Y así era! Había visto muchos médicos y todos fueron de la misma opinión.

¡La amargura infinita que le anegó las entrañas, cuando por primera vez le dijeron que su hijita se moría de hambre!

Cuando el alba, un alba de primavera, derramó su luz sobre la gran ciudad, lavando las tristezas de la noche, Rina saltó de la cama, donde se había dormido vestida.

Miró el sol que bañaba un campanario, única cosa visible por la ventanita de su cuarto, y lo saludó con cierta alegría.

Había pensado y soñado mucho y veía ahora su camino.

Era inútil que, con su orgullo de paisanita tenaz, se empeñara en rechazar el auxilio de los que podían ayudarla. Si hubiera sido sola, habría vivido o se habría muerto sola. Pero no podía sacrificar a la inocente.

Iría a casa de Miguel, y buscaría a su madre y le presentaría la nieta.

¿Tendría la señora el valor de rechazarla cuando ella le tendiera los bracitos, cuando viera su carita enflaquecida y sus ojos azules iguales a los del hijo idolatrado? ¿La dejaría morir de hambre, ella, cuya caridad elogiaba todo el mundo, porque jamás salían los pobres de su casa sin el alivio de una limosna o de un consuelo?

Rina tenía ya el corazón lleno de gratitud...

Vistió a la criatura con sus pobres ropitas limpias, todo su lujo, y salió.

En la puerta de la calle, la encargada del conventillo la detuvo.

—Señora —le dijo con dureza delante de una rueda de vecinas que comadreaban en el zaguán—, ¿cuándo me paga? Hace dos meses que entró y hasta ahora no se ha hecho ver.

Rina miró a todas las mujeres con ojos azorados.

— ¡Oh! no crea que me olvido; pero no tengo trabajo; usté lo ve; no gano nada; lo primero que gane será para usté. Aquí tiene mi llave, vaya a mi cuarto y regístrelo todo, no tengo nada, nada... se lo juro por mi hijita.

Lo decía con vehemencia, porque veía en las caras la misma sonrisa despiadada y hostil con que todo el mundo la perseguía.

¿A qué debía ello, que era con todas dulce y humilde, ese odio inmerecido?

—Siempre es así —contestó la encargada, dirigiéndose a las otras vecinas, que se rieron—, paga con buenas palabras.

Le tomó la llave y la dejó salir.

En la calle, el aire fresco, la luz del cielo recién lavado por una lluviecita caída esa mañana, calmaron la desesperación de la muchacha, que tenía ganas de llorar y de morirse, y le devolvieron un poco de alegría.

En el vestido de percal y la bata sencilla se veía toda su pobreza, pero veíase también su cuidado diligente, en armonía con su gesto y sus modales.

A pesar del tiempo que llevaba en la ciudad, ni un detalle de su tocado mentía en ella. Peinábase como en la sierra, un peinado liso, que partía sus cabellos en dos trenzas recogidas alrededor de la cabeza.

Y así, tranquila y modesta, aun lejos del marco natural de su belleza, era linda hasta hacer soñar con ella.

Caminaba aligerada por la nueva ilusión, apretando a su hija contra el pecho, como si hubiera estado por perderla y ahora supiera el modo de conservarla.

Al llegar a la calle en que vivía Miguel, empezó a desvanecerse su esperanza: ¿no era una locura lo que iba a hacer? Pronto dio con el número. Era una gran casa de un solo piso, con balcones de mármol.

—Allí vive él —se dijo, contemplando las persianas cerradas—, no lo veré, pero veré a su madre.

Oprimió el timbre del zaguán y una intensa angustia le apretó el corazón, pensando que en aquel gesto sencillo echaba para siempre la suerte de su vida.

¿Y si la rechazaban? ¡Oh, entonces!...

Salió una sirvienta joven y peripuesta, como una señorita.

Con la voz temblorosa preguntó Rina por la señora.

—No sé si está —contestó la muchacha—, ¿cómo se llama usted?

Rina vaciló un momento; ¿tendría que dar su nombre?

—Dígale que está Rina —dijo; y viendo a la otra indecisa, porque le parecía insuficiente la seña, añadió en voz baja—: Rina, la hija de Germán Castillo.

— ¡Ah, sí! —exclamó la sirvienta, comprendiéndolo todo.

Era bastante temprano para encontrar levantadas a las señoras del gran mundo; pero misia Encarnación no era dormilona y, cuando recibió el mensaje, hacía rato que ya estaba vestida, pronta para salir a algunas diligencias matinales.

¡Rina!... ¿la recibiría?... ¿qué podía querer? ¿no le bastaba haber explotado al hijo y quería también explotar a la madre?

—Trae una criatura en los brazos —observó la mucama, intrigada por esa indecisión.

—Pues bien... ¡que no estoy!

Salió con la respuesta un poco decepcionada, porque habría deseado presenciar el recibimiento de aquella muchacha, de quien tanto se había hablado con medias palabras en la casa; pero oyó de nuevo la voz de la señora:

—Espera un momento.

Hábíale entrado la malsana curiosidad de conocer a la nieta.

Desde la sala podía verla sin ser vista.

Corrió y con mano trémula apartó los visillos y miró.

Había pasado ya un rato y la esperanza de Rina comenzaba a desvanecerse, entrándole en su lugar una gran zozobra.

Misia Encarnación observó aquella cara angustiada; pero no se le ocurrió que aquella angustia pudiera ser sincera.

— ¡Dios mío! —se decía—. ¡Qué gentes! ¡Cómo falsifican los sentimientos! ¡Cualquiera la creería incapaz de romper un plato! Y quién sabe lo que habrá rodado después de “lo de mi hijo...” No le han de faltar protectores, porque bonita, es bonita, ¡justicia al mérito! Y la criatura... ¿será o no mi nieta? Por la edad podría ser, pero... ¡Oh! ¡Los ojos de Miguel! — exclamó un momento en que la niña miró hacia ella, con sus grandes ojos sorprendidos e inocentes.

En un instante se presentaron al espíritu de misia Encarnación todos los argumentos que podían hacerse para decidirla a su favor, todos los que le habría hecho don Filemón, cuya austera figura la perseguía en sueños, y al mismo tiempo todos lo que ella podía oponerle sacados de su biblia mundana, llena de aforismos útiles para todas las causas.

La inmoralidad que habría sido proteger a esa desgraciada: el aliento que le daba a su hijo, si de esa manera reparaba las consecuencias de sus vicios; el peligro de frustrar el único medio de regenerarle si la novia rica se enteraba de que esos amoríos no fueron tan platónicos... ¡Qué desastre si Dorita llegaba a saber que Miguel tenía un hijo!... Y había que decirle pronto que se fuera, así a secas, que se fuera, sin darle nada, porque si algo sacaba aquella vez, volvería, y un día u otro, allí, en la puerta de su casa, habría una escena...

Llamó sofocada a la sirvienta y le repitió:

— ¡Que no estoy! —Pero triunfando un poco la caridad que la había hecho célebre, añadió con magnificencia—. ¡Dale estos veinte centavos!

Y volvió a situarse en su observatorio, curiosa por observar la cara de Rina.

Cuando ésta vio venir a la sirvienta con la respuesta, que era su vida o su muerte, sintió un vértigo, se le aflojaron las piernas y cerró los ojos...

Una ráfaga de arrepentimiento castigó el corazón de misia Encarnación ante aquel infinito desconsuelo. ¡Si habría hecho mal!

Pero no tuvo tiempo de pensar ni de decidir otra cosa, porque Rina,

indignada por la limosna, que indicaba claramente que la señora estaba, pero que no quería recibirla, se marchó sin estirar la mano.,

Tanto orgullo irritó a la dama. Y, tranquila en su conciencia, la dejó marcharse con su miseria, con su negra desesperación a costas, con su hijita en los brazos y con el encanto fatal de sus diez y ocho años ignorantes...

Desorientada como una persona a quien han dado un golpe mortal, caminó Rina dos o tres pasos y se detuvo en la acera.

La sirvienta en el umbral la seguía con la vista.

La última esperanza brotó en ese fondo inagotable de esperanzas que tienen los desgraciados. Comprendió que la muchacha había conocido quién era ella, y desechando todo disimulo se le acercó:

— ¿Y él —le dijo—, está él?

— ¿Quién?

El niño Miguel.

—El niño Miguel no vive aquí —contestó la sirvienta, sonriendo con malicia; y añadió, haciendo ver que también ella conocía el valor del mozo—. ¡Y aunque hubiera estado! ¡Buena pieza es el niño Miguel!

— ¿No vive aquí? —repitió Rina sin comprender—. Sin embargo...

— ¡Vamos! vive y no vive; porque las más de las noches las pasa fuera, en otra casa que ha puesto... ¿me comprende?... con una señora de esas... de esas que andan en el corso, a la tarde, en auto de librea, con un perro... ¿pero usted no me comprende?

¡Oh, sí la comprendía! Una llamarada de cólera azotó el rostro de Rina. El hombre que no hacía mucho le juró, como en la sierra, para que se fuera con él, que no querría nunca a otra mujer, el hombre por quien ella se había hundido en toda aquella miseria, vivía la vida infame de todos ellos... ¡oh, los hombres!

Miró a la mucama, y hallándola bonita, cruzó por su mente uno de los primeros malos pensamientos de su vida:

— ¡También ésta conoce el mal, pero ha tenido más suerte que yo!

Se fue corriendo porque su hijita había comenzado a llorar y era la hora en que solía darle la leche.

Las lágrimas que la indignación no dejaba brotar se le desataron de golpe al entrar en el conventillo, viendo amontonados en el patio, su mesa, sus planchas y el catrecito en que dormía su criatura. A la puerta de su

cuarto había pegado un cartelito: "Se alquila".

Se puso a llorar.

¿Así, pues, ella no tenía ya dónde vivir? ¿Su hijita esa noche dormiría al raso? ¡Oh! no llegaría a la mañana siguiente. Se le moriría en los brazos, y eso al fin, sería lo mejor. Después ella se mataría y ¡que Dios la perdonase! ¿Qué iba a hacer ella en el mundo, lleno de malos hombres y de mujeres perdidas?

La criatura seguía llorando. Algunas vecinas contemplaban la escena. Una de ellas se acercó y, acariciando a la niña, preguntó:

— ¿Por qué llora la chiquita? ¿Está enferma? ¿De qué está enferma?

Rina alzó la cara, bellísima en sus lágrimas, y contestó:

— ¡De hambre! —y se echó a reír con malignidad. La vecina le trajo una taza de leche.

Rina se la dio a la niña que se durmió.

— ¡Oh, mi chiquita, mi chiquita! —exclamó—, ¡yo tu madre, te estoy matando!

Recordó las palabras de doña Francisca: "Si vos quisieras..." Y como si le infundieran valor, llamó en voz alta a la encargada del conventillo.

Esta no vino, y entonces Rina, sintiéndose igual a todas ellas, gritó a las vecinas:

—Díganle a esa mala mujer que yo no necesito este montón de pobrezas... Que se lo dejo para ella... Que los dos meses que le debo se los vendré a pagar mañana o pasado en coche de librea... ¡oh! ¿Se ríen? ¡Ya verán!

Y riéndose ella también a carcajadas, salió del conventillo disparada, como un hondazo.

Detrás de ella quedó el comentario.

— ¡Pobre mujer! —dijeron algunas.

— ¡Está loca! —observó otra.

—¿Qué quiere usted, doña Cayetana —explicó una mujerona que hacía medias en la puerta de su cuarto—, "la vida"... lleva a eso.

IX

LA FLOR DE DURAZNO

Rina corrió algunas cuadras. Después, cuando se dio cuenta de que todo el mundo la miraba, y que algunos curiosos la seguían, se calmó y se detuvo un rato a pensar.

¿A pensar qué? ¡Ya todo estaba pensado! El mundo entero pensaba por ella... Si todos lo querían así, ¿qué estúpida era ella que pretendía luchar contra todos! ¡Sería "eso"! Era su destino: sería "eso" que todavía le daba repulsión nombrar. ¡Bah! Cuestión de tiempo y de costumbre. Suerte para ella que no rodaba hasta el fondo, como otras; bajaba sólo unos cuantos escalones. Iría a don Salvador y le diría: " ¡Aquí estoy; haga de mí lo que quiera! "

Buscó en su memoria la dirección de Gargán adonde había ido alguna vez a llevar la ropa, y recordando que era en la Avenida Alvear, torció el rumbo que seguía.

No quedaba lejos de allí. Era una casa con grandes jardines... ¿La alojaría allí o la tendría en otra casa, como la hubiera tenido Miguel? Ahora sentía profundo desprecio por éste, y se alegraba de no haber ido con él, que era pobre, al lado de don Salvador, millonario.

Llegó a la Avenida, y como caminase absorta en lo que iba pensando, estuvo a punto de ser atropellada por un milord que pasaba descubierto y a gran trote, llevando una mujer joven, hacia el lado de Palermo.

Rina se quedó contemplando ese cuadro.

¡Así iría ella dentro de pocos días! En un coche igual, lujosa como una reina. No saldría nunca sola; sino con su hijita, a la que vestiría siempre como se visten los niños en los cuentos de hadas.

Con gran ternura miró a la niña dormida.

¡Oh! ¡Coches, caballos, vestidos! ¡Qué le importaba todo eso!

Iría a don Salvador y le diría: "Aquí estoy: deme de comer para mí y para mi hijita; dame plata para comprarle las cosas caras que ella necesita, y después haga de mí lo que quiera".

Sería la esclava sumisa, sin voz, sin capricho, del hombre que salvara a su hijita... Para ella no pedía nada... que hicieran de ella una reina o que la arrojaran como un trapo sucio.

En la espantosa sequedad de su alma, aquella ternura se infiltraba como un bálsamo.

Siguió aprisa su camino hacia donde la llevaba la suerte.

Contó varios chalets. Uno, dos, tres... Al sexto llegaba.

Todos tenían verjas a la calle y parecían canastas de flores en aquella luminosa mañana de primavera. Las enredaderas trepaban las rejas y estiraban sus ramas floridas hasta ella, que al pasar aspiraba con fuerza la fragancia nueva de las flores mezcladas.

De repente se paró, con la boca abierta y los ojos grandes, grandes, mirando una rama que caía hacia la vereda y que ella podía tocar con la mano.

Era un durazno; un durazno que había florecido tarde y estaba ahora como solía estar el durazno del patio de su casa, cuando las primeras golondrinas.

¡Oh, aquella suave fragancia de la flor del durazno! ¡Cómo le llegó al alma, sacudiendo sus recuerdos de niña!

No pudo resistir, y como una ladrona estiró la mano y cortó la rama y huyó por la calle atravesada, hasta hallar un umbral, donde se dejó caer besando la flor y mojándola en unas lágrimas calientes, que le subían del corazón.

¡La flor del durazno que en los tiempos felices le anunciaba la llegada de la primavera! Por un momento volvió a ser la rústica paisanita, inocente y pura, que sentía su alma conmovida viendo el durazno en flor y pasaba las horas muertas en las frescas mañanas mirando correr el agua evocadora del arroyo, cargada de hojitas

¡La flor del durazno!

Repetía con delirio la frase entera, porque le parecía que el solo nombre le traía tanta fragancia al alma como la misma flor.

Llena de nostalgias y lavado su corazón en aquellos limpios raudales de recuerdos, sintióse otra, se alzó del umbral, y con paso rápido siguió por

la misma calle que la alejaba de la casa fatal adonde iba, apretando, con las manos que apretaban a su hijita dormida, la flor del durazno.

Caminó así un trecho, hasta que sintió, sin saber bien si era su imaginación desatada la que se la traía, una música bien conocida en ella.

Tenía al frente una iglesia pequeña, y por su puerta de par en par salía a torrentes la vieja melodía del *Venid y vamos todos*.

¡El mes de María!

Hacía mucho tiempo, desde que llegó a Buenos Aires, que no ponía los pies en una iglesia. Imaginábase siempre que Dios, airado con ella, la arrojaría de su santa casa.

Pero esta vez se sintió fuerte y dulcemente atraída por aquella música que hacía brotar en su alma tantas flores, que entró llena de filial confianza y mezcló su voz a la voz de todas las gentes, cantando la canción de la Virgen:

Venid y vamos todos,
Con flores a porfía,
Con flores a María
Que Madre nuestra es.

En la bóveda de la iglesia, en uno de los arcos, leyó Rina la misma leyenda en latín tantas veces leída en Dolores, y cuyo significado preguntó un día a don Eugenio: *Monstra te esse mattrem*.

— ¡Madre mía! —exclamó desde lo más oculto de su corazón martirizado—, yo iba a perderme y me has salvado. Madre mía, yo no tengo madre a quien contarle mis tristezas, y a vos te las cuento. Mi hijita se muere; y yo te la doy para que vos la hagás un angelito de tu trono; y te la doy contenta; pero si me la salvaras, yo tendría en qué pensar y a quién querer y me sería más fácil ser buena, buena, ¡oh, mi madre, qué buena sería yo si mi hijita sanara!

Cuando salió de la iglesia iba llena de una nueva y santa alegría que había brotado en su alma aletargada, como brotaban en primavera las flores del durazno que parecía seco.

TERCERA PARTE

I

UNA IDEA DEL CURA

A fuerza de paciencia había logrado don Filemón tener una huerta de frutales.

Un año y otro año plantó arbolitos, luchando con la hormiga y la helada, y regándolos a mano con el agua del arroyo, que a un costado de su propiedad corría por el fondo de una barranca. Un año y otro año luchó, porque quería mostrar a los paisanos que allí, en Dolores, la tierra era tan buena como en cualquier parte, y que era una vergüenza que no tuvieran más fruta que la traída en árganas del otro lado de la sierra.

Cuando un arbolito moría, plantaba otro, y no descansaba en sus cuidados hasta que lo veía arraigar profundamente en el suelo firme. Entonces seguía extendiendo su huerta, con nuevas hileras de duraznos, de perales, de manzanos, de guindos, de damascos o de higueras en las orillas. A todos sus amigos les pedía plantas; y su alegría era grande cuando de la estación le avisaban que debía mandar a buscar una encomienda.

— ¡Mas plantas! —decía, y él mismo se iba a traerlas, para que no se las estropearan.

A lo largo del arroyo había plantado sauces llorones y álamos, y cercado la propiedad con tunales, que defendían la huerta mejor que todos los alambres de púas.

Muerto de envidia, don Eugenio espiaba los progresos de la huerta de su amigo, a quien sin embargo, daba cada año centenares de gajos de sus propios árboles, y cuando la vio concluida y mejor que la suya, no queriendo ser menos, hizo él nuevas plantaciones, y para triunfar de la sequía que diezmaba los arbolillos tiernos, instaló un molino, que en los días de

buen viento casi dejaba en seco el arroyo de Dolores.

Desde entonces don Filemón soñó con el molino. Un buen día, de la estación le avisaron que había una carga para él.

Corrió a traerla, creyendo que serían plantas, y encontró un lío de hierros y caños y alambres.

— ¡Santo Fuerte! —exclamó el cura apretándose la cabeza—, si esto no es un molino...! ¿qué diablos será?

Y era un molino que le regalaba uno de los veraneantes ricos, a quien esa temporada había enviado los primeros canastos de fruta.

De este modo, las dos quintas que vivían mirándose separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquello era un sueño.

Un día don Eugenio dijo a su amigo:

— ¡No sé qué voy a hacer de mi fruta! Se me va a podrir en los árboles.

— ¡Qué barbaridad! —exclamó don Filemón—, ¡podrírsele en los árboles! ¡Véndala!

—No hay quién la compre.

—Déla.

—Desde que usted da la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta, a bajarla.

—Bueno; démela a mí.

—¿Y qué va a hacer usted de ella?

— ¡Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! Vea, hace cinco años que estoy empeñado en la lidia de mi huerta peleando con todo el mundo, con las hormigas y con los muchachos que me destrozan los árboles por robarme los duraznos verdes, y con los paisanos que se negaban a regarme las plantas, cuando no tenía el molino, y voy a contarle para qué quiero y mi fruta y toda la que me den.

Y don Filemón desarrolló la vasta idea que hacía años trabajaba en su cerebro.

Durante el verano, la gente podía vivir en Dolores de las mil pequeñas industrias que nacían con la venida de los veraneantes. Pero desde el otoño, en aquella tierra de latifundios, el paisano cargado de familia que no

tenía más que su rancho y un pañuelito de tierra donde por pereza nada sembraba, se habría muerto de hambre sin el recurso de colocar a los hijos en la ciudad, en casa de familias ricas.

Nada era que se colocaran los muchachos, aunque volvían con muchos vicios y pocas habilidades. Pero ¡las hijas! ¡Allí estaba la espina dolorosa que llevaba el cura clavada en el corazón!

Las pobres muchachas serranas, que entraban en la vida del pueblo ignorantes y deslumbradas, como palomas que en medio de la noche han visto la luz, volvían ¡si volvían! llenas sus almas de vagos anhelos, perdida la paz, perdida la sencillez de costumbres, perdida la inocencia, cuando no perdida la honra.

Él, que sabía tantas cosas, porque a sus ojos se abrían los corazones como un libro, ya no se animaba ni a dar consejos, viendo que la necesidad de vivir podía más que su palabra.

Cuando se fundaron las canteras de la Cumbre, creyó resuelto el problema, porque, empleándose los hombres, tenía la familia qué comer. Pero el cebo de una ganancia mayor siguió desparramando a las muchachas en la ciudad, donde fácilmente se colocaban de sirvientas.

Era preciso buscarles trabajo en Dolores mismo. Revolviendo su idea, el cura pensó en la fruta, que podía constituir una industria para la región.

La rivalidad que nació entre él y don Eugenio con motivo de su huerta, le llenó de alegría, porque haciéndose un rival, se hacía un aliado para más tarde. Por eso nunca desperdició ocasión de torear al jefe, cantándole las excelencias de la quinta.

La primera cosecha de fruta la repartió entre los veraneantes, porque aún era poca.

Cuando el otro año vio los árboles desgajándose, se frotó las manos y comenzó a mezquinarla.

—El cura no da fruta —decía la gente—; ¿se la pensará comer toda?

— ¡Bozales! —refunfuñaba él cuando sentía el comentario—. ¡No malician que la guardo para que ellos la coman!

La mezquindad del cura hizo más apreciada su fruta.

Por eso, cuando un día invitó a todas las mujeres del pueblo a que fueran a la huerta, la casa fue una romería.

Don Filemón púsolas a pelar duraznos, y al fin del día las dejó ir,

dando a cada una algunas monedas y unos cuantos racimos de uvas.

Aquello se repitió mientras hubo duraznos que pelar.

Cuando concluyó con su huerta y con la de don Eugenio, había alrededor de la casa innumerables zarzos cargados de pelones, y en la gran despensa que mandó hacer a propósito, de adobe y techo de paja, un enorme depósito de toda clase de frutas.

Más tarde, cuando vino el invierno, a las muchachas que quedaron en la sierra, don Filemón las hizo ganarte la vida holgadamente haciendo dulces.

En ese verano volvió Rina a la casa de su padre.

II

¡PECÓ DE IGNORANTE, SEÑOR!

Aquel domingo, fue día de gran calor, pero don Filemón no lo sintió, porque pasó las horas más crueles durmiendo su siesta, bajo un parral que sombreaba el patio.

Cuando despertó, se fue a la huerta. Soplaba viento, y el molino, que no tenía por qué descansar los domingos, trabajaba sin ruido, enviando el agua al gran tanque situado en lo más alto del terreno, desde donde se repartía como una bendición.

Tenía el cura dividida su propiedad en siete partes iguales, tan ingeniosamente cruzadas por canales que llevaban el agua de árbol en árbol, que no se perdía una gota.

Regando cada día una de las partes, como en Dolores no falta viento, al fin de la semana toda la quinta había bebido y estaba fresca y limpia, mientras las chacras vecinas, aun las cruzadas por el arroyo, ardían a los rayos del sol, esperando la lluvia del cielo.

Don Filemón gustaba de ir especialmente los domingos a su huerta, porque ese día toda entera se envolvía en el reposo y el silencio.

Su gran alma simple sentíase convidada a pensar en las cosas lejanas, en sus proyectos, en sus ilusiones, en sus amores de cura, en sus alegrías y en las tristezas que no faltaban nunca a su corazón de apóstol.

En el fondo de la heredad crecía con una lozanía extraordinaria uno de los primeros perales plantados por el cura. La tierra era allí más limpia de guijarros y más cargada de humus, y bastaron cinco años para que ni en lo de don Eugenio hubiera sombra como la del peral.

El agua debía pasar ese día por allí, y don Filemón la aguardaba, sentado en un banco rústico que él mismo había labrado al pie.

Como la pendiente era pronunciada, el agua llegaba al peral haciendo

remolinos alegres y dejando oír, cuando todo callaba, su murmullo apacible, como la voz de las personas modestas y laboriosas.

Esa vez llegó cargada de hojitas secas recogidas al azar, y el cura estaba entretenido en quitárselas con el bastón para que corriera más, cuando le pareció que alguien entraba por la puertecita falsa de la huerta.

No solía recibir visitas los domingos, porque, dando toda su vida a los otros, gustábale tener un día para él. Pero cuando su ama había dejado pasar aquélla, alguna razón habría.

Miró fijamente, y su corazón latió con violencia:

— ¡Oh, Señor, Señor! —exclamó contemplando el cielo en un gesto de gratitud—, ¿no es mi Rina?

La muchacha avanzó hasta él con timidez, como si le faltaran las fuerzas, como si el cura, que se había puesto de pie, fuese su juez y estuviera allí para condenarla. Llevaba su hija en brazos, su hijita que observaba con ojos asombrados aquellos paisajes conocidos de su madre.

Antes de llegar, Rina se echó de rodillas, y escondió el rostro avergonzado. El cura se le acercó y, lleno de misericordia, la hizo levantarse y la llevó hasta el banco.

— ¡No, no! —protestó Rina, negándose a sentarse y poniéndose de nuevo de rodillas—, así estoy bien. El cura la dejó hacer y después la habló:

—Te esperaba, Rina —le dijo.

—¿Me esperaba? —preguntó ella alzando la cara mojada en llanto.

—Te esperaba hoy, porque te he estado esperando desde que te fuiste... Estaba seguro que volverías. ¿Esta niña es tuya?

—Sí —hizo ella con la cabeza, bajando de nuevo los ojos.

—¿Cómo se llama?

La madre dijo el nombre.

— ¡Dolores! —repitió el cura aprobándolo—. ¡Bien puesto!

Se levantó, tomó la niña de brazos de Rina y la sentó en sus rodillas y acarició sus cabellos enrulados y le besó las manitas.

En el silencio de la huerta, en que sólo se oía el rumor del arroyo, se escucharon las palabras del cura, mas no el llanto de Rina, que sin embargo brotaba continuo, pero silencioso como el agua de una fuente.

—Entonces, usted, señor cura... ¿me perdona?

—¿Venís de tu casa? ¿Has visto a tu padre?

—No; he venido primero aquí, pero iré a casa de tata, si a usted le parece...

—Sí, sí; y a él tenés que pedirle perdón...

—Y también a usted, que me dio consejos que yo no seguí...

— ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

Ella, segura de que en él encontraría el consuelo y el amparo que buscaba, le contó su triste aventura, desde el día que huyó de su casa, perseguida por el honor de su culpa, hasta el día en que al borde del otro abismo la detuvo la mano santa de la Virgen. Saliendo de la iglesia, donde cantó su canción de niña, vagó por las calles, hasta que se sintió cansada, y se sentó en el banco de una plaza. Una señora se le acercó, y conocedora de su miseria, porque ella le refirió su historia, le dio con qué volver a su pueblo. Y allí estaba, esperándolo todo de él, aunque nada merecía, esperando siquiera una buena palabra que la animara para los nuevos dolores que presentía.

Cuando ella concluyó, él, hombre fuerte, encanecido en propias y ajenas luchas, no pudo contener sus lágrimas.

Acarició la cabeza de Rina, arrodillada a sus pies, y sintió un gran consuelo.

— ¡No ha cambiado mucho! —se dijo, viendo su pobre traje, su peinado sencillo, su modo humilde y tímido, sus ojos luciendo todavía la inocencia que él tanto cuidó en ella... y con inmensa tristeza pensó en el gran pecado del que, por un miserable capricho, había estropeado aquella obra maestra de Dios, arrojando a la sombra una vida nacida para la luz; y sus labios doloridos murmuraron por él una súplica: "¡Perdónalo, Padre, porque no supo lo que hizo! "

— ¡Oh! ¡No supo, no supo! —repitió con vehemencia, tomando la cabeza de Rina entre sus manos llenas de misericordia—, ¡pecó de ignorante, Señor!

Rina oyó, y creyendo que de ella hablaba, su cuerpo entero tembló con la alegría del perdón:

— ¡Usted me perdona, usted me perdona! —clamó la infeliz.

—Sí, hija mía; yo te perdono en nombre de Dios que ve los corazones. Ahora, cuando llegue la noche, para que nadie te vea pasar, te vas a tu casa a buscar el perdón de tu padre.

— ¿Y él? —preguntó ansiosa Rina—, ¿me perdonará como usted?

El cura comprendió la desconfianza de la muchacha, por lo duro y rencoroso que era su padre.

—No importa —dijo después de un rato de silencio—, has pecado contra él, contra la honra de su casa, contra lo que él más quería en el mundo, y si su perdón tarda, será ésa tu expiación.

— ¡Y no podría usted, que tanto puede con él, ir a verlo antes que llegue yo? —insinuó Rina, que temblaba—. ¿Sabe? —añadió con una sonrisa que quiso disfrazar un poco su terror—, es capaz de matarme.

— ¡No, no, no! —exclamó don Filemón—; anda vos la primera; si yo le anunciara tu llegada no querría recibirte; si vos vas sola, es tu padre, y en medio de su cólera hablará el gran cariño que te tiene.

Rina se levantó para ir, como el cura le dijo, a pedir refugio a doña Floriana hasta que viniera la noche y pudiera llegar a su casa sin ser vista de nadie.

Pero no tenía ánimo para apartarse de aquel lugar en que se sentía protegida, como si hasta ella bajase el alma de su madre envolviéndola en su amparo.

Alzó a su hija que, sentada al borde de la zanja en que el agua corría, había pasado el tiempo embarrándose las manitas, y se agachó a besar la mano del cura.

Don Filemón vio la mirada de angustia de la muchacha, y comprendiendo la tristeza infinita que anegaba ese pobre y débil ser, que llegaría temblando a la casa de su padre y no encontraría en ella el amor que le hacía falta para vivir, quiso prodigarle la caricia que no iba a tener, y tomándole la cabeza entre sus manos paternas la besó en los cabellos.

—Para que te libre Dios de los malos pensamientos, ¡hija mía!

III

EL HOGAR DESHECHO

En un rincón del rancho, adonde apenas llegaba la luz de una vela de sebo pegada en la pared, junto a un brasero ahogado ya por la ceniza, cebando mates, que apuraba sin placer, aguardaba Germán la hora del sueño.

Tarde solía llegarle su único descanso. En la vigilia, una idea amarga y sombría como el mar, que roe las altas costas, turbaba sus horas.

Muchos días habían pasado desde que se fue su hija, y su rencor se había ablandado un poco en el dolor de la ausencia sin noticias.

¿Donde estaba? ¿Qué era de ella? ¿A qué dolores y a qué miserias había descendido?

En los primeros tiempos, de cuando en cuando recibía carta del conscripto, que revolvía toda su cólera como un tifón revuelve el mar.

Traía siempre una fecha atrasada y un nombre desconocido, algún puerto lejano donde tocaba el buque-escuela en que el mozo hacía la campaña.

Y venían todas palpitantes, en su rudeza, de un amor lleno de ingenuo entusiasmo.

—"Rina —decía en una—, el mundo es grande y hay muchas mujeres, y yo he visto ya tantas; pero mi carne ha quedado allá, con mi pensamiento y con vos. Yo me imagino que el que viaja aquí, no soy yo sino mi sombra, o que este viaje es sólo un sueño. Rina, ¿pensás vos en mí como yo pienso en vos?"

El mozo lo ignoraba todo.

Más tarde, como nadie le contesta., tras algunas quejas, dejó de escribir.

Germán sintió que perdía otro hijo; pero se alegró; porque aquellas cartas llegaron a ser su pesadilla.

Un año después de Rina se fue Antonio, sin decirle nada; pero, como sucedió eso al recibirse en el pueblo malas noticias acerca de María, Germán comprendió que se iba por no vivir en aquellos lugares donde florecieron sus ilusiones de novio.

Y él quedó solo, con el alma ulcerada, viviendo de lo poco que le daban sus pobres chacras, y de la majadita de cabras que se iba comiendo.

No tenía más compañía que la de su perro León. Alguna que otra vez iba el cura a verle; pero eso le desagradaba, porque don Filemón le hablaba siempre de perdón y de olvido, y él no quería ni olvidar ni perdonar.

¡Ah! ¡Qué borrascas se alzaban en su alma, cuando miraba las torres del chalet! Si él no hubiera vendido su tierra, aquella maldita casa no estaría allí, ni sus dueños habrían venido nunca, como amigos, a robarle su hija.

Una extraña enfermedad iba quitándole la vista.

Un médico le vio un día, y le dijo que aquello era la ceguera sin remedio.

Él se encogió de hombros.

— ¿También eso? ¡Bah! ¡Lo que se ha de empeñar que se funda!

Y deseó morir; pero de noche, en su rancho solitario, cuando afuera el viento arrasaba las lomas pedregosas, silbando entre los churquis, él, que creía en Dios y en las cosas de la otra vida, se llenaba de pavor a la idea de irse al otro mundo con el alma cargada de odios.

Un día comenzó a sentir, con la vejez que cerraba sobre él, un hambre loca de ver a su hija.

— ¡Ella volverá! —había dicho siempre—, ¡y yo la mataré!

Pero ahora que empezaba a ansiar su vuelta para tenerla al lado de su cama cuando él estuviera para morir, para que ella llamara al cura y con sus manos cariñosas le dulcificara la agonía, pensaba de otro modo. — ¡Y moriré antes que ella vuelva!

Nunca pudo imaginársela alegre en la vida a que se había entregado. En sueños la veía, pero era siempre la misma Rina que él conoció, luz de su hogar, era su Rina engañada, perdida en aquel antro misterioso de la ciudad, deshonrada y rodando por el mundo, y acordándose de su pobre padre que tanto la quiso.

— ¡Oh, si ella volviera! —exclamó una mañana, con el corazón ablandado por el dolor de haber visto a su hija en sueños—; ¡si ella volvie-

ra aunque fuera así! . . . ¡aunque fuera así!

Y se enterneció tanto, que él, duro como sus montañas, lloró con un llanto convulsivo de viejo, cuyos párpados gastados no tienen ya lágrimas, sacudiéndose su cabeza gris entre sus manos crispadas y temblorosas.

Pero aquellas buenas horas eran pocas y a menudo una ráfaga del antiguo rencor barría en su corazón las desacostumbradas ternuras, y lleno de cólera exclamaba:

— ¡Oh, si ella volviera! ¡La mala hija!

Esa noche, persiguiendo con la imaginación las cosas tristes de siempre, apenas oyó que llamaban a su puerta.

El segundo golpe que dieron le hizo prestar atención.

¿Quién podía ser?

Se alzó trabajosamente de su silla de paja, y abrió la puerta.

Entró su perro, que no ladraba al visitante, como si éste fuera de la casa, y luego entró ella.

— ¡Rina! —dijo el viejo con un ronquido.

Los ojos marchitos de Germán alcanzaron a ver una criatura, detalle que evocaba ante él toda la historia de esa ausencia.

— ¡Oh! ¡La infame, la desvergonzada! —exclamó acometiéndola con el rudo puño alzado, y golpeándola con furia.

Rina sintió que una montaña se desplomaba sobre ella; quiso cubrir a su hija, pero recibió un golpe que la abatió por tierra y perdió el conocimiento.

Germán se enderezó, creyendo que la había muerto. La criatura había rodado hasta un rincón del rancho y lloraba con fuerza. El no oyó su llanto, y la olvidó; oía dentro de sí una voz que cubría todos los ruidos del mundo, y sentía un dolor que lo ahogaba.

Echóse sobre la silla, y sin darse cuenta tomó el mate y la pava, y luego arrojó con ira las dos cosas.

¡Había muerto a su hija! ¡Él tenía que morir también! Pero, no; no podía haberla muerto; nadie muere de un bofetón; si quería matarla, tenía que herirla con el cuchillo.

Se acercó a la muchacha tendida en el suelo. Oyó que respiraba, y, más tranquilo, se volvió a su silla.

¡Matarla! ¿Para qué? ¿Qué había hecho? ¿No era al fin él el culpable

de todo, porque vendió su tierra y llevó el enemigo a su casa para que le robara su hija?

Con la cabeza hundida en las manos, mirando morir los carbones encendidos, dejó correr estúpidamente las horas.

La luna había salido; un golpe de viento abrió la puerta, y entró por ella una ancha faja de luz que envolvió el cuerpo de Rina.

El viejo se levantó a mirarla.

¡Cómo se fundieron en su alma los rencores a la vista de aquellas facciones queridas, evocadoras de otros tiempos!

¡Su Rina! ¡Qué mundo poblado de cosas alegres y tristes palpitaba en ese nombre!

¡No la había muerto, no! ¡Ni la mataría! La necesitaba para él, ahora que nadie la quería; para él solo, que había temblado tantos años pensando que alguna vez podía perderla. La había perdido, pero ahora la recobraba, y en adelante no podría perderla otra vez. Para verla bien, con su vista débil, se acercó más y tocó su frente con la punta de su dedo, y tembló al contacto de aquella carne fresca que cedía; la miró más de cerca aun, y arrastrado por un torrente de cariño atrasado, la besó en esa pobre frente, amoratada por su mano; la besó en los ojos cerrados; le besó las manos, endurecidas por la pobreza; le besó los pobrecitos pies lastimados por la larga jornada de ese día.

Un rato pasó así, acariciándola.

Después se acordó de la criatura que, cansada de llorar, se había dormido, y sintiendo que todo su odio se concentraba sobre ella, que la iba a matar si la veía, y que su cólera lo avasallaría y mataría a la madre y después se mataría él, sin mirar para su lado huyó del rancho y fue a la cocina a tenderse como un perro sobre la ceniza fría del fogón.

* * *

Una caricia, que le trajo el recuerdo de los tiempos pasados, despertó a Rina, que se alzó con el cuerpo dolorido, pero con el alma en paz. Era *León* que le lamía la cara, mostrándole que la reconocía, aunque esa noche había llegado como una mendiga a la casa de su padre; ¡León que había aceptado ya a su hijita, cuyas manitas inocentes martirizaban sus largas orejas!

Rina acarició el perro fiel, que era como el alma de las cosas que tanto había amado, y al hacerlo le pareció que se reconciliaba con todas ellas.

Su padre no estaba en el rancho; muy temprano ensilló su caballo y se fue a aquietar el mar de sus resentimientos en la paz de los campos.

La ausencia de Rina veíase en todos los detalles de la casa; el rancho estaba más sucio; las ropas de su padre, colgadas de los mismos clavos de antaño, tenían una capa de polvo; la cama de madera de algarrobo en que durmió su madre y en que había dormido ella, no tenía mantas y el colchón estaba roto. Su padre pasaba la noche sobre el apero, en la cocina, o sobre un catre de guascas, que vio cerrado en un rincón. Había un cuadro con una Virgen de los Dolores que ella amaba mucho, porque se lo regaló el cura el día de su primera comunión; aún pendía a la cabecera de la cama, pero tenía el vidrio roto y el polvo y las moscas habían ensuciado la estampa.

En todas las cosas conocíase la falta del ama que las cuidase.

Sólo el paisaje no había cambiado; era el mismo sol iluminando los mismos campos pardos con manchas de un verde alegre en las chacras de maíz; eran las mismas montañas, las eternas, lejanas montañas azules.

El balido de las cabras en el corral le recordó que era hora de ordeñarlas.

Al venirse a la sierra traía la ilusión de que su leche pura y sabrosa devolvería a su hija la perdida salud.

Por eso, corrió con alegría a la tarea. Pero en el patio se detuvo. Allí faltaba algo, que la puso pensativa. ¿Qué era lo que allí faltaba?

¡Ah! ¡Su durazno, que florecía en las primaveras, a la par de su alma!

En el invierno se había secado y Germán cortó su tronco inútil para apuntalar la ramada.

Los ojos de Rina se llenaron de lágrimas.

Estaba acostumbrada a ver en el durazno, que plantó su madre el día que a ella la bautizaron, un símbolo de su vida, y su muerte la entristeció como un augurio.

¡La muerte! Pero ahora que estaba bien con Dios ¿qué habría sido para ella la muerte sino el gran descanso de su alma fatigada?

Sintió una racha de desaliento abatirse sobre ella. Pero resuelta a ganarse el perdón de su padre y la salud de su hijita con sus manos laboriosas, arrojó de su mente las estériles y enervadoras cavilaciones que en otro

tiempo la perdieron, y con una fuerza nueva, que le pareció ser el perdón del cielo que obraba ya en ella, se puso a la labor silenciosa de reconstruir el hogar deshecho.

IV

EL AMOR DE LOS POBRES

Tampoco para él había cambiado el paisaje. El arroyo corría siempre bajo los mismos sauces llorones, que dos años antes vieron la despedida del conscripto y de su novia.

Amaba aquel sitio escondido y silencioso, porque fue testigo del único momento feliz de su pobre vida, cuando ella, descansando en su pecho fuerte su cabecita delicada, cerró los ojos y se dejó besar.

— ¡Oh, Rina, Rina! —exclamó Fabián, que ante ese recuerdo se sintió enternecido hasta las lágrimas.

Palpitaba tan locamente su corazón, que a ratos se ahogaba.

Para calmar sus nervios, sentóse en la piedra blanca en que ella solía lavar. Había en todas las cosas que veía, detalles que delataban su paso por allí. Era una pieza de ropa tendida al sol. Era un miserable pedacito de jabón, olvidado sobre la ancha laja, que atraía sus miradas; eso lo había tocado ella. Era la senda angosta, que sus pasos abrieron en la gramilla, por todas partes tupida y fresca.

Con su imaginación de hombre silencioso la veía de nuevo, tal como la vio la última vez. En la mañana de aquel día tan lejano, ella fue como de costumbre a lavar en el arroyo. Estaba triste, porque venciendo la timidez que a su lado lo ataba, le hablaba de amor.

¿Por qué no supo antes que ella lo quería? ¿Por qué aguardo ella para decírselo el último momento en que él podría verla, llenándose de su visión como se llenaba del agua del arroyo, cuando volvía sediento del trabajo?

— ¡Rina, Rina! —volvió a clamar en voz baja, porque necesitaba oír su nombre en aquel lugar.

Se acostó en la hierba, porque a su pesar, él, que llevaba aún el traje

de sargento de la marina, él, que había visto sin miedo muchas tormentas que hicieron palidecer a los ya avezados al mar, sentía ganas de ponerse a llorar.

¿Qué era, pues, lo que le amargaba la dicha inmensa de volver?

En aquellos dos años de ausencia no recibió ninguna noticia de su pueblo. Parecíale que el tiempo se había hundido vacío en el misterio en que se pierden las cosas, y que era el día siguiente al en que ella le juró no olvidarlo.

¿Habría cumplido su promesa?

¡Ella era leal! La había visto crecer como un hermano ve crecer a su hermana, y tenía la memoria llena de sus bondades. En toda su vida ella no había dejado nunca de cumplir con su deber, ni nunca fue capaz de hacer sufrir a nadie. Recordaba aún que un día, hacia el fin del verano, la vio salir llorando del chalet, abandonado ya por sus dueños, porque había hallado tres palomitas muertas en una jaula. Ella, que así lloraba por unas palomitas, ¿habría sido capaz de matarlo a él engañándolo?

¿Por qué, entonces, cuando él bajó en la estación y preguntó por Rina, el que le contestó que vivía aún con su padre tuvo una sonrisa compasiva?

¡Qué daño le hizo esa sonrisa! Si ella lo hubiera olvidado, él, que se sentía incapaz de vivir sin ella, como era incapaz de vivir debajo de la tierra, sin aire y sin sol, se dejaría morir de hambre para acabar con todo.

¡No; no podía haberle olvidado! Mas, ¿por qué entonces aquel silencio de dos años, que lo había hecho vivir sin esperanzas y en la noche, como si el sol no hubiera lucido diariamente sobre los mares que su suerte le llevaba a cruzar? ¿Por qué aquel hombre se había sonreído al hablarle, como se sonríe la gente mala ante un marido engañado?

¡Dios! ¡No quería pensar más! Le entraba una desesperación infinita, que le hacía arrancar con ira la hierba del suelo, y comenzaba a creer en su desdicha.

¿Qué habría hecho él sin ella?... Se puso a llorar, y como las lágrimas ablandan las asperezas, presintió en sí lo que habría hecho: la habría amado a pesar de todo, siempre, siempre, hasta que ella, algún día, compadecida, le devolviera gota por gota todo el cariño que él le daba a torrentes.

Con los ojos mojados, miró los sauces, miró el arroyo, miró la piedra blanca en que ella diariamente se hincaba a batir su ropa, miró todas esas cosas tan mezcladas a la vida de ella, que parecían vivir y sentir a su lado

como seres amigos...

¡Qué mudas eran! ¿Por qué no hablaban para contarle la verdad antes de verla?...

Se levantó de un salto y subió corriendo por el sendero que llevaba hasta la casa. Aunque eran pocos pasos, llegó agitado, con el corazón que estallaba en su pecho.

Se detuvo de improviso, porque la vio y fue como si hubiera mirado el sol. Estaba en la galería, cosiendo sentada en el umbral.

¡La había visto tantas veces en esa santa y adorada postura!

Absorta en su labor, Rina no alzaba la cabeza ni le podía ver, porque estaba casi de espaldas. Y él se deleitaba en mirarla, con la misma adoración de los tiempos en que le parecía inaccesible. Veía sus brazos arremangados, sus manos laboriosas, su cuello fino, su orejita delgada, el perfil suave de su rostro, su frente, su nariz, su boca, luminosas en el aire dorado de aquella siesta de otoño. No veía sus ojos y, como era lo que más amaba en ella, avanzó impetuosamente y se arrojó a sus pies y se puso a besarle las manos.

— ¡Rina, Rina!

Rina lo miró asustada, sin reconocerlo.

— ¡Fabián! —exclamó luego, y escondió la cara y se echó a llorar—. Fabián, Fabián, ¿para qué has venido? Y él se incorporó, sintiendo que aquel grito, apenado y vergonzoso, le entraba en el corazón como una puñalada.

— ¡Rina! ¡Mi novia! —balbuceó con miedo.

En ese momento, Dolores, la chiquita, que ensayaba ya sus pasitos vacilantes, salió del cuarto y, viendo a aquel hombre desconocido, se agarró del vestido de su madre.

— ¡Mamá, mamá! —gritó aterrorizada.

Fabián le agarró la cabeza, y acercando su cara a la de Rina, quemándola con su aliento, le preguntó:

— ¿Es tu hija?

— ¡Sí!

— ¿Te has casado?

— ¡No!

— ¡Oh! —Crujieron los dientes del hombre, como si hubiera querido

deshacer su desesperación entre ellos, y viendo a la pobre mujer que lloraba apretando a su hijita, que lloraba también, quiso aumentar aquella inmensa pena con algo de la que se desbordaba en él, y la escupió en la cara, y pegó la boca sanguinolenta a la oreja de ella espantada, y le gritó con furor:

— ¡Mala mujer!

Y huyó como un asesino, perseguido por el perro, desgarrándose las manos y la ropa con los churquis espinosos.

* * *

En el mismo sitio, al pie del frondoso peral donde oyó la confesión de Rina, a la misma hora, cuando los árboles se llenaban de sombras y perdían sus perfiles, y en la huerta se alzaba como un incienso el aroma de las flores que se abren en la noche, recibió don Filemón la extraña visita de Fabián.

Había andado errante dos días entre las montañas, con su dolor y sus celos, celos bestiales, con la carne erizada al recuerdo de que Rina lo engañó, y volvía como un lobo acosado por el hambre. Tenía hambre de verla, porque ahora se sentía más irresistiblemente arrastrado a ella, ahora que sabía que ella había sido amada de otro. ¡Oh, era hermosa! ¡Cómo la odiaba y habría deseado verla muerta! ¡Muerta por él! ¡Y cómo se sentía aún todo suyo, más incapaz que nunca de vivir sin ella!

Ansiaba saber quién era el que así había destrozado su vida, si era del pueblo, si era de la ciudad, si era pobre y podría ir a insultarle y pelearse con él, o si era rico y tendría que dejarlo pasar; agradecido todavía porque se dignó pensar en su novia.

El nombre de ese hombre rico le sonaba en los oídos, como el sonido de una campana que hemos escuchado largo rato. ¡Ya se imaginaba quién era!

Sus celos crecían como los torrentes en los tiempos lluviosos; porque ella no había caído como todas las de su raza, con cualquiera, sin elegirlo ni pensar en él; sino que había ido a caer con el que desde niño llenó de ilusiones la ignorancia de ella y de amarguras la juventud de él.

En el largo silencio de las noches pasadas sin dormir, había aprendido a cavilar. Dos días anduvo merodeando como una fiera hambrienta, mirando de lejos al pueblo, hundido en la frescura del valle.

— ¡Qué calma! —pensaba él, envidioso, viendo los techos de paja, sembrados en los campos verdes—; ¡qué calma la de las gentes que aman y persiguen las cosas que se pueden alcanzar, y no los sueños, como él!

Al segundo día sintió sed, y corrió buscando una vertiente, y bebió hasta saciarse; y cuando hubo bebido sintió un hambre de lobo que ha pasado el invierno bloqueado por la nieve; y a saltos bajo la ladera, lastimándose las rodillas y los codos cada vez que rodaba la piedra en que asentaba el pie.

Caía la noche cuando llegó a la casa del cura.

Entró en la cocina y pidió de comer. La vieja criada, sin conocerlo, le dio pan y leche y un trozo de carne fría, y lo dejó solo porque tuvo miedo.

Pro él no comió, y volvió a salir impaciente y afiebrado. Halló a la criada que le espiaba, y le preguntó por el cura, y fue a buscarle al fondo de la huerta, y se echó a sus pies sollozando, y le contó su vida.

Mucho sabía ya el cura, y lo dejó hablar acariciándole la cabeza con su mano bendita, que le hacía bien.

Cuando hubo concluido el mozo y alzó los ojos buscando en la sombra los de él, que debían darle luz, hablóle así, casi al oído, para que sus palabras penetrasen en su alma:

—Ella es buena, Fabián, a pesar de todo, y te quiere; cástate con ella. Si sos tranquilo y sabés quererla como quieren los pobres, serán felices. No me vengas con esas imaginaciones, que te sientan como te sentaría una levita. Vas descarrilado. Sé simple y sencillo y entierra lo pasado. Lejos de ella no vas a tener vida que valga la pena de vivirse, porque vas a ser como un perro agusanado que busca un rincón donde echarse y no lo halla. Cerca de ella, dueño de ella, que es buena y te sabrá querer, trabajando para ella, que te dará hijos, y trabajando para esa pobre criatura inocente, Dios te bendecirá y serán felices. Te lo digo de nuevo, Fabián; si la querés como decís, por encima de las cosas del mundo, cástate con ella.

Fabián sintió como una gran luz que rompía la oscuridad en que había caído su espíritu, y luchando por querer como quieren los pobres, se encaminó al rancho de Germán Castillo.

COMO EN LA VIDA

Cuando vino el invierno eran ya marido y mujer, y vivían en el rancho de Germán, por hacerle compañía.

La misma vida de antes corría por el mismo cauce.

El que sostenía la casa era Fabián. Antonio no había vuelto, y el viejo, ciego del todo ya, se pasaba los días sentado junto al fogón, cebando mate, con los ojos sin luz fijos en la tierra y el pensamiento quién sabe dónde.

Vivía con el oído. Los pasos de Rina le alegraban la cara. Cuando ella se alejaba, nublábase su semblante.

Por eso ella trabajaba en la cocina ahumada y caliente, vigilando a su hijita que jugaba en el patio con los perros.

Su padre a cada momento preguntaba:

— ¿Rina, está ahí?

— Sí, tata.

— ¡Ah!

No conversaba más. Él era callado y taciturno, ella tenía pocas cosas que contar, si no era su vida, y su vida no era para alegrar al ciego.

De vez en cuando la niña entraba turbando el silencio.

Germán se volvía más hosco y Rina la alejaba mostrándole al abuelo. La criatura acabó por tenerle miedo, y dejó de ir a acariciarle.

Todo el odio del viejo pesaba sobre aquella cabeza inocente, y la madre lo veía con espanto.

—Tata —le dijo un día—, ella no tiene culpa.

Germán no contestó, pero se acordó de la silueta que vio cuando sus ojos tenían luz, una rubiecita, que estaba diciendo con su gentileza que

aquél no era su hogar.

¡Oh! ¡Ella no era de su raza! ¡Ella era el ultraje viviente, que los ricos habían hecho a su amor de pobre, y por eso la odiaba!

También Fabián, que al principio pareció tomarle cariño, la rechazaba ahora con sequedad, cuando la criatura se trepaba en sus rodillas para que le hiciera "caballitos".

Y era que su alma comenzaba a llenarse de pensamientos inútiles.

Siendo la tierra de Germán poca y pobre, había arrendado para sembrarla una chacra, distante algunas cuadras, adonde iba a caballo, al rayar el alba.

Limpiándola, cercándola, labrándola, se quedaba hasta el mediodía, y a esa hora regresaba al rancho, donde lo esperaba Rina, que disipaba todo su cansancio con una palabra amable o con una sonrisa.

Solía sentarse en un rincón, como su suegro, y se quedaba mirándola en silencio, lo mismo que la miraba en los tiempos en que soñaba con ella como en la estrella de la mañana. Y era todo su premio permanecer así, viéndola ir de un lado a otro, llenando los corazones y la casa, y decirse luego con un sentimiento inefable y dulcísimo: " ¡es mía! " " ¡es mía!"

Así vivió borracho, bebiendo en la copa de los amores sencillos.

Pero poco a poco fue cambiando. Unos días se ponía a pensar eso mismo, que era de él, como era su caballo o su tierra, y soñaba con ser rico para hacerle la vida fácil y alegre, y rodearla de cosas buenas.

Otras veces, sin saber por qué, volvía malhumorado de la chacra. Un incidente cualquiera, un lazo que se rompía, una espina que se le clavaba, un machucón bastaban para irritarlo.

Se sentaba, como de costumbre, al lado del fogón en un taburete que él mismo había labrado, y aguardaba la comida mirándola.

" ¡Es mía! " pensaba, y entrábale la tentación de levantarse y maltratarla, y llenarla de injurias y golpes, para mostrarle que él era el amo, que su cuerpo y sus pensamientos eran suyos y que podía matarla si algún día se le antojaba querer a otro.

Crisis de amor y remordimiento seguían a aquellos furores; y volvía a rendirse al encanto sereno que irradiaba de ella.

Sus cavilaciones cambiaban de rumbo; pensaba que, aun siendo dueño de ella, no podía ni con caricias ni con golpes desgarrar la niebla que envolvía su alma misteriosa, como flor cerrada.

—¿En qué pensará? —solía preguntarse, viéndola ir y venir, atareada y silenciosa.

Rina, que adivinaba aquellas tormentas, se paraba a mirarle, con su mirada triste y cariñosa, y él temblaba de gozo, como un perro a quien el amo acaricia.

¡Oh! no era él el amo: ¡era siempre ella!

Hacia el fin del invierno, sus pensamientos vagos fueron tomando cuerpo.

A veces, en medio del trabajo que acometía con fiebre, ansioso de aturdirse, su brazo deteníase sin concluir la acción comenzada.

Habíale entrado el desgano de aquella lucha estéril, que no satisfacía su alma.

— ¡Ella ha sido de otro! —se decía.

Tiraba la herramienta y se sentaba sobre alguna piedra, hosco, taciturno, lleno de rencores nacientes y se ponía a soñar.

Ya no volvía al rancho con gusto. Aquella criatura rubia que andaba de un lado para otro, tocándolo todo, llenándolo todo, le enfurecía, porque con sus ojos azules, sus cabellos crespos, sus taloncitos rosados, pregonaba su historia.

¡Oh, cuánto la odiaba! Era el odioso pasado, viviente y hecho carne ante sus ojos.

Como un relámpago, fulguraba en su mente la idea de matarla. ¡Qué paz, qué descanso, si ella se iba de su vista y del mundo para siempre!

Hundía la cabeza dolorida en las manos rudas. ¿Para qué pensaba? ¿Por qué no era, conforme don Filemón le aconsejó que fuera, sencillo, como deben ser los pobres, si quieren ser felices? ¡Imposible! De las ciudades lejanas había traído el germen de aquellos pensamientos, que ahora le atormentaban.

El frío calmaba sus nervios, y le incitaba al trabajo. Cuando regresaba a su rancho se imaginaba que si tuviera un hijo no sufriría aquellas angustias.

En la primavera, Rina le dio la buena nueva. Todo el tiempo que tardó en realizarse, lo pasó trabajando con un entusiasmo delirante. Cuando se hallaba con don Filemón, se acercaba a saludarle, y el buen cura, que llegó a dudar de la bondad de su consejo, se alegraba.

Al comenzar el nuevo invierno nació el niño, y llenó el pobre rancho

de una luminosa alegría.

El viejo se levantó golpeando el suelo con su bastón de tala, y fue a tocar aquella carnecita blanda y palpitante que era de su raza.

Algo del gran amor que por la criatura sintieron los dos hombres alcanzó también a la hermana, porque fue ella quien le arrancó la primera sonrisa.

Dolores tenía ya tres años y, como su madre cuando niña, llamaba la atención de las gentes.

En la sierra todo el mundo sabía su historia, que Candela desparramó a los cuatro vientos.

La pordiosera merodeaba como siempre por los alrededores, a la hora en que Rina ordeñaba las cabras.

La muchacha nunca le negaba la limosna de leche; pero habría sido un gran alivio para ella no verla más, porque tenía miedo a aquella figura de bruja, que brotaba como una aparición junto a la tranquera del corral, y que tanto había turbado su imaginación con sus cuentos malignos.

Ahora no quería oír, y así que le daba la primera leche, que era siempre para ella, le pedía que se fuera.

Un día, cuando Rina fue al corral, la encontró esperándola.

Era el verano y las gentes comenzaban a afluir a los pueblecitos de la sierra.

— ¿A que no sabes quién ha venido? —díjole la húngara en voz baja.

Rina se puso a temblar y no contestó:

— ¿Qué me das por las albricias?

Involuntariamente la muchacha, comprendiendo que el que había venido era "él", miró hacia el chalet. Desde allí sólo se veían sus agujas y una parte de su techo de pizarra, recortándose en el lienzo azul del cielo.

—No, no está allí —observó sonriendo la mendiga, que comprendió la mirada de Rina. Esta se puso colorada, y su mano tembló al alcanzarle el tarrito de leche—. Está en Capilla con su mujer... ¿Sabías? Se ha casado... lo he visto y me ha dicho una cosa para vos; que quiere verte...

Rina se puso intensamente pálida. ¿Pero era verdad aquello? Le entró un miedo horrible, porque presintió las tormentas que vendrían; tuvo miedo por ella, miedo por sus dos hijos, miedo por los dos hombres, si llegaban a encontrarse.

— ¡Que quiere verte! —repetía la húngara—, ¡que va a venir!

— ¡Oh! —clamó Rina haciendo un esfuerzo para desatar su lengua—, ¡que no venga, que no venga, que no venga!

Y huyó a refugiarse en la cocina, al lado de su padre, que la llamaba.

Sin contestarle, porque la voz la habría delatado, acercósele y le pasó la mano cariñosa sobre la frente arrugada, que se iluminó de alegría.

Estaba profundamente turbada; ¿era verdad aquello? ¿Qué nuevas tristezas venía a sembrar aquel hombre fatal en su vida, tan oscurecida ya por su culpa?

Al momento pensó en su hijita. Aunque era temprano, andaba la niña levantada, jugando en el patio lleno de sol.

La madre la atrajo y la abrazó largamente, como para defenderla de alguien que quisiera quitársela.

Si se la quitaran, se moriría: Ella había sido en sus días desesperados, su ángel guardián; si aún podía mirar a las gentes, y entrar a la iglesia, y rezar por su madre, a ella se lo debía, porque ella la defendió, atándola con su cariño, para que no cayera más hondo. ¡Oh, si se la quitaran!...

Todo el día lo pasó lleno de zozobra, y no se atrevió a ir al arroyo, temerosa del mal encuentro.

Esa noche el hijo de Fabián enfermó. Desde que nació nunca había estado completamente sano, y su madre, que espiaba su salud, temblaba por su vida frágil, en que descansaba la paz de toda la casa.

Bastóle mirar las caras nubladas de su marido y de su padre, cuando les dio la noticia de la enfermedad, para comprender la inmensa desgracia que sería para todos, y para ella más que para nadie, si el niño moría.

—En Capilla hay médico —dijo Fabián.

Rina se sintió desfallecer. ¿Qué haría ella si la mandaban a Capilla a buscar el médico?

—Esta tarde lo llevaré —añadió él.

Bien envuelto en un poncho, dejando descubierta sólo la carita, al sobrepaso de su caballo, partió el padre esa tarde llevando a su hijo.

Rina aguardó su vuelta llena de angustia. Había encendido una vela a la imagen de la Virgen de Dolores, y a cada momento sus ojos se volvían hacia ella en una muda plegaria:

— ¡Madre mía! ¡Que nada ocurra!

Cuando sintió el ruido de los cascos del caballo, entrada ya la noche, corrió al sendero a esperar a Fabián.

Éste le alargó el niño, envuelto siempre en el poncho.

— ¿Qué hay, qué dice? —preguntó.

Fabián nada contestó; y ella, dentro del rancho, alumbrado por una vela, vio los ojos de su marido, enconados y fijos en ella, como si desconfiase y escudriñara sus pensamientos.

Comprendió que los dos hombres se habían visto, y que toda su paz dependía de la vida de su hijo.

—¿Qué ha dicho? —había preguntado el viejo alzándose de su banco de madera, con las manos tendidas.

Un rato se hizo aguardar la respuesta.

— ¿Qué ha dicho? —volvió a preguntar el viejo en voz baja, casi con miedo.

—Ha dicho que no hay remedio —contestó Fabián sordamente—, que se lo hemos llevado demasiado tarde, que si no es hoy, va a ser mañana.

— ¡Madre mía! —clamó Rina, que sintió un gran dolor dentro del pecho, hacia el lado del corazón, y se llevó las manos, apretándose la carne para calmárselo.

Fabián volvió la cabeza con disgusto y el viejo preguntó ansioso:

— ¡Rina! ¿Qué es eso, hija?

—Nada, tata —contestó Rina agarrándose a la pared para no caer—, ¡ya pasó!

Pasó el dolor físico, efectivamente; y ella tomó al niño para acostarlo en su cama, donde dormía ya su hijita.

Fabián la vio, y la detuvo por un brazo:

— ¡No, ahí no! ¡Con la otra no!

Rina se quedó inmóvil.

—No hay más cama —observó tímidamente, como una disculpa.

— ¡Dámelo al mío, y llévate la otra allá! ¡Que duerma allá!

Y con el gesto y la mano airada señalaba hacia la cocina, donde la noche era muy negra.

La madre salió, sin una palabra, llevándose a su hijita dormida.

Sobre el fogón le hizo con sus ropas, en la ceniza, blanda, una camita bien mullida, y allí la acostó.

La besó en la frente sin nubes, y llamó a *León*, el dócil amigo que se dejaba maltratar las orejas por ella, y se lo puso a su lado, para que cuidara su sueño y para que, cuando sus ojos azules se abrieran al día nuevo, si no tenía la caricia de la madre que por primera vez dormiría lejos de ella, tuviera la caricia del compañero de juegos, que le lamería las manos con su lengua rosada.

VI

TU ESTRELLA ES ROJA

El niño murió y Fabián lo llevó a la tarde al cementerio en una caja de tablas sin pintar, atravesada sobre el caballo.

Él solo cavó la fosa, y allí lo dejó, durmiendo su sueño eterno al lado de la madre de Rina.

A la vuelta abandonó las riendas, y se dejó conducir al paso, hundido en sus pensamientos.

¿Así, pues, él no tenía ya a su hijo? Y en cambio vivía a su lado, en su casa, la hija del otro...

La tarde en que fue a Capilla en busca del médico, mientras hacía lentamente el camino, por no molestar al enfermito, se halló envuelto en el torbellino de una ruidosa cabalgata de veraneantes.

No miró las caras porque iba distraído, pero una voz le hizo estremecerse.

— ¡Adiós, Fabián!

Se volvió, tocándose el ala del sombrero, y le pareció que el que le había hablado era Miguel.

Una oleada de cólera le encendió la cara. ¿Por qué lo insultaba saludándolo?

En Capilla, donde preguntó si estaba, le dijeron que sí, y le contaron algo de su vida. Se había casado con la prima rica, enferma ahora del pecho. No tenían hijos, y los médicos le habían dicho que nunca los tendrían. Ella deliraba por los niños, y él, deseoso de complacerla, buscaba uno para adoptarlo.

A su vuelta del cementerio, recordó Fabián ese detalle en que antes apenas se fijó, y fue para él como una luz.

Iría a verle y le diría: "En mi casa hay una niña, y es su hija, ¡su verdadera! ¿La quiere?"

Si no la quería, tanto peor para la niña, ¡la mataría! No podía sufrir más aquella afrenta viviente.

Al día siguiente su resolución había variado un poco.

No iría a ofrecer la niña, iría a llevársela. Si no quería tomarla, la mataría a ella y lo mataría a él. Tenía el alma cargada de sombras.

Ese día no fue a la chacra. Rina lo observaba con el corazón palpitante de zozobra, presintiendo algo.

— ¿Qué haces? —le preguntó él un momento en que ella se le había acercado—, ¡anda a lavar al arroyo!

— ¿No vas a la chacra? —interrogó ella.

Él se quedó callado.

Rina salió. En el patio jugaba su hijita. Adivinando que la desgracia caería sobre ella, la llamó para llevarla consigo; pero la niña entretenida se negó a ir, y cuando quiso obligarla se puso a llorar.

Rina vio los ojos de Fabián que la seguían, y, sumisa como una esclava, se fue ella sola.

El miró el sol. Serían las nueve: buena hora. Sin prisa se puso a ensillar el caballo. Cuando hubo concluido se acercó a la criatura y le dijo acariciándola con la mano, que se crispaba sobre ella:

— ¡Querés que te lleve a caballo?

La niña, a quien don Filemón alguna vez había llevado en su mula, contestó que sí.

Montó Fabián y la acomodó sobre la cabeza del recado, que cubrió con un pellón, y dando un latigazo partió al galope.

Rina oyó el ruido del caballo, y enloquecida por un horrible presentimiento subió la barranca y vio a Fabián que huía con su hija.

Sintió el mismo dolor de días antes, se llevó la mano al corazón, y sin dar un grito cayó como una res apuñalada, echando un poco de sangre por la boca...

Fabián tomó el camino de Capilla, por un atajo, para evitar el pueblo de Dolores.

La niña al principio se reía, después tuvo miedo de aquella carrera frenética y de aquel hombre que castigaba con ira al caballo, apretándola

con una mano que se le clavaba en el costado como un garfio.

— ¡Volvamos, volvamos!

Fabián no la oía. Encontró dos o tres hombres que le dijeron adiós, y pasó sin contestar.

De pronto, cuando iban llegando, sofrenó su cabalgadura y se paró en seco, porque divisó a Miguel en el camino solitario.

Venía a pie, con una escopeta terciada a la espalda. Vestía de blanco y llevaba polainas amarillas.

Fabián lo aguardó, haciendo un esfuerzo terrible por serenar el rostro. La niña había dejado de llorar, porque no tenía ya miedo, y le pedía que galopara más.

Cuando Miguel vio al paisano, se le acercó sonriente, alargándole la mano, con su elegante familiaridad.

—¿Cómo te va, Fabián? —le dijo—. El otro día al pasar te saludé; ibas distraído y no me conociste: ¿y tu padre? Sé que te casaste, ¿cómo está Rina?

Las venas hinchadas en la sien del paisano palpitaron un poco, por el esfuerzo que hizo para disimular lo que sufrió al oír el nombre de ella en la boca de él. No fue indignación; fue un dolor agudo; el mismo que sintió cuando le dijeron que él la pretendía, cuando lo vio un domingo acercarse a saludarla, cuando notó que ella le sonreía.

¡Oh! ¡Cómo había sufrido desde niño por aquel hombre, y cuán acostumbrado estaba a humillarse delante de él! Toda su cólera se había deshecho, y al mirarlo indolente y manso recordaba el día en que hablaron de Rina.

Temeroso de que él no accediera a su súplica, le habló suavemente:

— ¿No reconoce esta criatura? ¿Nunca la ha visto? ¿No le gusta? ¡Es su hija!

— ¿Mi hija?

—Sí, su hija, ¿No ve sus ojos? ¿No ve que es rubia y fina como una señorita?

Miguel contempló a la niña sonriendo, y le pareció que podía tener razón.

— ¿Entonces era ésta la que...?

—Sí, es ésta —se apresuró a contestar Fabián, para cortar aquella

frase que le iba a hacer daño.

— ¿La que nació en Buenos Aires? —continuó

— Sí, sí, es ésta —respondió el paisano echando pie a tierra y bajando a la niña, que se dejó acariciar por su padre:

— ¿Es linda, no? —dijo Miguel alzándola hasta la altura de sus ojos—. Un día fue Rina a ver a mi madre, me lo han dicho después. Si ella hubiera sabido que no íbamos a tener hijos, quizá no la habría rechazado; tal vez ni siquiera creyó que esta criatura fuera mía. Pero... los ojos... Tiene también algo de la madre —observó, mirando al joven paisano con una sonrisa amable.

Fabián sintió un vértigo, y bajó la mirada, que se le iba enturbiando.

— ¿Y qué querías, Fabián?

—Me han dicho... que usted se ha casado.

—Así es, yo también me casé.

—Y que no tiene hijos.

Miguel sonrió de nuevo:

—No es culpa mía, vos lo sabés; mi mujer está enferma.

¿Por qué hablaba así, con esa inconsciencia hiriente?

Fabián se quedó callado, porque comenzaba a costarle el hablar. Chispeaban en su memoria algunas escenas viejas. ¿Así, pues, estaba destinado a humillarse siempre delante del otro? Una vez le arrojó al arroyo; llevaba su traje nuevo y estaba presente Rina, que no lo defendía. Ese día se le ocurrió matarlo; pensó ir a la noche, entrarse en el chalet por la ventana de su dormitorio y cortarle la cabeza con un cuchillo que se había fabricado. ¡Qué odio le tuvo en aquel tiempo!...

Ahora estaban frente a frente, como si desde aquel tiempo nada hubiera sucedido.

—Me han dicho también —prosiguió Fabián, sintiendo que le latían las venas de la sien—, que anda buscando un chico, para criarlo como hijo.

—Es cierto, es un capricho de mi mujer.

—Bueno, si es así, ésta... ¿no querría llevarse ésta?

Miguel se quedó reflexionando un rato, y Fabián aguardó ansioso la respuesta. Imaginábase que si alguien lo libraba de aquella criatura volvería a su alma la paz.

— ¡No, Fabián! En mi casa admitirían cualquiera menos ésta.

— ¿Por qué, don Miguel?

—Porque es hija mía, y en esto mi madre y mi mujer son intransigentes.

—Sin embargo... ya que busca un chico... ¿cuál mejor que esta criatura?

Si a mí me dejaran elegir; si mi madre no supiese que ésta existe; si a Rina no se le hubiera ocurrido la locura de ir a llevársela...

Fabián se quedó callado. Cada vez que él nombraba a Rina, le venían unas ganas terribles de abofetearlo. Agachó la cabeza y se puso a rayar la tierra con el pie.

Miguel miraba a la niña y miraba al paisano, y se reía un poco por dentro — ¡Qué gentes! — pensaba. Con qué frescura venían a traerle a uno la cría, diciéndole: "este hijo de mi mujer es suyo".

Fabián alzó los ojos y sorprendió su sonrisa:

—¿Es linda, no es cierto? —dijo aturdidamente—. Por ahí andan propalando no sé qué cosas; si la vieran no dirían de mí nada. Casi tengo ganas de llevarla a Capilla.

Fabián se mordió los labios.

— ¿Por qué no se la lleva?

—Por un día no más, para mostrarla.

— ¡Ah!

Hubo un nuevo silencio. El caballo de Fabián hacía sonar impaciente las coscojas del freno. El camino estaba solitario, y comenzaba a ponerse fuerte el sol. Maquinalmente, los dos hombres se habían ido arrimando a un árbol que crecía a su vera y conversaban a la sombra. Un ternero atado en un corral lejano llamaba a su madre con un balido, y cuando el balido cesaba, todo quedaba en silencio, no oyéndose más que el canto estridente de alguna chicharra.

Fabián habló:

—Entonces... —dijo rascándose la cabeza—, ¿usted no la quiere?

—No.

— ¿Y qué va a hacer de ella?

— ¡Hombre! ¿Qué voy a hacer de ella? ¡Nunca lo he pensado!

—Sí, ¿qué va a hacer de ella? —repitió el otro.

—Te daré veinte pesos mensuales.

— ¿Y la criatura?

— ¡Vaya! haré lo que he hecho hasta ahora; dejarla con la madre...
—y se puso a reír.

.....

Más tarde, en la prisión, el día en que se ahorcó colgándose de una de las rejas, recordó Fabián aquel instante como quien recuerda un sueño.

¿Qué sabían los jueces que lo iban a sentenciar, lo que él sintió en ese momento?

Y, sin embargo, si lo hubieran sabido, ni siquiera lo habrían tomado preso. ¿Puede un hombre sufrir una afrenta así? ¡Aquella risa del miserable que se burlaba de él, después de haberle hecho comer las sobras de su mesa! ¡Aquella risa que le parecía oír todavía y que hacía que sus manos se crispasen sobre todas las cosas que tocaban!

Pero no debió reír mucho; se acordaba de la cara asustada que puso cuando le echó las manos al cuello.

En aquel minuto vivió para atrás toda su vida, y volvió a sufrir todos los dolores, todas las humillaciones, todos los celos que habían roído su juventud amarga; no hubo una sola afrenta de su largo calvario que no se alzara en su memoria iluminada como un espejo; recordó la promesa que él le hizo un domingo, bajo los sauces del río; recordó la tristeza y la dulzura de la despedida, cuando se marchó a la conscripción, dejando a la novia que lloraba su ausencia; recibió la paz que llevó en su alma, por aquella promesa; recordó la traición, y la vuelta, y la sonrisa de la gente que le veía, y la vergüenza que pasaba cada vez que alguien llegaba a su casa y preguntaba si la niña rubia de ojos azules era hija suya; ¡todo el martirio de su pobre vida, destrozada por él! , y lo vio a él riéndose y vio algo rojo como una llamarada, y hasta le pareció sentir el calor del incendio en la cara, y fue probablemente el aliento del miserable que estrangulaba...

Y allá lo dejó, tendido de espalda, bajo los rayos del sol, con la lengua afuera, los ojos saltados y los brazos abiertos, en el camino blanco y solitario, mientras él huía, sobre el caballo espantado, con la criatura, a quien no tuvo coraje de matar, y que se agarraba a su cuello gritando...

VII

AMOR QUE UNE

Pasaron tres años.

La ceniza del olvido cubrió muchos dolores; pero en el corazón del ciego, la úlcera no se aplacó.

Podría vivir cien años, y aún recordaría con un temblor en sus manos cansadas aquella horrible hora en que la muerte pasó, rozándole con su ala fría, sin que la sintiera. Rina y Fabián habían salido. El rancho quedó silencioso, y él adentro pensando en su nieto, que el día antes se habían llevado al cementerio.

Corría el tiempo y nadie venía, ni la niña que debía jugar en el patio. Hacía un rato que había sentido el galope de un caballo: sería Fabián. Rina estaría en el arroyo, pero no oía el ruido de la paleta golpeando la ropa.

Aguzó el oído. Hasta él no llegaba más que el rumor del agua que corría en el bajo, saltando entre las piedras, y algún balido lejano de las cabras sueltas en las lomas. Oía distintamente el zumbido de las moscas en la lista de sol que debía entrar por la puerta del rancho. Y nada más.

Comenzó a tener miedo sin saber por qué. Se levantó a tientas; aún no había aprendido a marchar solo, porque salía poco.

Desde la puerta llamó: ¡Rina, Rina! Le contestó un ladrido de *León* echado allí cerca. Volvió a llamar, y le pareció extraño hasta el eco de su voz.

Tanteando con su palo, salió hasta el patio. Sintió el sol que le quemaba la cabeza y un resplandor más vivo en el aire.

Volvió a gritar. Se oía el ruido del agua. ¿Cómo podía no oír ella su voz?

Aguardó un momento y llamó de nuevo, y así llamando, llamando, con su voz desvalida, estuvo un largo tiempo. Nadie le contestaba; con

mucho miedo ya a algo que no sabía explicar, quiso volver al rancho, pero, aunque solamente se había apartado unos pasos, no pudo dar con la puerta, y así anduvo de un lado a otro, sin hallar señal que lo guiara.

De pronto sus pies tocaron una cosa blanda, tendida en el suelo, y los pelos se le erizaron. Con el bastón siguió el contorno de aquello.

¡Un muerto! Se agachó y sus manos ansiosas tentaron el cuerpo:

— ¡Rina! —exclamó—. ¡Rina! ¡Rina! ¡Muerta!

¡Qué espantoso miedo entró en su corazón!

Debió perder el sentido, porque recordaba únicamente que más tarde le trajeron a la niña, y se llenó de gente el patio de su casa, y a él, que no veía, le engañaron contándole cosas extraordinarias.

Sólo a los dos meses pudo saber cómo pasó aquello. Rina murió, y los médicos que la vieron no pudieron decir de qué había muerto. Una curandera habló de la rotura del corazón. ¿Pero acaso el corazón se rompe así no más, como estalla una vejiga demasiado inflada? ¡Si hubiera sido así, el suyo habría estallado qué tiempos!

Le contaron que Fabián había muerto en la cárcel, sin decirle de qué. Le contaron que Miguel también había muerto, y más tarde sospechó de qué manera, por la niña que estuvo muda de espanto muchos días.

¡Oh, cuántas cosas terribles le contaron! Y todo quedó flotando en las sombras que envolvían su vida; y no pasaba un minuto sin que él lo viera todo.

Al otro día de aquello, don Filemón fue a pedirle la niña, para cuidársela. Él la dejó ir con un inmenso alivio; prefería quedarse solo, solo, sin más compañía que la del perro, a sentir cerca de él a la hija del hombre por quien había entrado la desventura en su casa.

La comida se la mandaba el cura, y los momentos en que iba él o Floriana eran los únicos en que podía cambiar alguna palabra con un ser humano.

Ni Candela se acercaba a su casa, si no era para robarle. Una noche se despertó a los ladridos de los perros en el patio. Durante horas oyó con pavor sus furiosos ladridos, y le pareció que a ellos se mezclaban algunos lamentos.

A la mañana siguiente, un chico que pasaba, llevando una majada de cabras, entró al rancho gritando que a algunos pasos de la cocina estaba el cadáver de Candela, destrozada por los perros, y su gozquejo muerto al la-

do.

La casa del ciego comenzó a infundir miedo, porque parecía maldita.

Don Filemón lo invitó a irse a vivir a la de él, pero no quiso. Se sentía apegado a aquel rancho, que había visto nacer a sus hijos, y allí aguardaría la muerte, como su mujer, como Rina, como su nieto.

¡Qué soledad espantosa la suya!

Un día pregunto al ama del cura por la niña. La vieja se la llevó, y él se acostumbró tanto a sus caricias infantiles, que vivía el día entero y hasta se desvelaba por la noche pensando en su visita.

¡Qué dulce comenzó a serle el oír su voz, que le nombraba, y sentir su boquita fresca que dos veces cada día, al entrar y al salir, se posaba en su frente, causándole la impresión de una flor que cayera sobre ella!

Cuando la niña tuvo cinco años, quiso tenerla consigo, y la primera noche que durmió bajo aquel techo, su corazón halló la paz.

La había sentido arrodillarse en su camita, y rezar en voz alta, como le enseñaba Floriana:

—Por papá muerto: Padre nuestro...

—Por mamá muerta...

—Por abuelita muerta...

—Por abuelito vivo, para que Dios lo haga vivir muchos años...

Y él, olvidando sus rencores, se unió a la dulce plegaria en que la boca inocente de su nieta pedía perdón de sus deudas, perdonando a sus deudores.

Debía de hacer muchos años que no lloraba con lágrimas. Esa vez brotaron sin esfuerzo, como el agua de una fuente que recién surge a la luz. Lloró mucho, y cuando la nieta se hubo dormido, se levantó a tientas y fue a buscar su frente para besarla, y arrodillado como ella, antes de dormir, rezó también por sus muertos.

Al día siguiente le preguntó si conocía el cementerio, si sabría llevarle, y como la niña dijera que sí, emprendieron el camino.

Fue largo y difícil la primera vez. Pero sintió el viejo tanto consuelo, rezando sobre la tierra bendita que guardaba el sueño de su mujer y de Rina, que quiso volver; y volvieron tantas veces que habría podido hacer solo el camino, si no hubiera sido porque creía que sola su oración no llegaba al cielo.

Una tarde del cuarto verano después de la muerte de Rina, llegó la nieta corriendo a la galería donde estaba sentado Germán:

— ¡Tatita! ¡Viene una señora!

— ¿Cómo es?

— Alta, vestida de negro.

— ¡Misia Encamación! —pensó el viejo. ¿Qué podía traerla? ¿Qué lágrimas habían podido ablandar su corazón altanero, hasta llevarla al rancho donde vivió el que diera muerte a su hijo?

Era ella, efectivamente; llegó y se sentó a su lado, y comenzó a hablar.

Después de su hijo, murió su sobrina, y ella pensó volverse loca en la soledad de su gran casa.

Ni un rastro de sus muertos quedaba en el mundo. Pero un día se acordó de la hija de Rina, que era su nieta.

Pensó mucho en ella, y el verla llegó a ser su única ilusión. Escribió a don Flemón, y sabiendo que allí vivía, venía a suplicarle se la dejara ver y si fuera posible se la dejara llevar.

Germán llamó a la chiquilla, que espiaba la escena.

— ¡Ahí la tiene! —dijo empujándola hacia la dama—; véala cuanto quiera, pero es todo lo que hay de mi hija en el mundo y no puedo dejarla ir.

Secándose las lágrimas que le enturbiaban la vista, misia Encarnación miraba y miraba sin cansarse a la criatura que un día rechazó.

Su memoria volaba a los tiempos en que su hijo tenía aquellos mismos rasgos: el mismo hoyuelo picaresco en la barbilla algo cuadrada; el mismo pliegue, un poco desdeñoso, en la boca; los mismos ojos azules llenos de sombras; el pelo rubio, y el color de manzana que invitaba a morder.

¡Qué lejos estaban ya tantas cosas queridas!

Para hacerse simpática a la criatura, viendo su vestido pobre, mal hecho y mal remendado por el ama del cura, le dijo:

—Si vas a casa mañana, te voy a vestir como a la hija del rey.

El viejo sonrió con lástima:

—Todos, debajo de distintos trapos, tenemos el mismo corazón que quiere, que sufre, que odia...

La dama agachó la cabeza. Era cierto: ella, rica y poderosa, y a mil leguas del ser miserable y desvalido que le hablaba, estaba unida a él por los mismos dolores y por el único amor que quedaba en su vida, más fuertemente que por todos los vínculos extraños que puede crear el mundo.

Pero deseosa de halagar a la niña, volvió a decir:

—Y te mostraré unos libros con figuras y te enseñaré a leer.

—Sabe rezar y es bastante —replicó el ciego.

La señora calló. El sol se había entrado ya, ella apenas conocía el camino; besó a la niña, y se fue herida por aquel mendigo orgulloso que la trataba con dureza.

Mas al otro día le perdonó su dureza y su orgullo, porque le llevó la nieta al chalet.

Y como el camino era menos difícil para el paisano que para ella, le pidió que volviera todos los días.

Su jardín estaba lleno de árboles que le impedían ver la senda por dónde venían; pero a la hora de costumbre, los sentía llegar su oído alerta, que percibía los rasos sobre las baldosas del patio, tardo y pesado el del anciano, alegre y ligero el de la niña; y no había para su corazón música igual.

Y juntos, como dos hermanos, alguna vez pasaron por la aldea, la dama y Germán, a visitar a sus muertos.

En el invierno, ella se fue, porque el clima le era dañoso, pero ansió la vuelta del verano, para ver de nuevo a su nieta.

Y como si el alma de Rina hubiera bajado hasta ella en premio de ese amor, sintió aquel año la misma alegría inocente de la paisanita, viendo en sus jardines opulentos los duraznos en flor que le anunciaban la primavera.

Santa Fe, 1911.